

MITOLOGÍA
DE
NUEVA^A
YORK

XLII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

MITOLOGÍA
DE
NUEVA
YORK

VANESSA MONTFORT

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de honor), Francisco Prior Balibrea, Miguel Ángel Matellanes, Miguel Cruz Giráldez, Fernando Marías, Andrés

Pérez Domínguez, Eduardo Jordá, Marcos Fernández y Antonio Bellido (secretario). La novela *Mitología de nueva York*, de Vanessa Montfort, resultó ganadora del XLII Premio de Novela Ateneo de Sevilla, que fue patrocinado por Ámbito Cultural de El Corte Inglés.

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright Para cualquier información dirigirse a algaida_legal@anaya.es

Primera edición electrónica publicada por Algaida 2010
ISBN: 978-84-9877-534-1 Edición en versión digital

© Vanessa Montfort, 2010

© Algaida Editores, 2010

© Grupo Anaya, 2010

ePub X Publidisa

*A Pilar Écija, mi madre, por convertir
mi vida en libertad, la libertad en amor,*

*el amor en literatura y la literatura en Vida. Y ahí está la ciudad insular de los Manhatos, rodeada de tantos muelles como las islas indias por arrecifes de coral. El comercio la rodea con su resaca. A derecha y a izquierda las calles os llevarán al agua. La ciudad termina en la Batería, donde esta noble mole es bañada por las olas y enfriada por brisas que pocas horas antes no habían llegado a avistar tierra. Mirad allí las turbas de contempladores del agua. HERMAN MELVILLE. *Moby Dick**

El Infierno es vivir cada día sin saber la razón de tu existencia. FRANK MILLER. Sin City Nueva York, como otras repúblicas independientes de la ficción, pertenece al mundo, como el Vaticano, como Disneylandia.

BENEDICT ABBOTT. Mitología de Nueva York

EL LÍMITE DE LA APUESTA

Yo vivo en el olimpo que soñaron los dioses. Yo vivo en el puerto que soñaron los fenicios. Vivo en la tierra prometida a los judíos. En el país de los niños perdidos. Vivo en la Ciudad Ficción, una isla cosida al mar por los filamentos de las fantasías de todos los hombres... Esta historia podría haber comenzado así. Sin embargo este no será el comienzo ni tampoco terminará como debiera hacerlo. Por eso solo quiero pedirte algo personal. Solo te pido una oportunidad. Se trata de una apuesta a una sola mano. Si la gano yo, si logro convencerte a tiempo, no leerás una página concreta de este libro. Pero déjame jugar todas mis cartas y con mis reglas. Antes quiero que escuches lo que tengo que decir en mi favor. No pierdo nada por volver a intentarlo, es imprescindible soñar, porque cuando sueñas quizás tus sueños también te sueñen a ti, con la esperanza de hacerte realidad algún día. **PRIMERA**

PARTE *I don't have any reasons*

I've left them all behind

I'm in a New York state of mind BILLY JOEL

Demo version limitation BARRY, EL GUARDIÁN DE HARLEM

BARRY ES ASCENSORISTA EN EL METRO DE LA CALLE 176 Y el confidente del comisario Ronald en la zona de Washington Heights. Como todas las mañanas a las cinco en punto, baja las escaleras del subterráneo donde trabaja, esta vez con el recuerdo de la resaca de la noche anterior aún palpitando en sus ojos encarnados. También fumaron de más, piensa, con el sabor de los magníficos cigarros que trajo Dan Rogers. A Barry le gustan los puros habanos de hoja bien negra y dice que quiere morir como un neoyorquino, es decir, que le dejen morir, si es posible en una esquina. Que los viajeros de su ascensor entren y salgan esquivando su cadáver tumefacto por la falta de riego. Que los deportistas de Central Park pasen de largo durante cuatro o cinco horas despotricando del alcalde, mientras chorrea la última saliva desde su cara estampada boca abajo en un banco. Que solo llamen a la policía para que lo recojan cuando el hedor empieza a ser intolerable y molesto. Barry es un romántico y quiere para sí un final inundado de poesía del horror a la altura de estas perversas calles. Pero esa mañana, la resaca no es lo único que le mantiene la mirada perdida. Necesita confiar.

Confiar en que Dan Rogers no ha vuelto a las andadas. Quiere de verdad a ese chico. Por eso debe creerle cuando le asegura que solo está utilizando su habilidad para las cartas como le ha enseñado. Para un buen fin. Hace unos minutos que Ronald le ha dejado un mensaje desde la comisaría: va a llamar a Dan Rogers para su primer caso en solitario. No puedo contarte más, Barry, le ha dicho el comisario con un extraño secretismo, pero es hora de que nos demuestres que confías en él lo suficiente como para que le dejes volar solo.

Tengo que confesarte que en su momento me habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza y de conciencia haber sabido que Ronald habló con Barry aquella mañana. Pero eso ahora no tiene importancia. Hay que decir a favor de Abbott que esta no es una mala descripción de Barry, aunque la verdadera anécdota, si me lo permites, es cómo nos hicimos amigos. Le conocí hace dos años cuando yo aún vivía en el Harlem Español y mantuvimos una conversación sobre jazz en tres tiempos, entre el piso 0 y -3, durante tres días distintos. Su enorme cuerpo negro estaba encajado en una esquina del ascensor tras una especie de pupitre que se había esforzado en hacer habitable: un ventilador de juguete que apuntaba hacia la sudorosa cabezota de titán, un cactus pálido que demostraba su capacidad para sobrevivir en cualquier parte y un equipo de música del cuaternario que escupía, testarudo, el saxo de Dexter Gordon. Tenía apoyado el codo sobre el mostrador con una de las mangas de la camisa del uniforme remangada, dejando entrever el brazo que parecía el tronco de un árbol viejo sobre el que hubieran acuchillado mensajes de amor los pandilleros del barrio. Cuando entré, se abanicaba con un ejemplar arrugado de *Los Vengadores*, congestionado, pero sin perder la sonrisa. Me llamó la atención su forma de abordar a los viajeros, destemplados a esas horas, con un buenos días amigos, abróchense los cinturones, y que antes de hundir su dedazo color cacao en el botón ya había conseguido robar alguna sonrisa pesada. ¡Vamos, hijos!

Decidle buenos días al viejo Barry y sabré que no estáis muertos. Para mi sorpresa, cuando alcanzamos el primer piso escuché un tímido pero disciplinado buenos días, de un coro extravagante de funcionarios, oficinistas, estudiantes y una monja que seguían envasados en el ascensor. Barry abrió las puertas jaleando al grupo, ¡a la arena, gladiadores, Nueva York os espera!, mientras algunos de ellos, los más orgullosos, disimulaban una sonrisa. Me quedé solo para continuar hasta el piso 0. Sentía cómo él me observaba con

una mezcla de guasa y compasión difícil de soportar en silencio. Así que cuando mi estómago intuyó la parada le miré directo a los ojos, algo impensable en esta ciudad si no quieres follarse o batirse en duelo, y sentenció: —La verdadera música de Dexter Gordon está en el silencio. En su último aliento dentro del saxo. Sus ojos me observaron oscuros, casi inválidos por los derrames, preñados por la experiencia. —Dexter Gordon era un alcoholico —contestó, creo que con orgullo. Al día siguiente cuando entré en el ascensor, Barry estaba sentado en el mismo lugar, lanzando su voz de trombón a los viajeros mientras el ventilador removía a duras penas el aire sofocante de su cubículo, solo respirable gracias a que flotaba también el limpio quejido de Billie Holiday. Cuando apretó el botón de la planta 0 y me miró, supe que me recordaba. Y para no decepcionarlo demasiado me acerqué a la puerta y afirmé que Billie Holiday había sido la voz más apasionada del jazz, a lo que él respondió con una sonrisa: —Billie era una drogadicta neurótica. La tercera y última entrega de esta charla fue la que nos unió para siempre. Y no por el hecho de que nos pusiéramos de acuerdo sobre nuestros gustos musicales, sino porque cuando Barry entró tarareando a Louis Armstrong a las seis de la mañana para comenzar su turno, yo ya estaba allí, esperándole como la secuela cutre de una mala noche, en el suelo, recostado contra la pared igual que un fardo de huesos y con la cara reventada a golpes. Uno de tantos episodios nocturnos que luego recordaba en blanco y que se repetían siempre que cenaba juego y alcohol. Cuando se me acercó su enorme cuerpo uniformado, me cubrí instintivamente la cabeza con las manos, pero al reconocerle escupí en el suelo un coágulo de sangre y articulé como pude: —La garganta de Armstrong era el más perfecto instrumento del jazz. Él resopló mientras me ayudaba a sentarme en su silla y me tendía una botella de agua que bebí de un trago. —Armstrong era un puto negro. Y no hubo más que hablar esa mañana porque de un plumazo se me había revelado aquel hombre, un gigante fabricado con remiendos de jazz: compartía con Dexter su mala vida, con Billie su corazón herido y con Armstrong que era el negro más negro de Nueva York. Ese día lo pasé entero a bordo de su caja de cerillas subiendo y bajando de seis a seis hasta que terminó su turno. Desde entonces, ya hace años, invierto así los lunes: viajando del suelo al subsuelo en esa nave que pilota Barry, hasta que empiezan a repetirse los rostros de aquellos que vimos marcharse al trabajo a primera hora de la mañana. Durante las primeras

horas que compartimos comprendí todo lo que era mi futuro amigo: tenía la capacidad de mantener decenas de conversaciones con distintos viajeros que duraban apenas unos segundos y recordaba, incluso, el punto exacto en el que las habían dejado cada uno de los días. También me asombró su forma de transformar lo chusco en fascinante, en una experiencia diaria por la que habría merecido la pena levantarse: ese lapso de tiempo, ese breve armisticio que firmábamos con la ciudad para pertenecer solo a Barry. Por eso conocía a millones de personas y anécdotas inimaginables sin haber salido ya no de Nueva York, sino de aquel ascensor. A día de hoy es la persona más cosmopolita que conozco y su ascensor es una caja de resonancia del mundo. Sin embargo Abbott se permitirá el lujo de describírtelo como un negro paleta al que solo le gusta fumar puros. Por ese motivo, y más allá de la apuesta personal que tenemos entre tú y yo, me he propuesto ofrecerte mi visión de él. Yo que le conozco mejor que nadie. Que soy consciente de que es mucho más grande que yo, más grande que Nueva York y mil veces más grande que esta historia. Aquella noche, mi nuevo amigo me llevó a tomar unas cervezas por el barrio. Caminamos protegidos por las sombras de panal que las alambradas dibujaban sobre las aceras, mientras me trazaba un plano de su pasado: en aquella esquina de allí había muerto su padre monstruosamente joven al intentar sofocar una reyerta callejera, en esa parroquia de allá había ayudado a su madre en las misas, en esas canchas su paso por la ginebra, y de ahí a los robos en esa tienda de ultramarinos al otro lado de la calle. Hasta que el pastor al que ayudaba con las limosnas se propuso apadrinarlo y dejó en sus manos el jazz negro, los libros que ahora se apilaban bajo su cama y el puesto de ascensorista que a día de hoy considera su salvavidas. El padre de Barry era un héroe. O así le recordaban en el barrio. Se le apodó el Guardián de Harlem e incluso llegaban a invocarlo en algunas misas como si fuera un ángel. Quizás por eso Barry se obsesionó con los cómics en cuanto cayeron en sus manos. Y cree en ellos firmemente. Según él son la mitología de Nueva York. Pero una mitología basada sin duda en héroes reales y anónimos. Por eso se pasa el día asignando apodos de superhéroes a todo el mundo. Hubo un cómic que dio un giro a su vida: leyendo uno de los primeros números de *Los Vengadores* cuando aún era un niño, descubrió la existencia de un héroe negro llamado Halcón, el Guardián de Harlem. Decidió que, sin duda alguna, debía de estar inspirado en su padre. Así que absorbió el título y decidió buscar un

segundo empleo en el que poder ejecutar su vocación, ahora heredada. Por eso, cuando me conoció y supo que me apellidaba Rogers, llegó inmediatamente a la conclusión de que, por la coincidencia con el apellido real de su segundo héroe favorito, Steve Rogers, yo debía ser bautizado también como el Capitán América. Eso, o que ya intuía mi problema con el juego, fue probablemente lo que le decidió a hacer por mí lo que aquel pastor hizo en su día por él: tratar de regalarle a mi vida un nuevo sentido y presentarme a su contacto en la policía. El comisario Ronald. Un tipo fofo, con las manos frías y húmedas como peces y ojos de perro bueno con el que colaboro, desde hace unos años y gracias a Barry, como confidente. Aquella primera noche, mientras sus labios se pegaban a la botella igual que un tentáculo, Barry me contó cómo había llegado a ser un *soplón* y cómo aquello le había permitido hacer algo por la memoria de su padre. Yo le escuchaba con el rostro paralizado por la hinchazón, con cierta reserva, deslumbrado por el agotamiento y las luces verde botella del pub. Y llegué a confesarle lo que no confesaba ante nadie: que no éramos iguales, que yo no provenía de su mundo, en realidad yo no era como él. Digamos que yo me lo había buscado. Digamos que me importaba un carajo la injusticia. Entonces, y después de una sonrisa que me pareció fraternal, me contestó: —Lo sé, puedo ver que eres un niño rico que no tiene nada más. Un chaval que no podía evitar meterse en líos porque no tenía nada más, repitió mientras me recorrían de arriba abajo sus ojos de escáner: ¿era drogadicto?, ¿atracaba bancos?, ¿o me divertía jugar con la mafia? ¿Debía pasta a los *espaguetis*? Nada de eso le impresionaba, no, y cuando estaba a punto de confesarle mi ludopatía, insistió: —No sé cuál es exactamente tu problema, pero lo que está claro es que eres un tarado como yo, hijo, eso salta a la vista. Ahora, déjame decirte una cosa: el peor defecto, aquel que amenaza con jodernos la vida, bien dirigido puede convertirse en nuestra mayor virtud. Así terminó la noche. Bueno, en realidad no terminó así, el broche de oro lo pusieron dos portorriqueñas que entraron en el pub a última hora, ocultando su edad bajo un maquillaje inexperto y el alcohol excesivo, que rogaron al camarero unas copas entre saltitos y que subiera la música si quería un poco de espectáculo. Una de ellas parecía la hermanita mayor de la otra, porque la más niña pavoneaba su cuerpecillo a medio hacer imitando todos los movimientos de la más alta. Sacudía sus caderas sin hueso como una lagartija, alzaba los brazos raquíuticos sujetando su pelo oscuro,

hasta que la mayor clavó una rodilla en la banquetta y gateó hasta la barra con torpeza. Desde allí se adivinaba su ropa interior de algodón, las rodillas redondas, los muslos rectos. Poco a poco, los clientes del bar fueron acercándose con la cautela de una manada de lobos viejos. Barry me miró comprensivo y luego, girándose hacia las chicas con una mezcla de lástima y apetito, le escuché murmurar: —Por qué no envejecerá el deseo.

—NOS VEMOS EN EL CARNEGIE DELI. EN LA SÉPTIMA AVENIDA con la 55 —dicho esto Ronald cuelga, aunque Dan Rogers aún permanece unos segundos escuchando el pitido intermitente de la conexión. Se mete un chicle en la boca, blasfema en alto y trata de encajar el auricular en la cabina tres veces hasta que se da por vencido y lo deja colgando como la oreja desprendida de un robot. Hace un mediodía soleado que dibuja el Midtown en líneas limpias y precisas. Cuando entra en el local le recibe un bofetón de olor a carne frita y salsa de yogurt, y apenas puede intuir entre el humo de la cocina a Ronald, al fondo, de espaldas, con su sombrero de cuadros, la camisa azul marcada con dos circunferencias simétricas bajo las axilas y la cartuchera cruzándole la espalda fofa. Tratar de entender sus gustos gastronómicos le resulta aún más difícil que comprender su absurda costumbre de citar lo tan lejos de la comisaría, según él, «por discreción». Dan Rogers dibuja mentalmente un camino entre las mesas: cerca de la puerta, una veintena de oficinistas solitarios tragan con prisa mientras se aprenden de memoria las paredes, y al fondo cacarea una gran mesa de representantes de artistas de cuarta, de los que se alimentan de las migajas de Broadway en los garitos de los alrededores. Cuando Dan Rogers consigue llegar hasta el policía ya está allí una camarera culona llamada Pamela que se abanica el sudor con su libreta dejando los ojos en blanco. Ronald le tiende la mano con el dedo meñique untado en mahonesa mientras trata de dobligar un enorme bocadillo con la otra. —¿Qué estás comiendo?... —Un Danny Rose. Tráele uno, Pamela. Y más servilletas. Luego se seca la frente con un pañuelo de tela. Lame sus dedos uno a uno como un gato gordo y fatigado. Da un azote triste al aire detrás de la camarera que ya se aleja con las caderas flojas. —Me siento mal por encargarte esto, Dan —confiesa de pronto, atragantándose con el último bocado. —Pues entonces podrías haberme llevado al Tavern on the Green y no a este tugurio. El otro intenta una sonrisa. Se acoda sobre la mesa. Suda

más aún. Dan comprueba que por una vez lo dice en serio y se enciende un lucky strike. —Se lo daría a Barry. Es muy buen jugador pero la gente a la que nos queremos acercar estará más a gusto contigo. —Déjame pensar —Dan Rogers descarna su sonrisa y escupe el humo que le queda en la boca—. El Kuklux klan organiza partidas de Black Jack, pero una nueva y perversa modalidad que han llamado «White Jack», por razones obvias... —El Ku-klux klan no —le interrumpe Ronald, sin ganas para ironías—, pero los Hijos del Azar, sí. A Dan Rogers se le descompone la sonrisa, Ronald bebe el resto de su cerveza de un trago y en la mesa de atrás se hace un silencio de funeral en los contertulios que solo romperá Pamela cuando regrese con un plato de patatas fritas que parecen enterrar un bocadillo. —Un Danny Rose, ¿falta algo? Ellos niegan con la cabeza y justo al tiempo estalla en carcajadas la mesa de antes: ¡un Danny Rose!, ¿habéis escuchado?, han pedido un Danny Rose, se felicitan unos a otros, mientras el más enclenque, uno que fuma sin parar cigarrillos ajenos asegura que ese es, sin duda, el mayor honor al que puede aspirar cualquiera de ellos en Broadway, que bauticen con tu nombre a un bocadillo. Entonces, los dos hombres se miran a los ojos, piden un café para llevar y se levantan. El plato queda intacto sobre la mesa. Durante unos minutos caminan en silencio. Los Hijos del Azar, medita Dan Rogers, quién no había oído hablar de ellos en esos días. Sus asesinatos aparecían cada vez más cerca de la primera plana de los periódicos y la gente relataba sus crímenes como si fueran episodios de un serial macabro de televisión. Bajan por Broadway arrastrados por un torrente de cabezas que se dirige al sur. Atraviesan Times Square que siempre parece estar celebrando el final de una gran guerra. Dejan atrás las tiendas de cachivaches electrónicos y el último de los carteles de los teatros que anuncia sobre una marquesina de bombillas *Happy Endings*. Ambos quedan detenidos ante el cartel por unos momentos hasta que Ronald le echa el brazo por los hombros como lo haría un padre en su primera conversación sobre sexo con su hijo, un confesor que va a aplicar una penitencia, pero no un amigo: —Vamos a un lugar tranquilo. No quiero que te metas en este lío sin saber bien a quién te enfrentas —saca el pañuelo, se seca la frente—. Y, por cierto, ni una palabra de esto a Barry. Entiendo que querría protegerte y eso podría ser muy peligroso para todos. Esta vez es un asunto solo contigo. Deciden subir de nuevo por la 5ª Avenida hasta que algunas hojas empiezan a suicidarse bajo sus pies. Puede sentir el caminar

despatarrado de Ronald a su izquierda y de cuando en cuando le mira sin abandonar el perfil. Su sonrisa de oso se esconde ahora tras un hocico hundido, igual que un perro que fuera a mearse dentro de casa. Ronald le ha proporcionado muchos trabajos desde que Barry los presentó y nunca le ha visto buscar de esa forma las palabras. Sin embargo, cuando se queda definitivamente sin habla es al pasar delante de Tiffany's. El comisario gira sin disimulo la cabeza varias veces para mirar a una chica esbelta y pequeña con moño alto que pellizca un *croissant* mientras estudia el escaparate. O quizás se deleita en su reflejo vestido de diamantes. Entran a Central Park por la puerta frente al hotel Plaza. A esas horas el sol empieza a esconderse tras los edificios. A Dan Rogers le gusta ver el parque atrapado en sus gafas. El cielo y los rascacielos negros. Los patos volando desde el lago y sobre su cabeza imitando una coreografía clásica. Un acordeonista parece adaptar una banda sonora a cada paseante. Un joven negro con un chubasquero amarillo sigue con la cabeza un ritmo imaginario. Al cabo de un rato se sientan en un banco y Ronald saca del bolsillo interior de su cazadora un puñado de fotos. —Esta es toda la colección que nos han dejado hasta ahora. Que la disfrutes —y prende su cigarrillo. La primera foto muestra a una mujer con la cabeza rasurada. La boca redonda en un horror desencajado. Las cuencas vacías. Dentro de una de ellas han incrustado un dado. Esta clavada literalmente en medio de un puente de madera como si su cadáver aún huyera despavorido. —El escenario del crimen es el jardín de la víctima. La empalaron con una de las sombrillas de su piscina —dice Ronald mientras busca algo perdido entre los árboles y el infinito. Dan Rogers desliza la segunda foto sobre la primera. El papel parece arrugado por muchas manos. Esta ni siquiera le parece una foto tomada del natural. Es una pareja desnuda y blanca sentada sobre una silla. Ella sobre las rodillas de él. Él la envuelve en un abrazo de carne. Ella tiene un dado de madera entre los labios. Si no hubiera sido por el tono marmóreo de sus cuerpos, parecería que se habían dormido en el transcurrir de un beso. Dan Rogers necesita cerrar los ojos y respirar. Abandonar unos sentidos en favor de otros. Se lleva la mano cerca del corazón. Tantea unos segundos. Saca un cigarrillo y lo enciende. Un violín y una guitarra tocan el Canon de Pachelbel que sin previo aviso se fundirá con los primeros acordes de un tema de Sting. De pronto huele a salchichas cocidas y a magnolias. Escucha a Ronald hablar por el móvil. Abre los ojos doloridos y saca fuerzas

para descubrir con prisa la última estampa: la instantánea está tomada desde el pie de una gran escalera blanca. Arriba, igual que si fuera a remontar el vuelo y sostenido dios sabe cómo, el cuerpo de una mujer sin cabeza. Blanco. Vaporoso. Lleva un camisón de gasa que se desprende desde sus brazos alzados como las alas de un gran ángel. Ronald se sienta de nuevo a la izquierda de su confidente. —¿Siempre son tan creativos? —dice Dan Rogers, reprimiendo una arcada. —Últimamente, sí. Como comprenderás, aquel adverbio, aquel pasado que contenía una previsión de futuro me provocó el primer escalofrío de la estación. Me subí el cuello de la chaqueta, blasfemé hacia dentro, le devolví las fotos y, antes de que Ronald se entregara a los detalles de mi nueva colaboración, intenté concentrar mis sentidos en todo aquello que seguía poderosamente vivo: las ardillas trabajando a cámara rápida entre las hojas, los cascos de los caballos contra el camino asfaltado, la afinación sinfónica de la ciudad detenida por la presa de árboles invictos que aún lograba contener la catarata de ruidos y, en el centro de aquel remolino, esta vez su voz, la de la mujer que me obsesionaba y se colaba en mis sueños desde hacía días. Una voz que me pareció delirada y de la que no tardaría en comprender su procedencia: ella de nuevo y más nítida, casi transparente, como el viento que venía del río. *¿Lo harás?*, me pareció que preguntaba, *¿lo harás?* Luego sus ojos atentos a los míos, expectantes, preguntándome si quería más cartas.

LOS HAMPTONS

UNA VEZ DAN ROGERS ARRANQUE EL COCHE, EN CADA SEMÁFORO podrá aspirar el olor a las cocinas atareadas. Apenas hay nadie por las calles. Las hojas han tendido una alfombra a los más rezagados, los que aún corren con todo tipo de comestibles empaquetados al punto de encuentro del sueño americano. La señora Rogers, por ejemplo, ha preparado una comida entrañable en su casa de la playa. Un oasis de luz al que Dan Rogers acude muy de cuando en cuando a refugiarse por unas horas. Un ritual curativo: al llegar a la gran casa de estilo colonial, le saludará con un movimiento imperceptible de la mejilla para recibir un beso... No pretendo interrumpir gratuitamente al autor, como habrás comprobado en el capítulo anterior he tratado de hacerlo lo menos posible, pero, si vamos a hablar de mi madre, creo que debo hacerlo yo directamente, ya que en esta historia merece un capítulo

aparte. Además, es imprescindible que entiendas que, aquí, el día de Acción de Gracias es capaz de paralizarlo todo: una operación policial en la que te juegas la vida, la búsqueda de una mujer fantasma que se ha colado en tu cabeza... tu vida queda aplazada para soportar los mismos chistes del pavo de todos los años —un cartel en una pajarería frente a mi casa anunciaba este año «Pájaro de familia desaparecido» con una foto del plumífero al horno— y también aguanté el maldito tiempo bipolar de Nueva York en esas fechas. Al salir del portal, tuve que forcejear con una fuerza invisible para cerrar la puerta y de camino al coche, bajo un sol intermitente, el viento hacía marchar un ejército de nubes grises que parecían ir a lanzarse en batalla contra la tierra. Existían solo cuatro ocasiones al año en las que visitaba los Hamptons, dos de ellas eran Acción de Gracias y Navidad, y siempre me asaltaba el mismo jovial misticismo al enfrentarme al viaje: según salía de Williamsburg, Ella Fitzgerald me acompañaba cantando *From this moment on* más o menos hasta alcanzar el primer gran cementerio saliendo de Brooklyn y, así, me aventuraba en mi ascenso transcendente por Long Island, de necrópolis en necrópolis hasta su extremo sur, Los Hamptons, ese imponente conjunto final de mausoleos donde la gente privilegiada como mi madre se enterraba viva en las estaciones cálidas con el fin, supongo, de irse acostumbrando a la fría soledad del mármol. Y allí estaba ya, ante mis ojos, el primer camposanto. Justo en el margen del silencio que Ella marcó antes de comenzar *Every time I say goodbye* —cómo adoro esta sutil coincidencia—, apareció enmarcado en la ventanilla uno de mis perfiles preferidos de la *skyline*, la gran masa geométrica de la metrópolis y delante, paralela a ella, su irreverente y macabra maqueta. La otra ciudad de piedra en miniatura que recorre la orilla a este lado: el cementerio de Calvary, con sus lápidas alzándose orgullosas como pequeños rascacielos mucho más cercanos que esas desproporcionadas torres, morada transitoria de los hombres que, como yo, querían sentirse inmortales. Aún afectado por mi siniestro encuentro con Ronald de la tarde anterior, tengo que confesarte que casi me divirtió pensar que, antes o después, los ocupantes de la Gran Manzana cruzaríamos aquel río Lethos a manos de tarados como los Hijos del Azar, para descansar en esa otra ciudad gemela con edificios a nuestra medida. Qué pequeños somos, pensé, atrapando entre los dedos la torre Trump que en perspectiva se convertía en una barra de chocolate negro. Luego seguí observando la curvatura excesiva de mi dedo gordo, una marca

de familia que le debía a mi padre, como su incapacidad para tocar el piano. Sospecho que mi madre nunca nos perdonó aquello. Ni a uno ni a otro. Esa mañana me había levantado con fiebre y desde niño, siempre que tengo fiebre, me dan ganas de ser mejor persona. Por lo tanto, y en mi empeño de luchar contra la recién nacida alianza entre mi código genético y el día de Acción de Gracias, decidí que no me vendría mal aparcarlo todo por unas horas y comer con mi madre quien ya se había ocupado de grabar uno de sus expresivos silencios en mi contestador. En ese punto dejé la carretera entre Brooklyn y Queens para tomar la Long Island *expressway* y al ritmo de un jazz frenético fui dejando atrás el cementerio de Ziom, llegué hasta el de St. Johns, con sus limusinas negras como cancerberos mecánicos custodiando la gran explanada verde y sus mafiosos silentes, descansando en tumbas vecinas con sus víctimas y asesinos, acorté por el Interborough hasta llegar al de Evergreen, donde me abandoné por la gran recta de Cypress Hills, mi preferida. Kilómetros y kilómetros de carretera franqueada a derecha e izquierda por un paisaje verde y vertical entre lápidas. Siempre que paso por ella no puedo evitar una nostalgia extraña por sucumbir ante mi propia mortalidad y, ese día especialmente, me costó seguir dominando el volante. No era tan extraño. Pronto entendería por qué la proximidad de la muerte me producía y me produce tal imán. La frente me ardía. Ah, la bondad, pensé. La bondad y la maldad parecían conceptos teóricos inservibles ante la demostración empírica de la piedra. Conducir entre aquellos camposantos me esclarecía de pronto la vista y la memoria. Por eso quizás escuché de nuevo la voz de Ronald. Los Hijos del Azar. El jodido trabajito que tenía para mí: Podía negarme —me había advertido con su aliento a mahonesa, abanicándose con las fotos de los asesinatos que bien podrían haber aparecido en un catálogo *gore* del Metropolitan Museum—. Podía negarme, sí. Pero yo era el mejor, más bien el único que podía atraerlos. Los Hijos del Azar... o más bien los hijos de la gran puta, creo que dije en alto, claro que había escuchado hablar de ellos. Últimamente sus asesinatos-homenaje a obras maestras del arte llenaban las páginas de los periódicos. Sujeté el volante con ambas manos. Ella cantaba *Just do it* y yo sonreí hacia adentro mientras pisaba el acelerador con la intención de asustar a una ardilla suicida que me esperaba chulesca en medio de la carretera y que no tuvo tiempo de huir. Achiné los ojos. Nunca he entendido por qué hacen esas cosas las ardillas. Sentí un pequeño obstáculo

bajo las ruedas. Joder, grité, aunque en el fondo... se lo había buscado. No era una apuesta de tu tamaño. Me persigné ante los ángeles que me observaban pasar con su impávida sonrisa de piedra. No me respondieron.

PERO DAN ROGERS SIENTE QUE ESA TARDE ESTARÁ A SALVO. Contemplará en su madre, blanca, higiénica, todo lo que ha dejado atrás: su casa, su posición, su familia. Un mundo de posibilidades que una vez le parecieron demasiado asfixiantes. Por eso quizás la voz de Ronald acudirá como copiloto de sus recuerdos durante el viaje en coche: aquellos hijos de puta no eran solo asesinos, eran apostadores y ladrones. De momento parecían interesados en propietarios de obras de arte importantes que habían sido adquiridas en subasta recientemente. Eran sibaritas y nadie conocía su identidad ni sus propósitos. Quizás una hermandad de lazos intelectuales, puede que económicos. Lo que parecía claro era que se movían en los selectos círculos de las grandes subastas, porque conocían lo que algunas mansiones almacena ban dentro. Su prioridad no era matar. Todo formaba parte de un feroz y sofisticado juego. La crueldad del crimen la dejaban en manos del azar, pero el modus operandi parecía claro: Detectaban al propietario de una obra de arte que acostumbrara a participar en grandes apuestas clandestinas.

Este era citado en una partida privada de Black Jack donde enviaban a su emisario, un psicópata pelirrojo adicto a las cartas llamado Lucio Manfredi al que utilizaban como marioneta para que jugara en su nombre asegurándose de que, a partir de un punto, la víctima pusiera sobre el tapete la obra

perseguida... Y, claro, Ronald no había entendido mi sonrisa histérica cuando escuché el nombre del tal Manfredi, de ese *espagueti* en cuestión. Me explico:

no estaba dispuesto a confesarle a mi *jefe* que le conocía porque le había ganado cien mil dólares unas noches atrás, destinados en su mayor parte a pagar mis deudas, porque eso le decidiría a apartarme del caso y sería tanto como confesarle que no había superado mi adicción, que no había dejado las apuestas ilegales y, en resumen, que me dedicaba a desplumar a criminales por deporte entre trabajito y trabajito para la poli. Por lo tanto, los Hijos del Azar y yo teníamos más cosas en común de las que Ronald podía llegar a imaginar:

a Lucio Manfredi y que casi todos los errores de nuestra vida los entregábamos en manos de la suerte. No son asesinos, Dan, son algo peor, me había advertido Ronald, sentado en aquel banco, aparentemente ocupado en

seguir con los ojos un reguero de hormigas. Si el azar se inclinaba en contra de la víctima escogida y esta perdía la partida de Black Jack, debía entregar la obra reclamada a Manfredi en la forma y el plazo que escogieran los ganadores. Si el perdedor no respetaba sus normas a rajatabla, y la entrega no se efectuaba, los Hijos del Azar irían a por su botín y se lo cobrarían con intereses: escogerían meticulosamente la vida de la persona más valiosa para el perdedor. La que más le doliera perder. A veces la suya propia o la de un familiar, y su cuerpo formaría parte de la escena espeluznante de un crimen, inspirada siempre en una obra de arte universal de reconocido prestigio. Una escena perfectamente iluminada. Una estampa de cuidadas proporciones ejecutada por expertos artistas del horror. Hasta ahora, y según habían investigado, el crimen del jardín imitaba el cuadro *El grito* de Munch; el de la parejita, la escultura de *El beso* de Rodin, y la mujer sin cabeza, *La victoria de Samotracia*. Sus escasos supervivientes aseguraban que vestían de esmoquin con la cabeza totalmente cubierta por una máscara de goma que recordaba a unos bustos romanos a los que les hubieran nacido los ojos. De momento sus tendencias creativas parecían inclinarse por autores algo clasicones, según mi parecer, incluso obvios. Pero comprendo que sería mucho pedir que me hubieran asignado a un grupo de psicópatas que plagiaran a Rothko. En cualquier caso, no había forma de prever quién sería el siguiente homenajeador ni la próxima víctima. Una bandada de pájaros que volaba hacia el sur se llevó la voz de Ronald de pronto muy lejos y me di cuenta de que había dejado atrás los cementerios. Puse rumbo hacia la costa. Ahora el paisaje volvía a estar vivo, aburrido, castigado por movimientos previsibles, salvo el de aquellos pájaros. Poco a poco los viñedos irrumpieron en el paisaje y se dibujaron las líneas rectas de las playas de la costa oeste: los locales de conciertos cerrados, las sobras de cristales del fin de semana, los embarcaderos blancos y vacíos por el cambio de estación. Long Beach, Lido Beach, John Beach... al pasar por Freeport paré como siempre para disfrutar unas ostras con cerveza. Un poco más allá, tomaba el sol una pareja de viejos *heavys* con sus Harleys que brillaban igual que dos moscas gordas y gigantes al lado del agua. De pronto sentí que nada de aquello me pertenecía. Dejé atrás Rockville, con su *high school* de ventanas inglesas blancas, sin rejas, sin alambradas electrificadas en el patio. Luego Baldwin, Merrick, Bay Shore... y así, Nassau entero fue alejándose de mi luna trasera, pueblo a pueblo. Toda una serie de burbujas de

oxígeno cercanas a Manhattan donde poder respirar, con sus lagos artificiales, sus patos artificiales, sus palomas artificiales y sus niños artificiales. Me fijé en las calabazas que aún resistían en las puertas de algunas casas. En este país pueden durar hasta las Navidades. Desdentadas, medio podridas y con una sonrisa fija cada vez más macabra, me recordaban a algunos miembros del senado. Así debí criarme yo, y así me criaron, supongo, en una época tan anegada de brumas que ahora apenas recuerdo. Mi padre murió cuando yo era demasiado niño como para entenderlo y mi madre decidió que viviríamos en Long Island, algo que sin duda favorecería a mi educación, aunque siempre mantuvo un apartamento en Manhattan para estar sola, es decir, lejos de su familia cuando lo necesitaba. Un lugar donde poder ser ella misma, supongo, y donde se hicieron famosas sus veladas con selectos intelectuales y artistas de la ciudad. Donde, dicho sea de paso, nunca tuvimos cabida ni mi padre ni yo.

Ni uno ni otro hicimos nunca demasiadas preguntas. Era evidente que no teníamos su sensibilidad. Mi madre tenía otros planes para mí. En Nassau debería haberme casado antes de los treinta, llevar un buen coche y limitarme a aquel micromundo. Conocería a buenos chicos que nunca habrían visitado Manhattan aunque estuviera a solo 40 kilómetros: ese mundo de perdición que nos anunciaban apocalípticas nuestras madres, cargado de sexo callejero y drogas, cuya sola posibilidad de existir nos hacía masturbarnos. Sin embargo, en *las afueras* no, en *las afueras* estábamos protegidos del azar, pero también del horror, pensé. Protegidos por la infranqueable y amenazadora cordillera de cementerios tras la cual descansaba la Ciudad Ficción. Donde todo era posible. Todo. Incluso la vida. Arranqué el coche con tanta furia que hice corretear como liebres a dos adolescentes hasta el otro lado. Yo no los envidiaba a ellos, pero ellos tampoco me envidiarían a mí, pensé. Sobre todo si supieran lo que soy, a lo que me dedico. Sobre todo, si supieran lo que Ronald me había pedido:

DAN ROGERS, BAJO LA IDENTIDAD FALSA DE HERMANN OZA, deberá adquirir en unos días una antigüedad japonesa en una importante subasta. Eso le colocará en el punto de mira de los asesinos. Luego tendrá que esperar a que los Hijos del Azar piquen el anzuelo. Supondrá ser convocado a una partida clandestina de Black Jack y volver a enfrentarse a Manfredi, su portavoz, pero con otra identidad. No será un problema, le asegura al

comisario Dan Rogers, mientras enciende un cigarrillo que arde más de la cuenta y se congratula en silencio de que la noche que conoció al italiano y le dejó sin blanca, no había cometido la torpeza de presentarse con su verdadero nombre. Ahora bien: ¿le dije Henry?, ¿o Hermann?, me pregunté mentalmente mientras Ronald y yo pensábamos en qué nombre le pegaba a mi nuevo personaje. Mi nueva tapadera. Me temo que sí había cometido la torpeza de olvidarme. Confiaba en que la memoria del *espagueti* fuera tan mala como la mía. Finalmente me decidí por Hermann para no liarme y Ronald propuso Oza, creo que porque era el apellido de soltera de su madre. Tendría que preguntarle a Barry, pensé, pero no. No, no, no... no podía, no podía involucrar a Barry, me lo habían advertido. Por algún motivo les parecía peligroso. Por algún motivo no le querían dentro. Podría colaborar con el grupo de confidentes habituales, pero no con Barry. Con Barry no. Chasquéé la lengua. Volví a acelerar. No me gustaba ocultárselo. Pero, ¿y si algo salía mal? El primer paso sería que Ronald tratara de localizar los mensajes de móvil a través de los cuales los Hijos del Azar permanecían siempre comunicados con Manfredi durante las partidas, con el fin de jugar a través de él sin desvelar su identidad. Incluso Ronald tenía sus dudas sobre si el mismo Manfredi conocía personalmente a sus jefes; eso sí, la envergadura de los crímenes en términos de «producción» hacía pensar que eran varias personas las que ejecutaban el asesinato. En algún momento de la velada, el italiano me pediría que pusiera la antigüedad japonesa sobre el tapete como apuesta. Y eso significaría que habría picado. Una primera victoria. Yo debería alargar la partida todo lo que pudiera para facilitar que Ronald y sus chicos localizaran el móvil desde el que se enviaban los mensajes... Finalmente harás un conteo de cartas, me había dicho Ronald, esa era mi especialidad, pero no para ganar la partida, chico, sino para perderla, especificó muy serio, y de ese modo convertirme en un cebo humano para los asesinos. Me agarré al volante. Sentí un incontrolable hormigueo en la yema de los dedos que me era dramáticamente familiar. Comencé a mojar la camisa por la espalda y el asiento del coche. Nunca antes había hecho trampa para perder. Iba en contra de mi naturaleza. Pero por otro lado me excitaba. No podía evitarlo. El límite de la apuesta era el más alto que había jugado jamás. Me provocaba tanto como el sexo cuando pedía compañía al peligro. Lo que más me estimulaba era que todo dependía de mí. Lo que menos: que Ronald supo que no podía

negarme. Es una ley: dale a un jugador una doble partida. Un juego de cartas dentro de un juego mayor. Y se lanzará como una araña a un mosquito. Por instinto. No llevaría micrófonos. Era demasiado riesgo. La partida no podía amañarse: otro peligro innecesario dada mi fama como jugador, me piropeó Ronald como nunca antes había hecho. Una vez me adentrara en su mundo de suertes, estaría solo. Si ganaba, ellos se replegarían como obedientes ángeles exterminadores. Pero perder significaría que empezara la caza. Los chicos de Ronald me habrían preparado un apartamento en una zona lujosa de Manhattan a nombre de la identidad que habíamos decidido entre Ronald y yo, Hermann Oza. Allí llevarían con bombo y platillo la antigüedad del supuesto magnate. Cuando los criminales fueran a por ella como osos a la miel, serían apresados. Por precaución, a partir de ese momento tendrían que ocultarme fuera de la ciudad durante un tiempo. A saber cuánto. Observé en el retrovisor mi rostro congestionado por la fiebre. Ah... desde luego no era la bondad sino el aburrimiento lo que me hacía conducir como un kamikaze por mi propia vida. Y Ronald era sin duda mi único antídoto contra el aburrimiento. A unos 30 kilómetros de allí, en la costa sur de Long Island a donde me dirigía —y donde mis padres terminaron comprándose una casa de recreo como cúspide de una carrera hacia el éxito social—, todos los chóferes se llamaban Fairchild y eran importados del Reino Unido de serie junto a los Rolls Royces, para que les sacaran brillo con devoción. Sí, los Hamptons, con sus funerarias con campo de golf, con sus casas de verano, con sus paredes forradas de literatura adquirida al peso. ¿Qué podía importarme ese mundo de praderas verdes cuando estaba a punto de embarcarme en la misión más oscura de mi vida?, ¿cuando vivía obsesionado por primera vez con la visión de una mujer que de momento solo existía en mi cabeza? El cerebro me explotaba. Dudé si mi cuerpo soportaría una comida con mi madre. Además, ¿la verdadera compasión no empezaba por uno mismo? Entonces la BONDAD con mayúsculas podría terminar también en uno mismo, pensé. Y con esta verdad que me llenó de impaciencia, me encerré en el coche, di la vuelta y antes de haber conducido un kilómetro en dirección a Manhattan, derrapé y con las orejas gachas, puse rumbo al sur de nuevo. Mira, hay algo de lo que pienso convencerte antes de que termines de leer este bendito libro. Yo soy bueno. BUENO con mayúsculas y sin discusión: tú aún no conoces a mi madre. Y si la bondad empieza por uno mismo —seguí disertando mientras retomaba la

ruta original y una claridad plúmbea se dibujaba al fondo—, la libertad también. De ahí mi problema con la mujeres. ¿Te das cuenta? Hemos caído siempre en la misma trampa. Huir de las mujeres libres. Esas que por instinto natural nos enamoran. Hay que fiarse del instinto. En serio. Siempre. Porque una mujer libre es la que te hará más libre. Sin embargo las otras, a las que nos aferramos de por vida porque no se conceden la libertad ni siquiera a sí mismas, esas tías son las que se pliegan en casa dentro de los cajones, las que se encarcelan en ellas, en sus hijos, las que no se dan libertad para follar a gusto, comer a gusto, para vivir con ganas, vaya, esas son las que nos hacen sentirnos seguros, como en la cárcel, porque en el fondo te encarcelan con ellas. Dentro de ellas. ¿No es evidente? Nadie que no conoce la libertad, que no se la concede a sí mismo, puede darle la libertad al otro. Bien, pues acabo de presentarte a mi madre. Ella era una de esas mujeres carceleras. La evoqué como una antigüedad más dentro de aquella gran casa de madera blanca que amenazaba con fornicar con la carcoma o desmontarse en el próximo temporal, los bufidos con los que protestaba el mar cuando la escuchaba al piano en su salón privado, siempre destemplado, con el que aún tenía pesadillas macabras desde que me obligó a estudiar música, desde que me declaró incapaz para ello y no volví a traspasar aquella puerta. La recordé, decía, arañando los acordes del concierto número 2 de Chopin, rodeada de todas aquellas reliquias —fotografías, pinturas, recuerdos— que había colgado sobre él y que, según ella, habían dado sentido a su vida, a las que rezaba como si fueran dioses que se descolgaban de las paredes. Es cierto, siempre tuve pesadillas con aquel rincón de la casa. Quizá porque siempre supe que en aquel templo que mi madre había erigido a lo que más le importaba en la vida, sobre su altar negro y musical, nunca encontraría una foto mía. Nunca jamás tocó para mí. Solo tocaba para ellas. Cuando llegué, y como ha comenzado a narrar Abbott en la página 43, la distinguida Evelyn Rogers estaba sentada en el jardín y preparó la mejilla para recibir un beso. Este era un gesto muy suyo: siempre pedir antes y luego, si acaso, dar. Y eso que se pasaba el día muy ocupada haciendo obras benéficas: mi padre siempre dijo que era una de esas republicanas liberales que se sienten culpables de serlo. Luego trató de despistarme con su semblante sereno e indiferente, pero, justo a tiempo para detener el embiste, comprobé cómo fruncía levemente el labio superior como si hubiera encontrado el primer reproche de la tarde, mientras miraba de reojo

el césped. —Madre, tienes que mandar que te quiten las hojas del jardín —la sobresalté—, o se enfadarán contigo los vecinos. ¿De quién crees que saqué mi habilidad para el juego? Mi madre era una estupenda jugadora capaz de reconocer cuándo le habían dado la vuelta a una estrategia, así que se limitó a mirarme a los ojos. Yo, regodeándome en mi primera victoria, proseguí: —Recuerda que el año pasado, el señor Picoock te esparció las suyas en la puerta de casa para informarte cordialmente de que tus hojas empezaban a invadir su jardín. Fue bastante embarazoso. Ambos nos miramos entonces como mira un ciervo a un cazador antes de recibir un tiro en la frente, intentando dilucidar cuál de los dos era en ese momento la presa. Quizás habíamos recordado que, como todos los años desde que cumplí los diez, la tarea de recoger las malditas hojas era responsabilidad mía. Pero yo ya no iba por allí. Y descuidar aquel jardín era descuidarla a ella. Se levantó un poco de viento. Las puertas de una de las ventanas golpeaban como una sentencia el quicio de madera. Una hebra de pelo ceniza cruzó su rostro bello y limpio, su vejez sin maquillar. Ambos levantamos la vista. —¿Pero qué necesidad tienes de mantener todo esto, madre? Si, al final, ¿quién viene aquí? La pobre Hanna ya no puede sola con las tareas de una casa tan grande. Y cada vez necesita más arreglos. —Los haré cuando la cerremos este invierno. —Llevas años diciendo lo mismo, madre... Y ya es invierno. —No, es Acción de Gracias, Daniel. Y vienes a comer. Esa es tu única obligación para con esta casa. Venir el día de Acción de Gracias y abrir la boca solo para comer. Y se levantó vértebra a vértebra de la silla colonial donde estaba encajada, para desaparecer como una ilusión tras un visillo de gasa blanco. Durante la comida habló de la nueva temporada en la Metropolitan Opera. Le parecía sofocante. Hanna sirvió pato de Long Island —que es, por descontado, más fino que todos los demás—, luego vinieron las ostras negras sobre una cama de pimienta también negra y los langostinos a la crema. No abrió el vino español que llevé de regalo. Encontró en su bodega una opción más apropiada. Mi madre nos confesó, poco después de quedarse viuda, que cocinar pavo ese día siempre le había parecido una absurda vulgaridad.

ELÍAS WEISBERG, EL NIÑO ORÁCULO

NUNCA LLORA CUANDO EL PRACTICANTE LLEGA A SU CASA. No se queja cuando los niños le hunden los puños en el estómago. El balonazo

que el día que cumplió los cinco le fracturó la nariz le hizo reír un buen rato.

A sus siete años, Elías Weisberg solo lloró la noche en que escuchó a su madre confesarle a su padre que, a través de su nacimiento, Dios los había castigado. Los de su pandilla le llaman el niño superhéroe y ha sido el mismo

Elías quien se ha encargado de alimentar esa leyenda. No es de cosecha propia. Se lo ha dicho Barry, el amigo negro del Capitán América. Para él, que siempre se sintió diferente, averiguar que el Capitán era su vecino ha sido el acontecimiento más trascendente de su corta vida. Desde entonces solo sueña con convertirse en su ayudante y para ello se entrena a conciencia todos los días: sube y baja de dos en dos los escalones de su casa en un tiempo cada vez más corto. Lleva una lista pormenorizada de los apodos de las bandas del barrio en la parte trasera de su cuaderno de matemáticas. Dedicaba una hora todas las tardes a lanzar piedras al agua desde el minúsculo Grand Ferry Park: una explanada yerma, decorada con evacuaciones de perro y profilácticos reventados donde, al otro lado del río, Manhattan asoma como una cordillera flotante tras las fábricas. Desde allí mismo, sueña, algún día agujereará la corona de cristal de la torre Chrysler. Desde allí mismo, Elías Weisberg consiguió una tarde que el Capitán se fijara en él por primera vez. Fue el día que logró que una piedra rebotara nada menos que cuatro veces en el agua y despertara al monstruo. A Dan Rogers tampoco se le olvidará nunca ese momento: había descubierto aquel lugar poco después de mudarse a Williamsburg. Entonces el barrio era solo un reducto industrial más, despoblado de vida, donde los fantasmas encendían sus fogatas al anochecer y aún se podía mear en el río. Solo un par de escultores trasnochados se atrevieron a ocupar una de las naves, llenándolas de garabatos de hierro fundido, tabloncillos podridos por el agua, desechos de otras vidas del barrio. Le pareció el universo perfecto en el que establecerse. Dejó la Facultad de Matemáticas y, después de ejercitar noche tras noche su extraordinaria capacidad de cálculo en varias apuestas clandestinas, un golpe de suerte en una partida de *yuppies* le permitió invertir en un apartamento de una casa de dos plantas en el emergente barrio judío de Brooklyn. Dos importantes razones le decidieron: en primer lugar que en pocos pasos podía contemplar el agua sin barandillas y, en segundo, poder regalarse el pequeño placer de anunciarle a su madre, con calma, degustando su malestar como un buen café negro, que tenía a judíos ortodoxos como vecinos. La tarde en que conoció a

Elías estaba en Grand Ferry Park. Su esquina de tierra preferida después del South Cove. Fumaba despacio sentado en un banco medio hundido en la arena, cerca de la orilla, protegido por las alambradas que mordía el óxido.

Delante de él, una gran piedra en la que alguien había escrito en letras mayúsculas «*Warrior*» contrastaba con la figura enclenque de un niño de unos siete años que tiraba guijarros al agua. Supuso que era judío por la pequeña kipá negra que le cubría la coronilla, y que era ortodoxo cuando el niño se levantó del suelo, sacudió sus vaqueros y se los bajó dejando al descubierto los impecables pantalones negros de traje que llevaba debajo. Luego miró a un lado y a otro, metió los vaqueros escrupulosamente doblados en su mochila y continuó con lo que estaba haciendo. Le contempló durante un buen rato.

Alzaba el bracito afilado como un mondadientes buscando un ángulo de noventa grados con la aguja del Empire State, luego giraba la muñeca como si fuera un mecano y después de una sacudida rápida, la piedra rasgaba de un tajo la piel del río, patinando sobre él igual que si fuera una superficie sólida, compacta, una y otra vez, hasta que se hundía tras una gárgara de rana. Podía recordarlo como si fuera hoy. Su sombra canija recortándose sobre el East River. La mano alzada hacia el cielo. El vuelo de las piedras. Cada vez más cerca de los rascacielos. Cada vez más lejana su zambullida. Cada vez más concéntricas las circunferencias sobre el agua. Hasta que uno de los aerolitos provocó un clong metálico e inesperado que despertó a ambos de su trance. El

lomo del río empezó a arquearse como un vertebrado, el agua escapó con rapidez por ambos lados de lo que le pareció el cuerpo de un gran cetáceo de lata, hasta que salió a la superficie la cubierta grisácea de un submarino alemán: quedó flotando durante unos segundos como una criatura prehistórica, desplegó su periscopio con un quejido mohoso, pareció comprobar que Manhattan seguía en su sitio y volvió a sumergirse, silencioso, con otra gárgara sorda, imitando una de esas piedras que desaparecieron para siempre en las negras y batidas profundidades del río. Elías permaneció inmóvil frente al agua, consciente por primera vez del horizonte de edificios. Y volvió a tirar otra piedra, ahora con un objetivo. Qué te puedo decir. Aparte de que estas cosas pasan. Así es mi mundo y, de momento, no sirve que le des más vueltas. No hay muchas posibilidades: si lo vi, lo vimos los dos; si lo soñé, también lo soñamos ambos. Pero esta es tan solo una anécdota y desde luego no es la causa de que Elías tenga una importancia crucial en la historia. Si no, Abbott

no te habría hablado de él con el detenimiento con el que acaba de hacerlo y yo no te subrayaría lo que sin duda él ha decidido pasarte por alto: El viernes después de Acción de Gracias estaba sentado al atardecer en los escalones de entrada a mi casa fumando un cigarrillo, entretenido aún por un sueño, esta vez sí, del que no acababa de despertarme: en él, me asomaba a la calle. Era también viernes porque ardían las velas del sabbat en las ventanas. El frío y la niebla habían invadido el barrio como si nos hubiera visitado un invierno impaciente y, de pronto, aquel ruido aterrador, como una bofetada de aire sin aire, me hizo mirar hacia arriba. Salí a la escalera de incendios y lo vi. El cielo tenía un color crudo y parecía hecho de papel. Se arrugaba deprisa como si una mano invisible estuviera tirando de él desde el otro lado. En un segundo fui testigo de cómo desaparecía el día, se arrancaba de cuajo la calle, el agua del río se desprendía de su cauce como una gelatina y no quedó nada más que la representación plana de mis huellas sobre la nada. Solo unos ojos color miel que, quizás desde el cielo, sabe Dios desde dónde, espiaban los míos.

Obsesivos. Anhelantes. Después, poco a poco, el asfalto se dibujó de nuevo sin niebla. Los volúmenes saltaron del plano otra vez y volví a verme a mí mismo, aún observado por aquella mirada sin dueño que por un momento creí conocer. Me desperté sudando. La luz turbia de la niebla penetraba entre las cortinas igual que en mi sueño, pero una caricia incorpórea recorría aún la habitación, como si alguien repasara con los dedos los contornos de los muebles, mi cama, cada escalón hasta la calle, las aceras. No sabiendo aún si estaba dormido o despierto, me pegué a la ventana. Las velas ardían en las casas y una pátina blanca extendía sobre el barrio el último sol de la tarde.

Con el fin de despejarme del todo, bajé a la calle y me derrumbé como un sorprendido muñeco de trapo en un escalón que ardía bajo un sol moribundo.

No era la primera vez que tenía esos sueños extraños. Y era normal que se intensificaran en un momento de tanta tensión como el que estaba viviendo.

Ronald acababa de enviarme con un mensajero las llaves del apartamento donde se supone que vivía Hermann Oza y donde procuraría ir lo menos posible, así que tenía la sensación de que los acontecimientos podían empezar a precipitarse como fichas de un dominó, de un momento a otro. Pero, lo que más me preocupaba de mis pesadillas era que empezaban a convertirse en alucinaciones. Desde todas ellas me sentía observado. Siempre ojos vigilantes. Siempre la ciudad desapareciendo. Olvidándose de sí misma. Pero aquella vez

era distinto. No se iban. Me miraban. Por eso seguí fumando para añadir más niebla a la niebla. Para librarme de aquellos ojos testigos. Si cerraba los párpados aún podía verlos con toda nitidez: la contracción gradual de las pupilas, el baile líquido de la retina, el extraño ámbar del iris. El color. En ese momento escuché la voz: —*Shalom*, Capitán. Abrí los ojos sobresaltado y le escupí una bocanada de humo con tos. Elías apareció delante de mí, ahora tosiendo también, con una sonrisa confiada y un balón bajo el brazo. —¿Tu madre nunca te ha dicho que no hables con extraños? —Capitán, no disimules conmigo. Tengo mis informadores —entonces se rascó la pierna delgadísima con la punta del zapato—. No tienes nada que temer. Soy tu aliado. Di otra calada profunda. Abrí un ojo todo lo que pude con el sol de frente. No se me dan bien los niños. —Bien, bien... Continué fumando con los ojos cerrados, pero pude sentir cómo Elías se sentaba a mi lado, su electricidad, su fascinación. —¿Tú no celebras el sabbat? —escuché en la oscuridad su voz asertiva. —No. —¿Y por qué? —Porque también ganduleo el resto de la semana. Hubo un silencio de incredulidad. —¿Es porque el Capitán América nunca descansa? —Sí, por eso. —Pues deberías venir a mi casa un sabbat aunque seas gentil, para descansar de tu lucha contra el mal. Ahora sí, abrí los dos ojos y apareció su cara menuda y sonriente. —Oye, ¿no tienes nada que hacer en casa? Rezar un rato, ayudar a tu madre, ensayar cancioncillas de esas... —A mi hermana Myriam le gustaría. Decididamente aquel mocoso era listo, muy listo. Debajo de su flequillo ondulado, sus carrillos se hinchaban de pronto en una sonrisa negociadora. Me había cruzado con Myriam Weisberg en ocasiones cuando llevaba a Elías al colegio. De unos veinte años. Esbelta, piel blanca, huesos largos, el pelo pesado y negrísimo como los ojos, dos canicas brillantes que endurecían las líneas de sus rasgos como si la hubieran dibujado a lápiz de un solo trazo. Para pedírsela a Santa Claus por Navidad, vaya. —¿Así que a tu hermana Myriam le gustaría? —repetí paladeando cada sílaba. Sabía muy bien lo estrictos que podían ser los ortodoxos con sus mujeres, aunque midieran poco más de un metro. —El otro día me dijo que os encontrasteis cuando se iba a la mikve —bajó los ojos con una estudiada inocencia—, y también dijo que era una pena que no coincidierais más... Escarbé mentalmente en mis recientes y escasos conocimientos culturales del barrio. Mikve: baños en los que las judías purificaban su cuerpo y su alma cada cierto tiempo para... no sé. Me dio la tos. Aquel renacuajo era un jugador

experto. Me alegré de que aún no le hubiera cambiado la voz y de no conocerlo al otro lado de un tapete. No sabía qué querría de mí, pero mi instinto decidió a priori que el trato me parecería justo. Este quizás sea un buen momento para contarte la primera de mis siempre útiles teorías sobre la Ciudad Ficción: en Nueva York se da la paradoja de que los niños son adultos y los adultos nos comportamos como niños en un regreso o reinención de esa infancia que nunca tuvimos. Con lo cual, el adulto neoyorquino resultante, o sea yo, por lo general hace bastantes idioteces para su edad y, en cambio, el niño neoyorquino tiene que lidiar muy pronto con un mundo de violencia, muerte, sexo y territorialidad para el que, en teoría, no está preparado. No estoy justificándome. Es un hecho. —¿Y qué días va Myriam a la mikve, eh, guapo? —tiré, por lo tanto, del hilo que me tendía el niño-adulto. Elías se levantó. Botó despreocupadamente el balón un par de veces e inclinó la cabeza hacia un lado como un cachorro. —Quiero ser tu ayudante. —Muy bien. ¿Y en qué crees que podrías ayudarme? —Tengo superpoderes. —¿Ah sí? El niño miró a su espalda. Acercó su cabeza a la mía. Convirtió su voz en un susurro: —Nada puede hacerme daño. Y veo cosas que solo tú ves. La conversación empezaba a divertirme pero, insisto, no se me daban bien los niños. Así que de un manotazo le arrebaté el balón, lo encesté en el primer piso de la escalera de incendios y, cuando cayó de nuevo rebotando enloquecidamente contra el suelo, se lo devolví. —Bueno, ya hablaremos otro día, ¿de acuerdo? Me di la vuelta, sacudí la ceniza del pantalón y empecé a subir las escaleras. Elías se quedó a mi espalda con sus pantalones cortos perfectamente planchados. Su camisa de rayas. Su gorrito a juego. Pero su voz me alcanzó de nuevo con un tono que dejó de ser infantil de pronto. —La otra te parece más guapa, ¿verdad? Tú también ves a la chica del chaleco. Cuando me di la vuelta aquel pequeño había dejado de ser pequeño. Aún sujetaba el balón pero de pronto pareció un atlante que sujetaba el mundo. Su vocecilla chillona se me ofrecía ahora serena como la de un profeta. Me acerqué a él. Aguantó la mirada. Subió un escalón. —A mí también me gusta más que los anteriores. Y me gusta cómo nos mira —entonces dejó el mentón suspendido en el aire y sentenció—. Hoy aún no se ha ido. Le escuché sin respiración. Él prosiguió: —Pero tengo miedo por ella y por ti. El mal anda cerca. Más de lo que piensas. El mal volverá a atacar. Pero juntos podremos luchar contra él —entonces, se acercó y me susurró al oído—. Encuentra a la chica del chaleco

y te encontrarás a ti mismo. Escuchamos a la señora Weisberg con su reconocible acento *yiddish* llamándolo para que la ayudara a subir la compra.

Los pájaros y los perros habían hecho un voto de silencio. Los coches caminaban mudos por las calles. Cuando el niño se acercó corriendo, su madre le hizo un gesto para que parara y me saludó con cierta desconfianza heredada.

Yo permanecí hincado en las escaleras como un poste de luz sin luz. Con la voz de Elías convertida en una espada caliente que me cruzaba el pecho. ¿Sabía aquel renacuajo algo del caso al que me enfrentaba? ¿Soñaba también con la chica del chaleco? ¿O era capaz de leer mi mente como uno de sus cómics? «Aún está aquí», repetí en alto a los pájaros invisibles, a los fantasmas de los basureros, a los habitantes del río, a los asesinos y a los tarados. Y con tan solo entornar los párpados la encontré de nuevo. Esta vez como una proyección sobre una lámina de aire, a mi crupier y ahora sabía que aquellos, los que acababa de soñar en mil tonos de ocre, eran también sus ojos, y yo supe que estaba más sobrio que nunca y ella más nítida de lo que jamás pude imaginar, barajando lentamente las cartas de mi destino: con su chaleco negro como la había descrito el niño, sus uñas transparentes. Sus ojos cada vez más nítidos y siempre atentos, escoltando mi figura inmóvil sobre la piedra gris. Aquella tarde de viernes y niebla.

Demo version limitation Demo version limitation LA TORRE NEWMAN

—EL DINERO NO ES VERDAD. Tony Newman resplandece con su vaso en la mano como un hermoso insecto posado sobre el cristal que atrapa el vacío, el sur de Manhattan, el mundo. Dan Rogers está a punto de pedirle que le perdone por lo primero que se le ocurra, que ponga precio a su alma, que le abra las puertas del paraíso o del infierno, pero solo le pide más whisky con un movimiento inconcreto y él continúa, sonriente, derribando un mito tras otro, pausando su voz como una azafata: —... aunque eso únicamente lo sabemos unos pocos, Dan. Allá abajo sí creen en esas cosas: en Dios y en el dinero. Y se da la vuelta como siempre, haciendo zozobrar dos piedras de hielo sobre un Lagavulin del 62. Con la punta de sus zapatos italianos rozando las azoteas planas de Wall Street. Bueno, bueno... más allá de que yo siempre bebo *bourbon* —soy un nuevo pobre—, si no lo conoces más que de vista, sí, así es Newman. Yo adoro a Tony, pero comprendería que esta semblanza te hubiera provocado una falsa impresión: un hombre invencible, titánico, su

superioridad cínica asomándose al mundo desde su castillo de acero con la misma perspectiva de una rapaz o un dios o quizás de un hombre de mentira que, como yo, intuía caminar sobre el vacío. Pero más allá de eso, yo había ido a verle porque tenía claro que Tony formaba parte del entorno tanto de los asesinos, como de las potenciales víctimas:

—¿Y DICES QUE CONOCEN A SUS VÍCTIMAS? —TONY NEWman coge una de las fotos de los asesinatos alisándose las mangas y la observa con un gesto hipermétrope, como si temiera que fuera a salpicarle el traje. Dan Rogers asiente con la cabeza y pasea por el despacho, haciendo crujir la tarima blanca. Puede adivinar el gesto de preocupación en los ojos de su amigo. Es muy característico: arruga la frente clara y lanza una mirada espía, rápida, inapreciable, una por parpadeo, capaz sin embargo de recabar toneladas de información por segundo. El mismo gesto de miedo travestido de calma que cuando hace unos años le pidió que visitara a un buen psiquiatra especializado en ludopatía. En aquella época Dan Rogers había empezado a tener ausencias, vanos de tiempo y espacio en los que no recordaba horas, noches enteras, tras el vuelo de los naipes. El caso es que Tony Newman le lanza una decena de sus aviones espía mientras ojea con prisa el resto de las fotos y entonces se compromete a pasarle una relación completa de los coleccionistas de arte que conoce; muchos se encuentran entre sus clientes, incluso aquellos que le consta que participan en importantes subastas clandestinas. El otro respira hondo y luego se miran a los ojos durante un buen rato mientras entran en calor y beben despacio. Dan Rogers ha sentido esa tarde que comenzaba la cuenta atrás. Sobre todo después de la llamada de Ronald: han picado el primer anzuelo, le ha dicho por el móvil hará una media hora. Han picado el anzuelo, Dan, estuviste muy convincente en la subasta y mis informadores me aseguran que se han tragado que eres Hermann Oza, le ha piropeado de nuevo. Eso quería decir que, en algún momento, probablemente esa misma semana recibiría una invitación con fecha y hora en un sobre lacrado en el domicilio ficticio que había alquilado la policía a nombre del Sr. Oza en el Upper East para una partida privada con Manfredi en Fanelli, un restaurante de Spring Street, cuyos sótanos habían servido desde tiempos inmemoriales para que la gente se jugara la vida a las cartas entre cucharadas de tiramisú. Ronald le ha enviado los informes con los que cuentan hasta el momento y, en los días que

le quedan, Dan Rogers ha decidido recabar más información por su cuenta a través de otros confidentes. No le gusta perder una partida a propósito sin tener el placer de mirar al ganador a la cara. Por eso, la noche anterior, mientras revisaba los archivos del caso se le había ocurrido comenzar visitando a Anthony Newman, un antiguo compañero de la universidad, millonario de cuna y máximo exponente de la mafia de cuello blanco de Wall Street. Newman se había hecho confidente de la policía por recomendación de Dan Rogers un par de años atrás con el fin de silenciar un feo asunto de su hermano: una serie de ventas de valores de bolsa ficticios... Y todo hay que decirlo, una actividad tan cotidiana en el parquet neoyorquino —perdón por la interrupción—, tan cotidiana, decía, como tomarse un capuchino en un vaso de papel para esperar una limusina en uno de los bancos del *hall* del World Trade Center, hablando de cualquier inclemencia meteorológica con un mendigo descalzo y mugriento que se hubiera refugiado allí del frío y que acabaría rugiéndonos que no le dejabas dormir. En suma, y no pretendo enrollarme ni defender a nadie, Tony tuvo que silenciar una travesura de su hermano frecuentemente castigada por la poli con dinero en metálico y alguna información jugosa de cuando en cuando. Decidí comenzar con él en primer lugar porque era el más rico y por lo tanto el más cercano al entorno de las víctimas y, en segundo, porque siempre que nos veíamos me ponía un whisky en la mano y el mundo a los pies. Te dejo continuar:

—¿Y CÓMO ESTÁ TU MADRE? —PREGUNTA EL MAGNATE, con una sonrisa tan amable como irónica, traspasando por primera vez la frontera de su mesa, algo que nunca hace, tomando asiento frente a la ventana, al lado de su amigo. Suena el teléfono. Los dos hombres lo observan con fastidio. Tony alza la vista por encima del panel de cristal que le separa de su secretario. Después de un suave gesto de limpiaparabrisas con un solo dedo, vuelve el silencio. Lo siento, pero es que no vas a entender mucho si no te explico antes que Anthony Newman y yo fuimos compañeros en Yale. Él continuó sus estudios financieros y yo, es evidente que no. Aún hoy y también esa tarde tan cerca del cielo, el bueno de Tony se permitió recordarme que en su opinión yo habría sido Secretario de Estado para la economía si no hubiera decidido aplicar mi talento para las cifras en ganar a las cartas. Ese era siempre el momento en el que yo me permitía recordarle también que quizás era la única

persona en el mundo que conocía el terrible secreto que podía terminar con el prestigio y la leyenda de su familia en el sur de la isla de un plumazo y que te confieso ahora aquí, entre nosotros: y es que Tony Newman tenía escrúpulos. Llegados a ese punto él siempre desembocaba en una carcajada insolente y armoniosa que traspasaba los tabiques de acero y cristal, y su legión de *brokers* levantaba la vista con la misma cautela de unos perros de caza, dóciles, fieros, para volver a sumergirse en el azul líquido de sus pantallas. Después de comprobar que la oficina había vuelto a la calma, Tony recuperó su voz impostora de supervillano, tan oscura como sabia, y yo tuve la sensación de que iba a recitarme a Walt Whitman el mismísimo Darth Vader. Un golpe seco me sobresaltó, creo que solo a mí en toda la planta. Frente a nosotros, una gaviota que habían escupido las nubes se estrelló contra la ventana y se despeñó ciento treinta pisos en picado tras dejar a la altura de nuestros ojos la marca roja de un lacre. Mi amigo volvió a beber con una sonrisa de aprobación. Tony había invertido mucho tiempo en diseñar la torre Newman. En encontrar su ubicación, contigua a las Torres Gemelas. La había pensado para que fuera un monumento que honrara el apellido de su padre y aumentara, además, el mito de sus malas artes. El resultado fue un espigado rascacielos de espejo que a mí me recuerda a un cuadro de Magritte porque observarlo siempre proporcionaba unos segundos de surrealismo: una reproducción del cielo sobre otro cielo. Pero la intención de Tony no era puramente estética. Una de las particularidades de este edificio era que estaba fabricado de un espejo tan limpio que atrapaba el cielo hasta que sus contornos se hacían invisibles, por lo cual, de forma constante y hasta que caía la luz, los pájaros se estrellaban contra sus muros, convencidos de poder atravesarlo con su vuelo en dirección al norte. Así que a los pies de la espejada torre Newman y sobre el limpio pavimento de Wall Street, siempre había decenas de pájaros reventados. Toda una declaración de intenciones y un estudiado primer impacto para los visitantes que se atrevían a flanquear su puerta giratoria. Tony se incorporó en el asiento para contemplar de cerca la huella sanguinolenta sobre el cristal. Tras ese filtro, la ciudad entera parecía desangrarse. Arrugó la frente bajo su flequillo rubio y lacio. Me agarró con fuerza de la nuca. Me miró de cerca como si me buscara dentro de los ojos. —¿Te compensa meterte en esto, Dan? —Probablemente no. Como casi todo lo que he hecho en la vida. Hubo un silencio. Creo que sonreí. —Ya —me

miró como un hermano mayor o un médico que te aconseja dejar de fumar sin éxito—. Bueno, haré todo lo que pueda por protegerte, Dan. Pero tengo que decirte que no sé muy bien a qué nos enfrentamos. Y no estoy acostumbrado a no saber. A continuación me dio un sonoro beso en la mejilla y me revolvió el pelo. Luego me acompañó hasta la puerta desde donde, alzando de nuevo su otra voz metálica y oscura destinada siempre a sus empleados, me emplazó para una cena en su casa: que invitara al viejo Barry, ya hacía tiempo que no lo veía, y que se trajera una buena banda de jazz para que nos amenizara las copas. Eso, claro, si no me habían reducido para entonces a un cuadro de Picasso. Le sonreí con complicidad desde los ascensores que se abrieron con lentitud, como la compuerta de una nave espacial que me devolvería a la tierra. Sentí un hueco en el estómago, los cuatro espejos del interior me devolvieron infinitas versiones de mí mismo que seguro se burlaban a mi espalda, y el contador digital se precipitó de diez en diez pisos. Entonces recordé el gesto de Barry un par de años atrás al entrar en aquel ascensor el día que le presenté a Tony. Desde entonces Newman junior se convertiría en confidente y Barry bautizó aquel edificio como la torre Stark, el nombre de la torre de *Los Vengadores* —según él sería, sin duda, la sede de nuestra lucha—, y el pobre Tony se quedó para siempre con el sobrenombre de Iron Man. Cada nueva incorporación, era un peldaño más en el plan del buen Barry para salvar el mundo. Cuando el contador se detuvo y se abrieron las puertas apareció ante mí la más terrenal de las visiones. Una ejecutiva joven, de mirada pícara, bajo un tupé rubio bastante peculiar con un vaso de café en la mano y el portátil colgando del hombro, rigurosamente vestida de blanco y negro: pantalón de traje, blusa de seda abierta de forma imperceptible pero perfecta por el peso de la cartera. Una puerta entornada para mis ojos que quedaron por un instante adheridos a la telaraña cruda del sujetador, el pecho redondo y blanco atrapado dentro... —¿He llegado a la tierra? —no pude evitar decir sin levantar la vista. Ella se detuvo, zarandó mi mirada con la suya, la arrastró fuera de su escote, arrugó los labios rojos y marcó de nuevo el vaso de cartón mientras nos cruzábamos. —Sí, pero podía irse de nuevo al infierno —y las puertas se cerraron delante de su sonrisa efervescente. Tendría que dar la razón a Barry una vez más, pensé mientras franqueaba la puerta giratoria, esquivaba a los pájaros reventados y ponía rumbo al metro. Tony tenía un superpoder: el de elegir a sus ejecutivas. Pero, como todos los superhéroes,

tenía también un talón de Aquiles. El secreto mejor guardado de Anthony Newman era ser una buena persona. Quizás una de las mejores que conozco. Por eso era el confidente perfecto para la poli y había trabajado su coartada de forma exquisita. Tony llevaba años contratando a actores desconocidos para que difundieran todo tipo de leyendas urbanas sobre su persona: durante un tiempo hubo uno que contaba que el despiadado dueño de la torre Newman mandó matar a sus padres en un accidente de coche por un ajuste de cuentas; otro aseguraba ser uno de sus ex ejecutivos al que le habían dado una paliza de muerte por revelar secretos de la empresa, y un día yo mismo coincidí con un tipo en una partida privada de abogados que relataba con deje de cuentacuentos esa historia ya clásica de la familia a la que arruinó Newman Junior, un joven sin remordimientos, espetaba con congoja el actor, a pesar de que su anciano padre había sido el abogado de la familia. El hombre arruinado se supone que se había suicidado después de ir a verle, desde la misma azotea de la torre recién construida, como uno más de tantos ícaros del Downtown. Nada de esto era cierto. Y yo reconocí en seguida la mano de Tony en cada uno de aquellos guiones. Por no hablar de que, al supuesto hijo del padre despeñado, le reconocí un tiempo después sobre un escenario del off-Broadway en una obra de David Mamet. El bueno de Tony parecía haber previsto que el mundo de la bolsa no era especialmente aficionado al buen teatro, por lo tanto su leyenda ficticia estaría siempre a salvo. Qué le iba a hacer él. Se llevaban los monstruos mediáticos. Poco después fue él mismo el que decidió hablarme del tema. La mafia de cuello blanco tenía sus exigencias, me había explicado, y en ella estaba destinado a habitar por familia y herencia. No habría sobrevivido ni dos días si se hubiera corrido la voz de que era un tipo con principios. Así que mi querido amigo, al que siempre se le dio mejor la literatura que las finanzas, utilizaba el poder de su dinero para fabricarse un neopreno con el que poder nadar entre los tiburones y, bajo el cual, hacer justicia en la medida de lo posible. Recuerdo que la mañana en que me lo confesó, me dijo: un secreto por otro. He estado a punto muchas veces de hablarle del *otro lado*: de Laura, de ti, del mundo real, de sus diferencias con el nuestro, porque Tony es algo así como una muñeca *matrioska*, un personaje que se ha creado otro personaje, por lo tanto camina en equilibrio sobre el hilo que separa lo real y lo ficticio. Quizás es el único que encajaría mi secreto. Puede que ya lo intuya. Aunque nunca aceptaría no

ser el protagonista. Cuando me disponía a cruzar en dirección al metro, los coches enloquecieron tocando sus claxon. Un taxista se había atravesado en la calle, el puesto de castañas asadas invadió la esquina de un humo denso y blanco, y entre el estruendo escuché su risa. Estaba preciosa. Sí, estaba seguro, se había reído, pensé. Entonces dejé de oír a los coches y la vi claramente, esta vez reflejada en el escaparate de un restaurante que había enfrente, como si fuera una pantalla de plasma. Se había lavado el pelo y le caía suelto sobre los hombros. Miraba hacia abajo y tenía el libro entre las manos. Si pudiera tocar esas manos, recuerdo que pensé. Me detuve en su forma de jugar con la goma del pelo ahora que se había parado en el andén. Una amiga la había reconocido. Que te vas a caer, mujer, le dije. Mira que andar por el metro leyendo... Además, ese capítulo se lo podría saltar, era un coñazo. Mejor podía pensar en sus cosas, sí, anda, sé una buena chica, que me gusta tu cara cuando piensas. Delante de mí, los coches seguían pitando y algunos conductores empezaban a insultarse, pero todo aquello podía esperar, su amiga seguía llamándola. Ella no la había visto aún. Oye, tú, que te está llamando, le grité tratando de hacerme oír desde el otro lado de la calle, lo que provocó un par de miradas confusas de los peatones que esperaban a que se disolviera el embotellamiento. —Hola Laura —le dijo la mujer morena, que tampoco estaba mal. —Patricia —respondió ella con un asombro rejuvenecido, ah, con el libro sobre sus rodillas redondas, que iban desde el morado hasta el melocotón por el cambio de temperatura, todavía prendida del momento en el que yo aguardaba impávido para cruzar la calle. Entonces ambas se enredaron en una conversación saturada de nombres y apellidos sobre la lejana época, dijeron, de la universidad. Aquellas dos cacareaban adelgazando tanto las palabras que casi se les veía el hueso. Algo parecido a cuando Barry, borracho de ginebra, juntaba unas palabras con otras para recordar a Erlinda, como si aún hablara con ella. —Entonces, se puede decir que has conseguido todo lo que soñabas —le dijo la morena con un cierto tono de escepticismo. —Bueno —Laura se tomó unos segundos—, la verdad es que sí. Mis cuadros se venden, Roko me apoya mucho y quiere que nos establezcamos definitivamente. ¿Roko?, dije en alto. ¿Y quién coño era Roko? La otra abrió los ojos con admiración. —Pero claro, como viajamos tanto... —Laura estudiaba las reacciones de su amiga y prosiguió—, igual aceptaré cuando tenga claro dónde vamos a vivir. Ahora que voy a exponer más fuera, quiero

decir, a nivel internacional... no sé, no sé... Unos minutos después, la morena le había dado su tarjeta de un, al parecer, importante despacho de abogados y le había enseñado una foto de sus dos niños durante unas vacaciones en Bali.

Luego se despidieron y le deseó a Laura buen viaje. ¿Se iba de viaje? Esa parte me la había perdido. Ella siguió con una mirada desconocida, dolorosa, el taconeo de la morena por el andén. Entonces volvió a abrir el libro, se pilló un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja y se le escapó una risa escueta, de nuevo juvenil, al comprobar que yo me había quedado embobado en medio de la calle mientras conductores y peatones me gritaban que me apartara. Luego dirigió una mirada de disculpa a un pasajero que tenía enfrente. Y siguió leyendo. Caminé desconcertado y sin rumbo hasta un callejón sin salida. Era tan estrecho que me pareció que había anochecido de pronto.

Estaba sin aliento y no podía dejar de darle vueltas a aquella nueva información sobre mi amiga invisible. Al fondo podía ver unos cubos de basura, unas alambradas que condenaban la calle y unos rateros que, apoyados en la pared de ladrillo, se repartían unas carteras. Sobre el callejón cruzaba un puente de hierro y bajo el puente pude ver el letrero palidecido de un hotel abandonado. Caminé hacia la salida del callejón ante la mirada golosa de los ladrones y, cuando ya empezaba a ver de nuevo la luz, me tropecé con un par de rosas frescas que alguien había dejado cruzadas sobre el pavimento. Laura también detuvo su lectura en aquel punto y seguido, sin comprender. Ahora sé que aquellas flores abandonadas nos hablaron a ambos, por primera vez, de amor y de tragedia. Cuando salí a Pearl Street comprobé que las luces que había visto al final de la calle eran las del Monarch Theatre y que, efectivamente y contra todo pronóstico, se había hecho de noche: Gotham exhibía su rostro más gótico a pesar de que eran las cinco de la tarde. He tardado mucho en dar explicación y orden a todos estos *déjà-vus* que me obsesionaron durante tanto tiempo y este fue uno de los se me grabó en la memoria: me imaginé saliendo de ese teatro a un matrimonio con un niño. Él con sombrero de ala corta, ella con un pañuelo atado a la cabeza. Quizás tomaron la ruta equivocada. Puede que caminaron hasta el cruce con Phillips escoltados por las prostitutas y se adentraran como yo en el callejón. Después de los años quizás, solo quizás, alguien dejaba cada semana dos rosas rojas cruzadas sobre el pavimento. Lo demás, supongo, ya es historia. Me ha dado vergüenza reconocerte que permanecí en el callejón un buen rato. Inclinado

delante de aquellas dos rosas la invoqué, Laura, le dije, ¿cómo puedo llegar hasta ti?, dime... Y, a ella, aunque no lo leyera, se le empañaron los ojos y acarició con su dedo índice mi nombre en letra impresa, como si me sintiera apresado en aquel interminable punto y aparte.

WANDA, LA SEÑORA DEL ARRABAL

En cuclillas y aún en pijama, comprobé las hojas muertas y lacias sobre mi mano. Aquella planta era el último hálito de vida que le quedaba a mi casa. Me la había regalado Barry asegurándome que era el ser vivo más resistente que conocía, después de mí, ya que llevaba años hacinada con él en el ascensor. La zarandeeé un poco como si tratara de reanimarla. Y eso que fue precisamente la terraza lo que me decidió a alquilar aquel apartamento, me reproché, pese a ser un segundo piso y un trampolín perfecto para los ladrones. Las terrazas no son muy comunes en Nueva York y en aquella, con su barandilla de hierro medio desprendido, en algún momento fantaseé con gilipollices como llenarla de vegetación o comprarme un perro. Lo quisiera ver o no, aquellos anhelos eran genéticos y se los debía a mi madre. También mi incapacidad para estar solo. Y lo cierto era que lo estaba, pensé, mientras observaba morir al último vestigio de vida que había entrado en mi casa. En el interior tosió con afonía la cafetera. Unos rayos helados se me pegaron al pelo húmedo. Me di dos vueltas a la bufanda. Sentí un escalofrío. Había dormido mal. Apenas tres horas entre pesadillas. Una de ellas era un clásico. Se repetía cada cierto tiempo y especialmente como resaca de un mal día: la casa de los Hamptons vacía, a oscuras. Yo caminaba por el pasillo húmedo y frío escuchando los embates del mar. Cuando llegaba al salón de música, en la oscuridad brillaba el piano de cola, negro, rodeado de las litografías de mi madre y algún que otro óleo original, y a duras penas distinguía algo líquido, casi del mismo color, que chorreaba de él como si hubiera empezado a derretirse. Entonces me acercaba para comprobar que era sangre. De su interior manaba sangre oscura, como si fuera un órgano moribundo. Esa fue la primera vez que me desperté sudando y, aunque no debí hacerlo, volví a dormirme para seguir soñando. En los siguientes me volqué en mi nueva obsesión: mi mente confusa, quizás para escapar de la ansiedad que me provocaba la llegada inminente de la partida, intentaba hilvanar la nueva información que tenía sobre la vida de Laura: un viaje, una exposición, Roko,

su apoyo, establecerse y, por otro lado, la cafetería, los clientes, las prisas, su forma de sumergirse en mi vida por la que parecía fascinada. La forma en que paralizaba el tiempo, detenida en un párrafo con la mirada ausente, como si por momentos fuera capaz de ver más allá de la letra impresa, mientras daba pequeños mordiscos a una onza de chocolate negro que podía durarle una hora. Después, como parte de un ritual antiguo, se restregaba los ojos al volver a la realidad durante un buen rato, y terminaba pellizcándose ese pliegue de su abdomen, delicioso para mí, mientras resoplaba con disgusto. Pero, después del encuentro en el metro, la había perdido. Puede que hubiera dejado de leer. Puede que ya no le interesara tanto. Al fin y al cabo, no tenía tanto éxito con las mujeres como algunos pensaban. Más o menos el mismo que con las plantas. Tampoco había tenido suerte con los animales. Al principio adopté un par de petirrojos que llamé Laurel y Hardy por su considerable diferencia de peso y que nunca entendí que se colgaran boca abajo como los murciélagos. Una tarde al irme al gimnasio dejé la ventana entreabierta y cuando regresé, la jaula estaba en el suelo sobre una alfombra de plumas. Solo quedó una de las patitas ganchudas —creo que la de Hardy— agarrada con cabezonería a los barrotes como una grapa. Pero una cosa era que no se me dieran bien los animales y otra muy distinta que se me suicidaran las plantas. Recogí el cepellón del suelo con disgusto, un terrón seco en el que ya trabajaban los gusanos, y observé de nuevo su cadáver verde oscuro. Había tierra en el suelo. Puede que la hubiera derribado el viento o que harta de esperar agua hubiera brincado fuera de su maceta. Barry no me había informado de los instintos suicidas de los cactus, pero es un hecho. Puedes comprobarlo tú mismo cuando quieras. Deja de regarlo y a partir de un punto empezará a plegarse sobre sí mismo. Llegado a ese extremo se arrojará fuera del tiesto. Igual que los peces se tiran fuera de las peceras. O dicho de otro modo: prueba a llevar una vida tan deprimente como para deprimir a un cactus y verás con tus propios ojos cómo se suicida. A nivel biológico es curioso. En serio, toda una experiencia. No me extrañaba nada que se hubiera quitado de en medio. La noche anterior sentí que no podría esperar a que Los Hijos del Azar movieran ficha sin hacer nada y había estado enviando algunos mensajes al resto de, como nos llamaba Barry, *Los Vengadores*: el grupo de confidentes con los que tenía cierta amistad. Ya había visitado a Tony. Pero estaba seguro de que, por las características de los crímenes, tanto Wanda, Silvio o el Avispa podían

arrojar algo de luz sobre el caso. Para mí eran los mejores, pero Ronald a menudo los infravaloraba. Por eso intuía que se tomarían más molestias por mi pescuezo que por el suyo. Desde mi observatorio y con una jarra de café puro en la mano contemplé cómo abajo, en la calle, empezaban a desfilar los hombres de negro, los ortodoxos con sus enormes sombreros de piel que desde mi perspectiva me parecieron una dicharachera procesión de setas vivientes, digna del mismísimo Walt Disney. Por sus atuendos esmerados y el ajeteo llegué a la conclusión de que se trataba de una fiesta judía importante. Vivo en la 8th Street South con Bedford Avenue en un edificio de ladrillo bajo al que no le falta un detalle: tiene su grafiti en la fachada, sus escaleras de incendios, sus ventanas de guillotina con tanta mugre incrustada que hace que te ahorres las cortinas, pero su singularidad es ese mirador. Aunque tenga que acceder a él por una de las ventanas me permite fumar a cielo descubierto y, si asomo medio cuerpo por la esquina, al final de la calle vislumbro incluso mi propio fragmento de Manhattan tras el río. Estoy voluntariamente lejos de ese otro Williamsburg que me gusta visitar solo cuando el cuerpo me pide ir a un parque temático. Últimamente me sorprendo paseando cada vez más desencantado por el barrio al comprobar algo que ya me había advertido Barry cuando me preguntó qué se me había perdido en ese nido de cultuquetas. Pero claro, según él, hasta Harlem acabaría siendo para ricos inversores. Quién sabe. La mañana que me lancé a buscar piso, mis pasos —quizás conmovidos también por aquel vaticinio— fueron alejándose del bullicio que se concentraba en Bedford Avenue cerca del metro, lejos de sus futuras galerías de artistas residentes, de los futuros modernos de flequillo encerado haciendo *footing* detrás del carrito de su bebé, paseando perros flaquísimos con camiseta. Me alejé del futuro del barrio, vamos, del barrio que supe que sería en breve. ¿Y qué me atrajo de Williamsburg cuando aún era un puñado de casas viejas abandonadas y adustas fábricas? Su perspectiva de la *skyline* tras el río, tras sus magníficas alambradas; la sensación de vivir en un domingo eterno de paseantes, lectores compulsivos de periódicos, camareras por siempre felices y despeinadas y, sobre todo, la convicción de que hacían la mejor *pizza* del mundo. Por eso, cuando pasé bajo el tren supe que había llegado a mi lugar. ¿Y por qué? Porque todas las ventanas empezaron a tener rejas y había niños jugando peligrosamente en la calle. Y de pronto aquella casa roja. Su terraza enclenque en la que beberme una lata de cerveza mientras

esquivaba las colillas encendidas de los vecinos de arriba. Era perfecta. Disfrutando de aquella repentina y pequeña perfección que, raro en mí, sentí en ese momento que se había instalado en mi vida, en pijama y rascándome la espalda contra el quicio de la ventana como un oso, velando a mi planta inmolada fue cuando los vi cruzar la calle. Al principio solo reconocí a Elías Weisberg, llevaba días buscándolo desde el balcón. Necesitaba hacerle algunas preguntas importantes. Iba caminando marcial hacia el quiosco donde todos los días compraba a su padre el *Jewish Daily Forward*. Según me contó una vez, este obligaba a toda la familia a leerlo a diario porque era uno de los pocos periódicos que mantenía un suplemento en *yiddish*. Mi cuerpo se incorporó de pronto como si me hubieran hecho una transfusión de sangre.

Caminando a un par de metros iba también su hermana Myriam, con el petróleo de su cabellera ardiendo bajo el sol invernal. Cuando les hice un gesto con la mano, Elías corrió a cogerse de su hermana y literalmente la arrastró bajo el balcón. —Hola, ayudante —le grité, algo nervioso, lo admito, y decidido a hacer crepitar de nuevo aquella luz en los ojos del niño.

—¡*Shalom*, capitán! —dirigió una mirada orgullosa a su hermana—. Esta es mi hermana Myriam. Myriam, este es mi Capitán. Ella se protegió los ojos con la mano y los rasgó tanto que parecía dormida. Una lástima su camisa blanca tan abotonada hasta el cuello, pensé, desde allí habría disfrutado de una vista de primera. —Encantada, señor... «Capitán» —luego apretó los labios, confusa—. No sabía que tuviéramos un vecino militar. Entonces y sin poder evitarlo me perdí en un mar de dubitaciones, si, no, la verdad es que, no es exactamente hasta que Elías me interrumpió: —Capitán, estaba discutiendo con mi hermana que el otro día en el colegio nos hablaron de las siete maravillas del mundo y yo creo que la torre Chrysler tiene que ser una. Ella dice que es imposible y yo le he dicho que tú lo sabías todo. Creo que me ruboricé. Va en serio. Volví a balbucear. —Bueno, a mí me parece muy bonita. Si no lo es, debería serlo. Supongo. Entonces, Elías brincó como un saltamontes mientras gritaba, ¿ves?, ¿ves, listilla? Y luego le aseguró a su hermana que yo era el dueño de «la pantera». En ese momento Myriam abrió mucho más los ojos y me felicitó ante mi ya desconcierto absoluto. —Mi hermana adora los felinos, pero está especialmente enamorada del tuyo, Capitán —prosiguió Elías silabeando e-na-mo-ra-da. —Es cierto —dijo ella, de pronto indescriptiblemente coqueta—, lo vi por primera vez la otra noche y

Elías me dijo que le pertenecía. Nunca había visto un animal tan bello. Ni yo... pensé, o incluso llegué a decir en un susurro. Luego pestañee unas cuantas veces sin comprender a qué cojones se referían y porque los ojos se me habían quedado secos de no hacerlo. Después de unos segundos improvisé:

—Sí, tuve suerte de encontrarlo. Mis noches serían mucho más solitarias y tristes si no fuera por su compañía... ¿Pero qué hacía? No era momento de coqueteos, me dije, tenía que buscarme una buena excusa para volver a hablar a solas con Elías. Entonces, el niño, en el que nunca había detectado el menor asomo de proselitismo, nos interrumpió diciendo que, a pesar de que era un gran paso que a ambos nos gustaran los mininos, no podía casarme con su hermana porque yo era gentil. Y que tendría que hacerme judío, eso si su hermana me aceptaba. Y que se había informado y estaba seguro de que ser judío no sería en absoluto incompatible con mis tareas como Capitán América.

Ya que su padre le había explicado que fueron los judíos americanos los responsables de descubrir la existencia de los superhéroes en Nueva York y, además, los autores de todos aquellos cómics. Myriam, me pareció que apurada, le dio un tirón del brazo y yo sonreí como lo hace un adulto cuando trata de quitar importancia a la verdad de un niño. Entonces lo sentí por primera vez. Y vas a decirme que son imaginaciones mías, pero me vino el sabor a sangre de los celos en la boca de Laura. Allí estaba de nuevo, me dije, y me sentí resucitar. Por momentos dejé de ver a los dos hermanos, como si una transparencia se hubiera interpuesto entre nosotros y seguí su dedo largo y blanco desde la página 120 en la que estaba detenida hasta su boca. Se lamía la sangre de una uña mordisqueada con tanta afición que ahora se abría por un extremo. Estaba en la cafetería donde trabajaba, leía sentada sobre la tapa del váter. Fumaba. Nunca la había visto fumar antes. De hecho, por la postura eléctrica de sus dedos no parecía tener mucha experiencia. Entonces hizo algo que me pareció interesante. Sacó un rotulador negro del bolso y se dedicó tachar con dedicación el nombre de Myriam hasta que lo erradicó de aquella escena. Otra cosa que me llamó la atención: el paquete de lucky strike sobre el portarrollos. Escuché de nuevo la voz de Myriam muy lejos, preguntándome si estaba bien. La respiración de Laura se agitó entonces y sobre sus cejas le hizo un dibujo el disgusto. Vamos a ver, voy a explicarme antes de que sigas leyendo porque creo que ya empiezo a comprender cómo piensas: ahora estarás preguntándote por qué me comporto como un vulgar omnisciente o

quizás que soy un capullo engreído, pero, por ponerte un ejemplo cercano, para mí está claro que cuando ha salido Myriam en escena a ti no te ha dado un ataque de celos. Lo has contemplado con naturalidad. Como un personaje secundario que no tiene por qué trascender mucho más en la historia. Pues a eso me refiero. Supongo que, ante mi extraña obnubilación, Myriam decidió que había llegado el momento de marcharse, y solo reaccioné al escuchar la voz del niño gritándome desde lejos, ¡Dan! ¿Sabes cuáles son las siete maravillas del mundo?, y luego, después de una risa pícaro añadió que ya había apuntado en su cuaderno todos los nombres de los pandilleros del barrio, con sus apodos. Que cuando quisiera podíamos empezar a trabajar juntos en nuestra primera misión. Luego me guiñó un ojo y volvió a gritar: —Yo creí que no fumaba. ¿Tú sabías que fumaba? Y se alejó por la calle como una marioneta feliz vestida de enterrador, sin ser consciente de que hay ciertas afirmaciones que, gritadas en plena calle, siempre se tomaban en serio.

Aunque fueras un niño vestido de domingo.

DAN ROGERS LOS VE ALEJARSE HASTA QUE SE CONVIERTEN en dos manchones de tinta al final de la calle. Aparta a patadas la planta seca hasta una esquina. No puede permitirse perder el tiempo. Esa mañana tiene previsto visitar a otro de los confidentes para recabar más información sobre sus adversarios, ya que imagina que Ronald, a esas horas aún está engullendo *donuts* con sus chicos y contando chistes verdes, y no se equivoca. Después de todo, no es él quien está exponiendo su pescuezo. Alza los ojos al cielo. Sobre su cabeza, una avioneta que viene del río cruza roncando con un cartel que pregunta: *¿Quieres que salvemos tu dinero?* Bajo sus pies, un hombre pasa dando tumbos con lo que parece una máquina de escribir bajo el brazo. Lleva el sombrero hundido sobre la cabeza, un traje elegante que ha utilizado de pijama, los zapatos cambiados. Así es Nueva York, piensa Dan Rogers, mientras lo ve caminar de una casa de empeños a otra, como un gran zángano torpe polinizando flores. Todas están cerradas. Todas, incluso las de los irlandeses, al final de la calle. Probablemente se han puesto de acuerdo con los judíos para cerrar en Yon Kipur, a cambio de que ellos no trabajen en San Patricio, piensa. Y le sigue con la mirada durante un buen rato, cómo se agarra a los cierres, llorando, igual que un niño desconcertado al que no dejan entrar al colegio en un día de fiesta. Por cierto, ahora que estamos en esta escena...

¿Te has preguntado ya por qué llamo a Nueva York la Ciudad Ficción? Bueno, después de este último fragmento puede parecerte hasta evidente. Tengo muchas teorías al respecto. Quizás porque todo el mundo ha llegado hasta aquí con una maleta cargada de expectativas. El sueño de cómo quería vivir. Bueno, ese podría ser un motivo. Pero mi definición va más allá. ¿Por qué Nueva York se parece tanto a las películas? La respuesta es sencilla. Pues porque es una puta película. Es la única ciudad de ficción que es innegablemente verdad. Luego habría que preguntarse si es que ha sido retratada muy bien por el cine o si somos los neoyorquinos los que, a base de masticar celuloide, la hemos convertido en una película verdadera, la ciudad mitológica donde desearíamos vivir, el lugar de ficción que todos necesitamos que exista porque viene en el lote de nuestro imaginario genético. Es así: naces y una de las primeras cosas que piensas es, joder, algo me dice que Nueva York existe. Que es eterna. Una de esas esquirlas de eternidad necesarias para echar a andar tu existencia. Es cierto, mi mundo es de mentira, pero tiene cosas extraordinarias. Muchas veces traté de describírselo a Laura porque, como ya habrás comprobado, Abbott es tan torpe que no tiene siquiera la capacidad necesaria para sacar partido a toda la extensión del mundo que ha creado sin saberlo. Un universo mucho más complejo de lo que puede llegar a transmitir con sus limitaciones literarias. Yo, sin embargo, podría describirte el margen del East River por el que camino ahora, perseguido desde el agua por carpas metálicas y olores irracionales. Imagina un amanecer detenido en el horizonte durante días. Imagina un mar mudo y limpio, a pesar de ser surcado cada minuto por ferris y cargueros. En mi mundo, en el mundo de Abbott, hasta la basura tiene un toque de belleza cinematográfica, una vocación de cuento —¿recuerdas esa escena de *Los encantos de la gran ciudad*? ¿Las magníficas toneladas de basura en Park Avenue?—, bueno, es igual, pero a eso me refiero. Sin embargo en tu mundo hay más color. La vida está más rota. No es consecutiva. La mía sí. Mi vida es una línea recta y finita. Consecutiva y finita porque el lenguaje también lo es. En tu mundo, la basura es basura y los olores no aparecen anestesiados por la pluma ambientadora de un gilipollas metido a escritor. Un autor que ha dejado a medias un mundo en el que viven extraños monstruos criados en su cabeza, consecuencias de la mezcla del buen y mal cine ingerido a destajo, de la literatura de cuarta y el cómic. Monstruos maravillosos que nacieron de su basura imaginativa y que

abandonó a su suerte sin atreverse a figurarlos del todo, a mirarlos de cerca. Y precisamente esa mañana me disponía a visitar a uno de ellos. Se llamaba Wanda, pero solíamos apodararla la Señora del Arrabal. Vivía en Wards Island, un islote redondo que flotaba sobre un estrecho del East River en forma de Y griega llamado *Hell's Gate* como recordatorio del inmenso número de barcos que chocaron contra sus rocas en la época de las primeras migraciones. Solo se podía llegar atravesando un puente peatonal desde el Harlem Español. Ese islote pelado había servido a lo largo de los años para almacenar los despojos que la Ciudad Ficción vomitaba: cementerios de sin-nombres, chatarra, asilos para pobres y penales. Ahora todo su espacio lo ocupaba un inmenso basurero. El reino de Wanda. Y yo tenía la certeza de que de todos los confidentes ella era, sin duda, una pieza clave para saber algo más de los Hijos del Azar antes de que me convocaran para la famosa partida. Subí las escaleras y comencé a caminar por el puente verde que me llevaría a la isla. Me gustaba aquella excursión a pie porque suponía media hora para aclararme las ideas, con el río bajo mis pies, reptando hacia el mar como una anaconda de gelatina. Con Manhattan a la espalda y un viento limpio y frío de frente que me enrojeció la cara, comencé mi camino. Al fondo, Wards Island parecía una galleta plana y mohosa sobre el agua. No hace falta que te diga que Wanda era un tipo de confidente muy distinto a Tony Newman o a mí. Mientras que al primero se le captó a cambio de silencio, la Señora del Arrabal, como Barry, pertenecía a un entorno deprimido. En cambio no era la pasta su prioridad para trabajar con la poli sino salvar su vida. Me explicaré: imagino que ya sabes que la gentuza del hampa, aunque gentuza, no es necesariamente la peor. Lo que sí encontrarás en el hampa son supervivientes. Y no todo el mundo logra sobrevivir con dignidad. De hecho, la mayor parte de nosotros lo hacemos de forma indigna. Pero esa indignidad también es nuestra honra. Esto último no es mío, es de *Glengarry Glen Ross*, pero te aviso que Abbott lo pone en mis labios en la página 136. Él es así, para qué iba a citarlo. Cuando alcancé el final del puente, bajé las escaleras de hierro de dos en dos y crucé un descampado mustio donde se dibujaba a duras penas un camino de tierra, como una marca de agua. Al principio del mismo había un letrero de madera cosido con alambres. Indicaba «Escuela de Basureros» con la letra alegre de un niño. Aquello era nuevo y me hizo gracia. Recuerdo que en ese momento tuve la certeza de que al final de mis días no me quedaría más remedio que

dejar mi orgullo a un lado y darle la razón a Barry en demasiadas cosas. De alguna manera era cierto que gran parte de los confidentes tenía superpoderes aunque no fueran ni la sombra de *Los Vengadores*. Y era cierto que hacían mucho por los demás bajo la pesada sombra que tendían sobre ellos sus vidas marginales. Sin embargo, a la luz de la Ciudad Ficción siempre se los catalogaría como unos excluidos de calamitosa existencia, sin utilidad aparente. Barry, por ejemplo. Una vez fue al médico por unas molestias en el pecho y este acabó dándole una palmada en la espalda porque tenía una capacidad pulmonar diez veces superior a la media. Además de tener una memoria prodigiosa para las caras y las conversaciones. Esto lo convierte en un superhombre. Y ahora iremos punto por punto:

Si le añadimos su extraordinaria memoria musical, podría haber dado como resultado a uno de los mejores saxofonistas de la historia. Esto habría sido posible si alguna vez se hubiera cruzado en el descansillo del hotel Alvin con Lester Young, ya que vivieron dos años puerta con puerta. Si hubiera ido a la Universidad en lugar de dejarse las rodillas en una cancha sin canastas del Harlem Hispano, quizás lo habría descubierto un ojeador de los NY Knicks y se habría convertido en el Pat Ewing de nuestros días. Ahora tendría su corpachón negro encajado en una limusina y firmaría autógrafos los domingos en los Macdonals. En lugar de eso, y para rematar su apasionante vida, fue y se cruzó con Erlinda, quien le espachurró el corazón, y conmigo que me dedico a complicarle la vida, y ahora utiliza sus macropulmones para contar con una reserva extra de aire y no ahogarse en el ascensor donde trabaja como yoyó profesional, eso sí, pasando informes a la poli de cualquier viajero en busca y captura. Fin de la historia. Vamos ahora al caso de Wanda. Ella es una mnemonista. Esto quiere decir que su memoria no tiene límites mensurables. Es capaz de memorizar tablas enteras, incluso listas de palabras sin sentido o hacer una relación completa de cómo han cambiado los precios en tres años con la subida de los impuestos incluida. Si hubiera ido a la Facultad de Matemáticas de Princeton podría haber utilizado su capacidad para las ciencias puras y haber sido un cerebro de la estadística o quizás elaborar intrincadas teorías matemáticas. En lugar de eso vive en el basurero de Wards, donde un día la encontraron tirada unos funcionarios que descargaban un camión de desechos industriales, alcoholizada por su incapacidad de olvidar. Su memoria prodigiosa y el tener presente el más exiguo detalle de su pasado

la habían condenado a una infelicidad inquebrantable. Wanda fue matrona y debió abrir los ojos al mundo a un diez por ciento de la población de Queens.

Una vez me confesó que su recuerdo más oscuro era el llanto de un bebé mientras su madre se desangraba sin remedio sobre una mesa de operaciones. Un llanto rabioso que aún podía escuchar maldiciendo la vida a la que acababa de llegar con toda nitidez, con sus cadencias, sus pliegues y sus hipos, al tiempo que absorbía sediento las últimas gotas de aquella otra vida de la que aún colgaba como una tripa sanguinolenta. Estoy convencido de que Wanda sería capaz de reconocer los llantos de cada uno de los niños que ayudó a nacer huérfanos y descifrar lo que gritaron al mundo por primera vez. Su terror. Su culpa. Su desconsuelo. Su desesperación al rasgar la guarida líquida y querida de la placenta. Ya inservible. Ya muerta. Cuando hace unos cuantos años Barry supo por un comentario de Ronald la existencia de Wanda, se empeñó en conocerla. Después de un breve encuentro en el mismo basurero donde la habían encontrado y de donde se negaba a salir, se le ocurrió encargarle catalogar todos los residuos que entraban en el arrabal y proporcionarle una caseta. Gracias a ello salió del alcohol, pero no del basurero. Desde entonces su inmensa memoria archiva todo lo que entra, sale o se quema en su jurisdicción. Cada vertido puede ser una prueba. Todo aquello de lo que nos deshacemos es un indicio. Barry siempre le toma el pelo y le dice que, en lugar de tener compartimentos estancos, tiene contenedores estancos. Pero lo que ahora Wanda tiene es una vida y considera lo que antes era su tara, un trabajo y una ciencia. Podría seguir así con cada uno de mis compañeros: está Silvio, el hombre insomne, regentando un cementerio de coches robados en New Jersey; Tony, al que ya has conocido y su poder para hacer dinero, y el Avispa, un chino con un olfato sobrenatural para los venenos, aunque ya habrá tiempo de presentártelos debidamente. El caso es que ninguno de ellos ha sido lo que en potencia podría haber sido. Todos cuentan con una fuerza que los hace únicos y todos ellos cargan con un pasado aciago y oscuro. El bueno de Barry... sonreí entonces recordando la conversación mientras veíamos Superman: el peor defecto puede ser nuestra mayor virtud, me había dicho sin pestañear. Sin embargo yo y mi tendencia pesimista tendemos a darle la vuelta al mismo razonamiento: el talento más sobresaliente desaprovechado puede convertirse, sin duda, en nuestro peor defecto. Sin dejar de caminar sobre el descampado de Wards Island, a partir

de un punto empezó a levantarse ante mis ojos la imponente montaña de desechos. La primera gran duna de un desierto de vida. Nunca ha dejado de sobrecogerme. Desde lejos parecía un volcán en erupción por la nube elíptica y blanca de gaviotas que rodeaba la cumbre tomada por un ejército de hormigas frenéticas que, llegué a la conclusión, eran los niños y los perros de Wanda. Al pasar la alambrada uno de ellos, el más espigado, brincó entre los escombros y acudió a saludarme con la alegría descomedida de un cachorro. Su olor ácido y fuerte me revolvió por unos momentos. —Wanda está en la caseta, Dan —tenía tanta mugre que era imposible averiguar el color de su piel—. ¿Qué tenemos que buscar? ¿Algún muerto? ¿Hay algún muerto, Dan? Su excitación adolescente parecía nublar su propio pasado, unos orígenes aún tan recientes. Hablando de que en mi mundo hasta lo más patético tiene tintes entrañables, tengo que aclararte por qué ahora parece que nos hemos colado en un puto cuento de Charles Dickens: Cuando Wanda consiguió salir de la bebida decidió buscar algo entre la basura que le sirviera para expresar su dolor. Durante días escarbó entre los desechos porque debía ser algo que nadie quisiera. Algo pesado. Algo tan inútil y tan pesado como su dolor. Tan imposible de cargar como su propia existencia, para llevarlo sobre los hombros durante mucho tiempo. De sol a sol. De un lado a otro hasta que cayera exhausta. Un día encontró un gran bloque de madera que parecía haber pertenecido a un muelle porque aún conservaba las distintas líneas verdes que había marcado el agua en cada crecida. Se lo sujetó a la espalda ayudándose de una bandolera quizás desprendida de la mochila de un montañero. Cuando lo cargó a su espalda sintió un gran alivio y anduvo así todo el día. Sudando. Los vecinos de Astoria donde creció y trabajó toda su vida, la vieron caminar despacio por los lugares que habían pertenecido a su biografía, arrastrando sus enormes pies hinchados por las aceras. Pero no consiguió caer desfallecida por el peso. Al contrario, se sintió más fuerte que nunca. Aún así, al volver al arrabal, los gritos de los bebés no cesaron. Al día siguiente emprendió una nueva búsqueda. Escarbó y escarbó en busca de algo importante que nadie quisiera, un objeto que pesara más que su memoria, hasta que le pareció que algo roncaba entre la basura, dentro de una bolsa. Y cuando la agitó un poco escuchó un llanto débil que ya no venía del pasado. Así encontró al primer bebé. Como ella misma cuenta con orgullo, Wanda tiene veinticuatro hijos de similares edades, diez gatos reconocidos y cinco perros ilegítimos. Todos ellos

han sido encontrados en el vertedero dentro de bolsas o cajas. Todos ellos han sido paridos por la basura y empujados a la vida por los fuertes brazos de Wanda. Y estos son solo los que encontró vivos, asegura cuando le preguntas cuántos son ya. La mayoría los encuentra muertos. Ahora los niños de Wanda se afanaban catalogando los desperdicios, picoteando aquí y allá como las gaviotas. Podía verlos separando la chapa del plástico, lo orgánico de lo inorgánico, los cristales, para que su madre pudiera recabar toda la información que le requerían desde la policía, el departamento nacional de estadística o los ecologistas. Cuando entré en la caseta de lata, la encontré de espaldas haciendo la comida en un *camping gas* donde espumaba una olla gigante. Siempre me pregunté por qué, ahora que ganaba bastante pasta, no se mudaba a un piso decente como le había ofrecido Ronald. Quizás porque no controlaría de primera mano su negocio o, muy probablemente y como sospechábamos la mayoría, porque a estas alturas y en el reino del hijo único, no podría mantener su gran familia en ningún otro lugar. Cuando me sintió entrar, me saludó sin darse la vuelta: —Hola, chico. ¿Qué te trae por el paraíso? No podía entender cómo me había reconocido. —¿Cómo me has reconocido? —Por el olor —la Señora del Arrabal liberó una risa descacharrada—. Esa colonia es demasiado fuerte. Tenía una risa ronca, pegadiza. Se secó las manos en su enorme trasero. Su piel negra destacaba sobre el mono amarillo de obra. Llevaba unas botas de agua y las largas rastas de pelo le caían por la espalda como lianas. Cuando se dio la vuelta descubrí en su frente una gran cicatriz que parecía fresca y que sentí ganas de acariciar. —Por Dios, Wanda, ¿cómo te has hecho eso? Entonces me describió el accidente. Según ella estaba ayudando a recolocar algunos escombros con los chicos. Su historia me pareció algo dubitativa, sensación que se reforzó cuando por casualidad alcé la vista y descubrí cómo parte del techo de su garita se estaba desarmando. —Yo no voy a ser quien te obligue a mudarte, Wanda. Pero así no podrás seguir mucho más tiempo —según me escuchaba a mí mismo me di vergüenza—. Ya has hecho mucho por esos chicos. Hay asistentes sociales ahí fuera... —¿Ahí fuera? —su voz colérica se disolvió en una sonrisa—. ¿Sabes lo que puede pasarles a esos chicos, a mis hijos, ahí fuera? Hubo un momento de silencio. Suficiente para que yo variara el rumbo. De pronto se me cruzó una idea escandalosa por la mente: quizás aquellos chicos, o como había recalcado ella, sus hijos, estaban más seguros entre la

basura. Eran más libres entre la basura. Estarían más sanos entre la basura. Lo dicho, varié el rumbo: —Wanda —le dije con la voz más tierna—. Estoy metido en un buen lío y necesito información. Ella volvió de dos zancadas hasta la olla que había entrado en una epilepsia. Las gaviotas picoteaban con fuerza el tejado. —¿Un lío tú? Qué raro. ¿Y quién lo lleva? —Ronald. Ya sabes que mis líos siempre son culpa de Ronald. Así que sí, te pagaré él. Ella soltó los brazos. Se dio la vuelta. Sus ojos saltones se relajaron bajo los párpados. —Lo único que quiero de ese gordo es que siga manteniendo alejados de mí a los asistentes sociales. Y, dicho esto, resopló y se sentó a mi lado. Le dibujé a grandes trazos la situación. Wanda me escuchaba en silencio, con la mirada perdida, registrando en su cabeza cada pormenor de la investigación. Los asesinatos, las víctimas, los escenarios del crimen hasta que me pidió que me detuviera. Fue al relatarle el asesinato del grito de Munch.

Yo le describía la foto con todo detalle. Cómo los asesinos se habían entretenido incluso en pintar los árboles de alrededor para darles el aspecto de la pincelada gruesa del artista... —¿Con qué pintura crees que lo hicieron? —me preguntó de pronto para mi sorpresa. No sabía que le interesara la técnica de los expresionistas. —Bueno, Ronald opina que es una especie de espuma de colores, la misma que se utiliza para pintar camisetas. Una vez aplicada se hincha y desde lejos tiene la textura de una pincelada con mucha pintura. Imagino que algún tipo de *spray* industrial porque necesitaron grandes cantidades. No quiso saber mucho más. Después de exclamar «los desechos son los hechos» —tenía todo un repertorio de sentencias como esta—, me agarró del brazo y me condujo al exterior casi a rastras. Caminé tras ella hasta que empezó a subir por uno de los montículos con gran agilidad. El olor fétido de la podredumbre allí acumulada casi pudo conmigo. Apenas controlaba ya las náuseas cuando comprobé en mis propios pies por qué Wanda llevaba siempre botas de agua. La seguí entre ropa vieja, frutas podridas y envases de todo tipo que crujían a nuestro paso hasta que llegamos a una esquina donde se agolpaban un par de sacos de obra. Entonces dio un fuerte silbido y tres de los niños acudieron a ayudarla. Arrastraron uno de los sacos hasta nosotros y lo abrieron. Dentro había decenas de botes de *spray* de una espuma llamada *Voluminazer*. —Llegó a Wards Island en un camión que hace la ronda en Hunters Point, en Queens. Por la zona pensé que se trataría de un artista acomodado que se dedicó a pintar el *loft* entero con esta guarrería. —Hombre,

también puede ser que el artista acomodado haya puesto una fábrica de camisetas pintadas en la zona —hice un gesto de besarle la mano—. Eres la mejor, Wanda. En serio. Ella se deshizo en una de sus turbulentas carcajadas. Los tres niños me sonrieron como ratones. Cuando me despedí de Wanda eran ya las seis y estaba atardeciendo. Me dijo adiós como si ese día me hubiera descubierto a mí también llorando dentro de un contenedor: sujetó mi cabeza con ambas manos y me plantó un beso en el pelo, antes de bendecirme al tiempo que me mandaba al diablo. Estuve un rato contemplándolos en la distancia antes de caminar de nuevo hacia el puente porque Laura, ya en el metro de vuelta a casa, se había detenido en este último párrafo y lo leía hechizada una y otra vez, entre estación y estación. Tan absorta estaba que no escuchó al músico que le agradecía emocionado el que le hubiera soltado, sin mirarle si quiera, todas las monedas que llevaba en la cartera. Me gustó que le gustara Wanda. Tras la alambrada, ambos nos recreamos en aquella imagen: verla jugar con sus veinticuatro chicos al final de su jornada de trabajo te reconciliaba con la belleza. Corrían al atardecer sobre aquella montaña centelleante de cristales, plásticos y metales que exudaba una especie de fuego fatuo, las emanaciones de los residuos que se confundían con las nubes deshilachadas y el vuelo chillón de las gaviotas sobre el río. Los perros ladraban excitados. Toda la vida de aquella isla tuvo en origen otra vida —a Laura se le empañaron los ojos—. Vidas capaces de reciclarse como un tetrabrik. Capaces de vivir un instante de belleza entre la inmundicia.

DAN ROGERS SE CONGRATULA DE HABER DECIDIDO IR A VER a Wanda. Desde luego, si algo ha aprendido en el hampa es a sobrevivir. Aunque no todo el mundo logre sobrevivir con dignidad. De hecho, la mayor parte de ellos lo hacen de forma indigna, piensa. Pero esa indignidad también es su honra. ¡Palabra por palabra, David Mamet! ¿Te lo advertí o no te lo advertí?

ESE CARGAMENTO DE *SPRAYS* ES LA PRIMERA PISTA QUE conduce hacia los Hijos del Azar. Pero por dónde seguir buscando. Hunters Point es un barrio emergente y próspero destinado a albergar una nueva *skyline* llamada Long Island City. Una cadena de rascacielos en el margen del río donde se decía que habían invertido los grandes señores de Wall Street. Pisos de lujo

cuyas vistas no tienen precios calculables. Puede que en algunas de sus paredes cuelguen cuadros que compitan en belleza con ese otro mural iluminado tras el río. Le despierta de su ensoñación el traqueteo del tren sobre su cabeza. Está cansado. Cruza caminando bajo el puente en dirección a su calle. Huele a mahonesa y a especias, a plástico caliente... ¡Y a mierda! Por ahí siempre huele a mierda, joder con las metáforas. Qué tío más cursi. Pero, a lo que vamos, qué le voy a hacer, tengo la suerte de que sea mi barrio. Mientras paseaba sentí una especie de mareo y al cerrar los ojos vi de nuevo a Laura. Luego pude concentrarme en ella con los ojos abiertos, mientras paseaba. Se dibujó vertical sobre el río, como si una larga lámina de agua se hubiera desprendido del cauce y sirviera de pantalla panorámica. Acababa de abrir después de varios intentos la puerta de su casa, un cuarto piso sin ascensor, algo avejentado. Dejó los zapatos en la entrada, se bebió medio vaso de agua al pasar por la cocina y le echó el otro medio a la planta raquílica que tenía al lado del fregadero —no entendía por qué leía esta bazofia, según ella tenía una vida preciosa—, luego caminó en calcetines con los pies flojos hasta el salón donde descolgó el teléfono para consultar el contestador. Una voz desapasionada le informó de que no tenía mensajes. Colgó con desgana. Encendió un ordenador de mesa anticuado que tardó unos cinco minutos en reiniciarse. Mientras, tamborileó nerviosa sobre la novela de la que sobresalía la tarjeta que le había dado la morena. La sujetó entre los dedos y después de estudiarla con detenimiento la rompió con rabia. Acto seguido tiró la novela al suelo de un manotazo. Oye, tú, le grité. Menudos modales. La recogió enfurecida como si me hubiera escuchado. Por fin, consiguió abrir su correo electrónico: dos agencias de empleo le comunicaban que no disponían de vacantes de su perfil, unas cuantas inmobiliarias, que no contaban con apartamentos para ese presupuesto, una empresa de compra de oro la tentaba a vender sus joyas al peso, lo que le hizo acariciar durante unos momentos la fina pulsera que siempre colgaba de su muñeca izquierda y gracias a cuyo grabado averigüé su nombre, y finalmente un tal Mauro la invitaba entre exclamaciones a su primera exposición... Sonrió de medio lado. Pero cuando se disponía a responder le dio a *eliminar*. Se recostó durante unos instantes sobre la silla en equilibrio sujetando con fuerza al libro y me pareció una cría a punto de llorar agarrada a su peluche preferido. A continuación caminó por un pasillo estrecho y oscuro hasta el dormitorio para... un momento. ¿Y ese?

¿Qué hacía allí? ¿Quién era? ¿Su novio? No me jodas que ese capullo es tu novio, dije en alto como si me oyera. Ella convirtió sus brazos en unas esposas y se colgó de su cuello. No. Aquello no me lo había dicho. No me lo habías dicho, Laura. Mientras yo subía las escaleras de mi casa y me encerraba allí, bramando como un ciervo en la berrea por un poco de jazz que me devolviera las ganas de vivir, ella seguía colgada de su cuello besando a aquel fante allí, en su cuarto. En ese cuarto, esa cama que, cada noche hasta entonces, solo compartía conmigo. Seguro que te gustaría que fuera como yo, rumié furioso, un tipo duro con algo que contar. Y, con el fracaso escrito en el rostro, abrí la ventana y salté a la terraza para tratar de olvidarme de quien era. En ese momento fui consciente de que no había un viaje que yo pudiera hacer que nos acercara. No existía ningún medio de transporte que pudiera acercarnos, un milímetro siquiera. Una colilla encendida cruzó el cielo negro y deshecho delante de mis ojos como una estrella fugaz y se precipitó en la esquina, donde se amontonaban los restos de mi planta muerta. Entonces lo descubrí. Me miraba. Un gato gris y largo, similar a una pantera que se hubiera caído en un cubo de ceniza. Observaba aristocrático la luna, con los ojos transparentes contagiados de la plata. Un relámpago iluminó la terraza y comenzó a llover. El bicho tenía personalidad, pensé, porque no se inmutó. Solo se limitó a mirar en dirección a mi mirada, como si también él pudiera ver a Laura, ya en la cama, medio desnuda, y a aquel cerdo bajándole las bragas. Ambos nos observamos de nuevo con flojera. Yo decidí brincar al interior por la ventana. Él decidió seguirme después de tapar con dedicación el regalito que acababa de dejarme en la arena de mi cactus muerto. Mientras yo encendía un lucky strike, él estudió el salón con indiferencia, pareció aprobar la decoración y dio una vuelta laxa sobre sí mismo antes de tumbarse ronroneando encima del tomo de las obras completas de Lord Byron que tenía en el sofá. Una forma como cualquier otra de comunicarme su nombre.

Demo version limitation LA MITOLOGÍA DE NUEVA YORK

COMO LE ESCUCHÓ DECIR UNA VEZ A UN GRAN SAXOFONISTA: el jazz en Nueva York es mejor porque la vida es más dura. Es su rito mensual.

Es una tradición con la fuerza espléndida de todas las tradiciones, con la inercia lunar de un cielo. Barry pone la noche y la hora. Dan Rogers se limita a salirle al encuentro. El *Smoke* es el local preferido de su amigo, pero no

porque esté en Harlem. Tampoco porque la mayor parte de la clientela sea negra. Sino porque está muy cerca del hotel Alvin, la residencia tradicional de los jazzistas de la ciudad, donde vivió Barry cuando salió de la cárcel, y los huéspedes solían bajar a tocar en zapatillas de estar por casa. Últimamente no se han visto mucho porque Dan Rogers trata de evitar sospechas y preguntas incómodas que le obliguen a pasar por alto las recomendaciones de Ronald, y a contarle a su amigo en qué anda metido. Sobre todo, ahora que queda tan solo un día para la partida con Manfredi. Barry habla con una mezcla de nostalgia y abatimiento de la etapa en que vivió en el Alvin. Le daba vergüenza volver a su casa y contarle a su madre que no tenía apenas dinero y echaba mucho en falta a su padre. Una vez llevó a Dan Rogers a conocer el hotel: las paredes de papel desconchado de estampados imposibles. Un largo pasillo donde cohabitaban trompetas, saxos, pianos y baterías, que trataban en vano de espantar al fantasma de la heroína reptando siempre por las alfombras llenas de polvo, marcando el compás de un luto alegre al son del cual entraban y salían los traficantes, los agentes, las amantes, las prostitutas y demás parásitos naturales de este espécimen llamado jazzista. También fue la noche en que Barry llevó a su nuevo amigo a conocer el *Smoke*. Desde que entró en la sala de paredes negras, desde que apercibió el brillo de los ojos de Barry, saludando al espectro de aquello que podía haber sido y no fue, decidió que volverían a menudo. Esa tarde Barry ha llamado a casa de Dan Rogers: por fin, ha dicho, ¿es que duermes en la calle?, justo cuando este estaba escuchando a Duke Ellington, pero tirado en el sofá y sorprendido ante un nuevo comportamiento: estaba jugando con un gato. Y este, patas arriba, atrapaba su mano, dándole pequeños mordiscos presa de una gran excitación. —Es noche de jazz, chico —ha escuchado que decía su voz de trombón, desde el norte negro de Manhattan. Creo que no es necesario que te explique el escalofrío que me recorrió la espalda cuando Barry me llamó para proponerme el plan de esa noche. Abbott no podría entenderlo. Ni si quiera imaginarlo. Porque me había encerrado en casa y me había puesto a Duke Ellington para no llevarle la contraria a aquel mensaje en la luna trasera del Jaguar, que no aparecía en el capítulo de la novela ni por tanto en la trama, y por ese motivo le daba vueltas y vueltas como una goma de mascar a la que ya no encontrara ningún sabor. Es cierto también que en aquel momento vivía en una paranoia constante: cada pequeño acontecimiento lo interpretaba como una señal. Cada

casualidad como una llamada del destino. Iba a volverme loco. Esa tarde, mientras hundía los dedos en el pelo plateado de Byron ante el absoluto deleite de este, llegué a preguntarme incluso si Laura, al tener en sus manos el escrito del resto de mi vida, no habría echado una miradita a las páginas siguientes y, de forma involuntaria, fuera ella quien me hubiera dejado aquel mensaje. Con esta excusa me hice, por desgracia, esos planteamientos que evitaba hacerme: Por ejemplo, ¿por qué la veía a ella y no a otros? ¿Era una casualidad que se me apareciera por primera vez el día que conocí a Manfredi? Era cierto que había tenido sueños sobre *el otro lado*, y en ellos había visto a otras personas, pero nunca con tanta nitidez. Otros ojos. Atentos y en silencio. Algunos de ellos en bibliotecas. Otros en sus casas. La mayoría difusos, como si los viera a través de un cristal sucio de lluvia. Los veía exactamente como antes a Laura, pero comprobé que, si ponía todo mi empeño, podría entablar una conexión telepática mucho más definida. Y todo esto empezó a aterrorizarme. Porque me sentí observado. Porque se trataba de mi destino y de mi intimidad. Y por primera vez creció en mí una sospecha, me hice una pregunta que ahora te hago a ti: ¿Te gustaría recorrer una y otra vez tu vida? Depende, me dirás, de lo que te guste tu vida. Pues no. La respuesta es incorrecta. Hasta la mejor de las vidas a partir de un punto te volvería loco. La aborrecerías. Terminarías aborreciéndote a ti mismo. La eternidad es en sí una aberración. Pues imagina ahora que encima tu vida fuera una mierda y tú otra. ¿Divertido, no? Bueno, dejemos este espinoso tema aquí por el momento. El caso es que en esas estaba mientras me mordisqueaba un dedo mi despreocupado y bigotudo compañero de piso cuando llamó Barry para convocarme en el *Smoke* y ponerme, definitivamente, los pelos de punta:

—ES NOCHE DE JAZZ, CHICO —HA ESCUCHADO QUE DECÍA su voz de trombón, desde el norte negro de Manhattan. Cuando Dan Rogers entra al local está tan abarrotado que solo puede distinguir la digitación sorda de un contrabajo. Se acoda en el mostrador mientras espera a que el tema llegue a su fin para buscar a Barry. El trompetista deshace lentamente el último acorde y el público estalla en aplausos. Ahora suben dos tipos al escenario: uno de ellos, un saxofonista negro y gordo, con bigote, dice que dedica su próxima canción a su hija Chan. En la barra, la camarera le sirve una cocaola. Un ex alcoholico, piensa Dan Rogers, porque le ha dejado un corcho de vino

flotando en el refresco. El saxofonista repite orgulloso al público que nunca le ha dedicado una canción a nadie, pero que quiere hacerlo por el quince cumpleaños de la niña. «Catorce», musita ella, con reproche y entredientes, sentada en la barra, muy cerca de mi posición, mientras el público se gira hacia la niña para dedicarle un aplauso. Cuando el hombre termina de tocar, retira la boquilla y sonríe a su hija. Sus grandes labios están reventados y la sangre corre a esconderse entre sus dientes. ¡Qué bonito es el amor paterno!

Cuando terminó y el saxo quedó colgando flácido después del éxtasis, subió al escenario una mujer vieja y espigada bajo un sombrerito de casquete que tocaba la batería con un cigarrillo largo prendido de la boca y cierto gesto de desidia incompatible con el jazz. Busqué a Barry incorporándome sobre la barra. El público se arremolinaba fumando alrededor del escenario. Tendría que esperar al final de la *jam session*, pensé, así que centré mi atención en el humo que ascendía como el mismo espíritu de la música, hacia el techo, y sobre una de esas volutas se dibujó de nuevo Laura. Acababa de entrar en casa, dejando otra vez los zapatos en el recibidor, bebió también medio vaso de agua al pasar por la cocina, le echó el otro medio a la planta raquílica que tenía al lado del fregadero y luego caminó en calcetines con los pies flojos hasta el salón. Allí volvió a consultar el contestador que no guardaba mensajes, encendió su ordenador a duras penas y, pasados unos minutos, consultó su correo electrónico del que borró unos cuantos mensajes publicitarios hasta dejar la bandeja de entrada vacía. Luego llegó arrastrando los pies por el pasillo oscuro hasta el dormitorio... también vacío. Respiré con alivio. Encendió la luz. Era un habitáculo pequeño con las paredes forradas con el *skyline* en blanco y negro. Algunos lienzos inconclusos se agolpaban castigados contra la pared. No me importaba. La había visto retocar dos de ellos. Todos reproducían escenas de esa ciudad soñada que nunca había visto. La Nueva York que existía dentro de su cabeza. No había conseguido ver ninguna de sus obras terminadas. Se dejó caer sobre la cama, sacó el libro del bolso y dibujó a lápiz sobre la última página las siguientes notas: Wanda — Hunters Point = *El grito* de Munch Silvio — 4 dados/Jaguar gris = 7 asesinatos. ¿Siete?, le dije como si pudiera oírme. ¿Por qué siete, Laura? Hasta ahora se habían cometido tres: *El grito*, *El beso* y *La victoria*, pero... Un momento, pensé. Claro... ¿lo que está tratando de decirme es que esos cuatro dados podrían estar destinados a los asesinatos restantes? Dios mío... Por

desgracia, Laura quedó enseguida absorta en la escena jazzera. Volvió a levantarse para poner un cedé. Para mi sorpresa eligió *Chan's song* de Lester Young. Sí señor. Era toda una detallista aunque me habría gustado que siguiera con sus reflexiones, y para colmo de males, en mi mundo, algo reclamó también mi atención:

—HOLA JUGADOR —LA VOZ DE BESSIE «OJO DE GATO» SE LE derrama por el cuello del abrigo como un licor caliente. Al girarse se encuentra con esa mirada inquietante que hacía tiempo que no veía. El ojo humano de Bessie parece redondearse de alegría mientras que el ojo felino se contrae aún más, convirtiendo su pupila apenas en una raya que flota sobre el verde. —Hola Bessie, estás... —recorre su piel oscura por todos los límites en que es visible: las costuras rematadas en raso negro del escote, las axilas perfectamente dibujadas, las pantorrillas que asoman brillantes bajo la falda entallada y concluye— ...estás estupenda. Bessie le hace un gesto al camarero y este le sirve una copa. Adelanta un muslo que asoma eterno por la raja de la falda, hasta rozar levemente la rodilla de él. No, pensé. Ahora no, Abbott. Por qué ahora. Llevaba sin ver a Bessie muchos meses y era un regalo del cielo tenerla como amante, pero, hasta en las únicas cosas que podía agradecerle, Abbott, mi querido autor, tenía el don de la oportunidad. Aun así y para mi sorpresa, Laura siguió leyendo muy atenta y su gesto no me transmitió disgusto. Estaba harto de chicas malas. Cómo me deleitaban sus ojos despintados de esas horas de la noche. Me comunicaban siempre una melancolía dulce, la ilusión de que no se atrevería a salir de casa sin mi compañía por miedo a perderse. Que ya no sabría caminar si no era de mi mano. Me provocaba la necesidad de guiarla. Mira, por aquí. Ahora quédate ahí, un poco más... hasta que yo te diga... Pues bien, Bessie era su polo opuesto.

BESSIE ADELANTA SUS LABIOS OSCUROS HASTA LA OREJA DE él y deja caer el visón albino que cubre su cuello. —La verdad es que hoy hace mucho frío. Él, atento a los movimientos del felino, vigila sus manos recogidas sobre la cintura, como si temiera recibir un zarpazo. —Una pena que ahora viva tan lejos de aquí —responde él, casi en tono de pregunta. —Me ha parecido que buscabas a alguien entre el público. —No busco a nadie.

—¿Y has venido solo? —No buscaba a nadie. Se produce un cauto silencio. —Yo sí te he buscado a ti. Muchas veces. —Si no fueras una señora te pediría que vinieras abajo conmigo. —Podemos jugar a que no lo soy, por una noche. ¿Y qué iba a hacer yo? Bajamos las escaleras húmedas sin tocarnos. Podía sentir los pasos de pantera de Bessie tras los míos, basculando su cuerpo entero en cada escalón, clavando los tacones en el suelo de cemento. Cuando empujé la puerta del baño, sentí una absurda culpabilidad que me confundió, esto era demasiado, ¿es que no se lo había montado ella con el tal Roko delante de mis narices?, justo hasta que aquella fiera se lanzó sobre mí y para defenderme, tuve que empujarla dentro de una de las celdillas, remangarle el guante que era su falda hasta la cintura y, bajarle las medias. ¿Qué podía hacer yo? Pues hice todos los esfuerzos del mundo por concentrarme. Por no ver el rostro de Laura reflejado en todos los baldosines. Pero lo vi, claro que lo vi y aún no puedo creerme aquella imagen. Mientras pegaba mis labios a los de Bessie y la inmovilizaba contra la pared, Laura seguía leyendo tumbada de lado, ahora con el vaquero desabrochado y una de sus manos buscaba con ansiedad entre sus piernas la fantasía de estar juntos. Puse a Bessie cara a la pared y me pegué a ella por la espalda. Sudábamos a pesar de la humedad y el frío. Laura se puso boca abajo en la cama, con la almohada entre las piernas y siguió leyendo, con el libro atrapado entre sus dedos, mojando las páginas, tan cerca que podía impregnarme de su olor. Tan excitado estaba por aquella nueva sensación de tenerla, que apenas me di cuenta cuando aquel hijo de puta entró. Lo hizo sigilosamente y cerró la puerta. Al encontrarse a su novia leyendo casi desnuda en la cama decidió rematar la faena. Y no pareció importarle que le dijera que no se encontraba muy bien. Mientras él se tumbaba sobre su espalda ella siguió leyendo. Compartiéndome con Bessie que jadeaba contra la pared, arqueando su lomo felino. Cuando el capullo de Roko la dejó por fin tranquila quedó tumbada con la mejilla sobre el libro, el flequillo mojando la portada, y con una sonrisa nueva en los labios. Porque de alguna manera supo, estoy seguro, que quien la había besado era yo. Porque quien acababa de perderse entre sus muslos era yo. Ella le observó mientras se vestía y se sentó en la cama. —Tengo que darte una buena noticia —le dijo de pronto. —¿No estarás preñada? —respondió aquel cabrón. Pero la sonrisa no se movió de la boca de Laura ni un milímetro. —No, que voy a dejar la cafetería. Él se dio la vuelta con una sonrisa extraña y se acercó a ella. —¿Y

se puede saber de qué coño vamos a vivir? Ella pareció sorprendida. Como si no entendiera el idioma en que le hablaba. —Seguro que tú encuentras pronto un trabajo y mientras tanto, pues... de mi pintura. Entonces él soltó una carcajada fiera que terminó en tos. —¿Me estás hablando en serio? ¿O es que estás puesta? —ella le observaba aún sonriente, pero él continuó levantando la voz—. ¿De tu pintura? ¿De tu pintura vamos a vivir? ¿Y esa gilipollez? A ver si iba a ser una historia parecida a cuando le dio por seguir por su gira europea a Tom Cruise, después de *Entrevista con el vampiro*, dijo despreciativo, porque quería fundar un club de vampiros con su apoyo, a lo que ella argumentó que entonces era una post-adolescente siniestra y que ya estaba bien de sacar los trapos sucios, porque finalmente el club de vampiros se llamaba Cienciología. ¿A que no iba tan desencaminada para ser tan tonta? Ella trató entonces de abrazarle, igual no era tan descabellado como él pensaba, ya había expuesto su obra en un par de bares, pero él se soltó, ¿y quién le había comprado los cuadros?, si uno se lo había quedado el bar para tapar un agujero de la pared y por las molestias, y el otro comprador era un borracho que se echó atrás cuando ella se negó a llevárselo personalmente a su casa. Eso la hizo llorar y a mí se me partió el alma y quise partirle la crisma a aquel hijo de puta. Ella entonces, temblorosa, encendió un lucky strike y le dijo que se iría, que iba a exponer fuera, que solo pedía un poco de apoyo para realizar su sueño, que fuera, fuera le darían esa oportunidad. Pero y tú, ¿desde cuándo fumas?, la interrumpió con desprecio. Mientras esto ocurría, yo debí quedarme atónito con la mirada fija en los baldosines del baño, porque cuando volví en mí, Bessie ya se había colocado la falda y me clavaba su ojo contraído con indiferencia gatuna. Luego me sonrió antes de darme con la puerta en las narices. Aquel desgraciado también lo hizo, pero, antes de cerrar la puerta, se limitó a pedirle a su novia que siguiera leyendo, que le sentaba muy bien. Y que si se iba se llevara todas aquellas porquerías de pinturas y dejara el alquiler pagado y la maleta hecha, no fuera a despertarlo por la mañana. Se quedó sentada sobre la cama, con el cigarrillo temblando entre sus dedos. Luego se hizo un ovillo y encajó la cabeza entre las rodillas. Entonces descubrió bajo sus nalgas una mancha roja en la sábana. Pasó lentamente la mano entre sus piernas y la miró manchada de sangre con absoluta fascinación. Como si no la reconociera. Como si no fuera suya. Se levantó dando tumbos, dio la vuelta a uno de sus lienzos de Nueva York sin terminar,

y estampó con violencia una huella roja sobre los edificios. Yo me quedé sentado sobre la tapa del váter, exhausto también, encendí un cigarrillo casi a la par que el segundo de ella y tan confundido estaba que traté de apartarla de mi mente por unos instantes. Frente a la primera ilusión de estar juntos, sentí entonces, claramente, un miedo irracional a que siguiera avanzando por mi historia. A que creciera su fascinación por mí. A perderla. Así que, para relajarme, me dediqué a leer los grafiti que había en la puerta del baño. Leslie ama a Fred. Leslie ama a William. Susan y Leslie estuvieron aquí. Leslie: 1718-7658 909. Sonreí. Vaya con Leslie. Fue entonces cuando uno de ellos se destacó inmediatamente sobre los demás como si lo hubieran subrayado para mí. Decía en una letra de nuevo conocida: «Veo lo que tú ves. Confía. No vayas mañana a la partida». Así comenzó mi relación con el hombre invisible.

Demo version limitation **TERCERA PARTE** *An angel in Devil's shoes*

Salvation in the blues

You never looked like an angel

Angel of Harlem... U2

Esta noche he soñado contigo. Te deseo. No me importa decírtelo. Te deseo. Como deseé a Laura y a algunos otros que como tú se me entregaron después, dóciles, displicentes, mientras seguían mi vida desde sus confortables y seguros sillones, desde la velocidad de los trenes, desde sus camas revueltas, desde los cafés ruidosos, desde el silencio aparatoso de las bibliotecas. No puedo evitarlo. Sé que aún es pronto, pero ya siento que te deseo. Estar dentro de ti. Participar de tu vida. Tragarme tu saliva. Sentir el pulso irregular de tus muñecas. Arrebatarte el aliento. Hacerlo mío. Con rabia. Con ansia. Con desprecio. Te deseo. Sí, te deseo. Pero a Laura, te lo confieso, a Laura sigo soñándola, aunque su rostro después de estos años sea ya poco más que una mácula de vaho sobre un espejo. ¿Por qué fue ella especial? Pues quizás por su capacidad para borrar la frontera entre la realidad y la ficción. Porque la intensidad con la que siguió mi vida nos conectó para siempre. Porque gracias a su credulidad vi *el otro lado*, aunque nunca imaginé a qué precio. Porque creyó tanto en mí que se decidió a buscarme. Porque fuimos almas gemelas. Porque, sin duda, fue la única persona a la que le he preocupado de verdad y, sobre todo, la única que llegó a amarme tal y como era. Laura viajó a Nueva York porque yo era la Nueva York con la que soñaba. Era como vivir dentro

de mí por un tiempo. Pero la vida, mi querida Laura, no es una novela. Solo se parece. Y es esa distancia entre la realidad y la ficción la que nos vuelve locos.

Como habrás comprobado a veces Abbott fuerza mi historia. Me fuerza. Por eso ahora tengo miedo. Y siento vergüenza. Me avergüenza que hayas leído el capítulo anterior, por ejemplo. Imagino que es una cuestión de orgullo. Me avergüenza que me hayas visto dejarme perder. Pero no aquella partida, sino perder de esa forma los papeles. Sucumbir de nuevo ante la compulsividad de seguir apostando, poniéndome en riesgo para nada. Esa misma noche, un par de horas después de la partida, recibí una llamada de Ronald. La esperaba tumbado en casa escuchando a Dexter Gordon, como siempre esperaba las malas noticias. «Trato o truco», pensé cuando vi aparecer su nombre en mi móvil, porque me dijera lo que me dijera, intuía que traería consecuencias: podría pedirme cuentas de por qué cojones había intentado ganar la partida y fastidiar toda la operación. Podría haberme echado en cara que lo había hecho porque seguía teniendo problemas con el juego —cosa que en parte era cierta— y que, por lo tanto, no podría serles de ayuda de ahora en adelante, me podría haber apartado de lo único que en toda mi vida me había hecho sentir útil. Sin embargo, su capacidad de sorprenderme para mal superó todas mis expectativas cuando me llamó con voz grave y paternal para darme la enhorabuena: todo había salido a pedir de boca. Me quedé unos instantes en silencio, yo que esperaba un hemos perdido la conexión, Dan, quizás un inhibidor de frecuencias, a saber, nadie había pensado en ese pequeño detalle.

Así de cutre. Así de simple. En cuatro horas no hemos sido capaces de localizar la llamada. Los satélites eran una puta mierda, Dan, qué le iban a hacer... Pero no, en lugar de eso me dio la enhorabuena. Como lo oyes. Me dijo que estaban trabajando en la localización del propietario del móvil, y que de cara al final de la operación debía estar muy tranquilo. Lo tenían todo controlado. No correría ningún riesgo. Le dejé terminar aquel triunfal discurso porque me quedé sin habla. Yo, el genio de la probabilidad matemática había sido incapaz de calcular, de todas las posibilidades de malas noticias, la más sencilla. Que todo el mundo me mentía. Por un lado, tengo que confesarte que a mi orgullo enfermizo y ludópata le relajaba que Ronald no se hubiera percatado de mi intento de marcha atrás, ni que me aventuré a ganar como un venado en celo sabiéndome colocado por la adrenalina y el vicio de jugar. Mi honor estaba a salvo, pero mi pellejo no. Lo único que me motivaba de toda

aquella locura era que podía aventurarme a jugar las cartas a mi manera sin dar cuentas a la poli. Ellos también me ocultaban los pormenores de la investigación, así que me sentía con licencia para hacer lo mismo. Si lograba saber quiénes eran los Hijos del Azar antes de que llegara el ultimátum, me aseguraría salvar mi pellejo y me convertiría en un héroe nacional. En un héroe de verdad... hay que joderse. Pero también caí en la cuenta de que algo en mi plan para salvar el mundo empezaba a fallar gravemente: Ronald. ¿Por qué me mentía ahora? ¿Para tranquilizarme? ¿Porque era incapaz de admitir un error aunque ello supusiera arriesgar mi vida? ¿O fue Manfredi el que iba de farol con aquello del inhibidor? Si era verdad que había un distorsionador de llamadas, ¿cómo coño se había comunicado Manfredi con los Hijos del Azar durante la partida? Después de un sencillo cálculo de probabilidades, para mí solo había dos: que Manfredi hubiera dicho la verdad y Ronald mintiera, y que por lo tanto fuera imposible que hubieran localizado la llamada —eso querría decir que por alguna razón Ronald me mentía y que los Hijos del Azar habían estado tan cerca de Manfredi y de mí, quizás en aquel mismo sótano, como para conseguir enviarle los mensajes—. O que Manfredi hubiera ido de farol y Ronald dijera la verdad. En ese caso estaríamos más cerca de cogerles de lo que nunca habríamos pensado. Tuve de nuevo la sensación de pisar sobre un fango cada vez menos estable. Esto me provocó un intenso malestar. Por otro lado estaba Laura, alguien que conocía ya todas mis miserias y quizás todas mis cartas. Ella había llegado hasta la Ciudad Ficción para terminar de leer su novela sobre el terreno y me disgustaba que estuviera en Nueva York justo para presenciar aquel despropósito. Como me preocupa que tú hayas llegado hasta aquí y que sigas leyendo si no me escuchas. Tengo mis motivos y, sobre todo, tengo derecho a reservarme ese derecho, ¿no crees? El derecho moral a dejar una página oculta de mi biografía. Una carta sin descubrir. A que nadie más, nunca, lea la página 418. Déjame decirte una cosa: sé por qué te lo pido. Abbott no es de fiar. Y mucho menos de fiar es cómo cuenta las cosas. Le conozco bien porque me ha creado. Tiene la habilidad de inocular ideas muy extrañas en la gente. No le creas. No le admires. No te dejes arrastrar por su palabrería. Porque Abbott es un dios por casualidad. ¿No te lo has planteado alguna vez?: ¿Y si Dios no fuera consciente de serlo? Un dios irresponsable e inconsciente de lo que ha creado. Desentendido porque no sabe lo que ha creado. Un dios tan tonto que

no sabe que es Dios. Que no sabe que estamos vivos. Que no sabe que tiene el poder de la creación. Y el poder de los tontos, ya se sabe, siempre entraña el mayor peligro. ¿Mi discurso te incomoda? ¿Te parece una aberración? No me echas la culpa. Yo solo soy un subproducto del hombre. No soy yo el responsable de que después de tantos milenios no hayáis tenido la capacidad de concebir un rostro amable de vuestro creador, de que exceda vuestra capacidad de imaginar. Lo único que sé es que a mí me pasa lo contrario. Mi imaginación excede con mucho la imagen del Dios que he visto. Por lo tanto no censures con tanta ligereza mi *antiteísmo*. Porque —como le oí decir a un tipo en una fiesta que ahora sé que pertenece a una película— Dios es un lujo que no me puedo permitir.

LA MITOLOGÍA DE NUEVA YORK

«MIRA Y CALLA. QUE MI VOZ DISPARA... Fire. Fire. Es mi son el que esperabas...».

La 176 vibra como una cuerda cuando pasa el coche despacio, con las ventanillas bajadas, sobrecargado por los corpachones de los tres latinos que lo ocupan parafraseando a los Orishas. Huele a carne frita y luce un sol desesperado por ser caribeño. Las tiendas sacan una a una sus intestinos a la calle: ropa de niños, bragas con encajes naranjas, toallas —todo a ritmo de salsa, de *hip hop* en español—, centros de llamadas, tarjetas baratas de larga distancia. A Dan Rogers le gusta visitar a Barry en su barrio porque cada comercio le habla de él: el restaurante Coco Grill, el Ramone's Fashion, la agencia de divorcios rápidos sin ir a la corte, la tienda de bombillas donde el año anterior compraron las luces de Navidad cuando Barry se empeñó en invitarlo a su casa si, a cambio, le ayudaba con la decoración. Al pasar por esta última intenta recordar el episodio de Barry que encierra entre sus paredes. Pronto recuerda que sostuvo con el dueño una acalorada discusión sobre el ejército. No pudo evitarlo. Su padre había sido militar. No era un héroe de guerra, no murió por la patria sino en la cama de un hospital de Houston, pero le había contado demasiadas cosas. Nunca quiso que su hijo se mezclara con el ejército. Aunque tampoco le habría gustado que se jugara su vida a las cartas. Dan Rogers entra en la tienda. Está exactamente igual que el año anterior. Solo el tendero, un ecuatoriano de pelo fuerte y negro que hurga

atareado entre las cajas sin desordenar nada, tiene ahora el pelo casi blanco. Al lado de la caja cuelga la foto de un joven soldado que se le parece. Con otras tantas fotos se ha fabricado un retablo con bombillas de colores que le da a la caja registradora el aspecto de un alegre santuario a la guerra. En unas aparece rodeado de niños árabes, en otras en el campamento junto a más soldados. En todas mira fijamente al objetivo. Y todas, ahora, están expuestas de cara al público y mostradas con orgullo. Dan Rogers se da la vuelta y decide salir con cuidado para no ser visto. El anciano continúa hurgando entre las cajitas. Este año no tiene sentido seguir discutiendo. Cuando llega a la esquina del metro se detiene un par de minutos más para recrearse en uno de esos espectáculos raperos de primera. Siempre le han divertido las acrobacias y suspensiones que desembocan en ese ritmo cabreado. Continúa caminando hasta que distingue el cartel de la Guayaba Madura, un prostíbulo que ha frecuentado alguna vez con Barry y donde conoció a Mariposa: una magnífica prostituta con tabaquismo que le debía el apodo al hecho de que, después de tocarla, siempre dejaba en la piel de sus clientes el roce nacarado de la ceniza. Al lado, está el Restaurante El Malecón donde suele desayunar con Barry cuando este quiere darle un sermón y donde ha quedado esa mañana en un segundo intento de explicarle por qué está tan extraño últimamente. Cuando empuja la puerta de aluminio le recibe Tita con una bandeja de pollo asado en las manos y una sonrisa ardientemente fría... ¡Esto ya no es un oxímoron, esto es una gilipollez! Jodida evolución de la novela negra intelectual... Me sonrió, me sonrió y punto. Porque, a pesar del plantón de la última vez, estaba loca por mí. Al grano: Cómo tú por aquí, jugador, me dijo, y se dio la vuelta, creo que con un falso desaire, porque me regaló el detalle de sus nalgas más tersas y más respingonas bajo unas mallas de las que soy incapaz de recordar el color. Luego abrió el grifo con un tajante giro de muñeca. Seguí disfrutándola. Tita tenía un ritmo gaucho al fregar los platos y hacía chasquear las vajillas con precisión rumbera. Me encanta Washington Heights. Porque siempre hay gente por la calle. Porque nunca cierra y la vida transcurre bajo una luminosidad de permanente verano. Además, al primer golpe de vista puede dar el pego en una tarjeta de visita: todo neoyorquino aspira a vivir en algún lugar que se llame Heights o Hills para poder dar su dirección con orgullo. Creo que por eso Barry decidió comprar una casa en Washington Heights para su mujer, Erlinda, quizás el único distrito deprimido que incumple esa regla.

Aunque a ella, una latina fantasiosa y extraña en la ciudad, le sonara a campanillas celestiales. Loca de contenta, preparó las maletas ese mismo día y se presentó en su futura casa mientras su marido trabajaba. Se encontró con un piso bajo de suelo alicatado a medias donde las ratas jugaban a la comba con los cables de la luz. Según Barry me contó un día, más borracho que de costumbre, nunca llegó a deshacer del todo sus maletas. Unos meses después las cerró y desapareció sin decir adiós dejando el corazón de su marido temblando al son de las goteras. Barry entró en el bar y la cocinera le salió al encuentro. —Pero Celia... qué bien cuidas ese cuerpo que tienes... Ella le apretó contra sus grandes pechos. Aquella portorriqueña había sido una gran ayuda cuando Barry trataba de cauterizar sus cicatrices bebiendo alcohol de noventa grados. —No seas malo, Barry —le amonestó ahuecándose un poco los rizos teñidos—, ya sabes que tengo hombre. —Si no digo que no, pero un día de estos echo el cierre y nos bailamos tú y yo un merengue. —Uy, papito, ¿cerrar yo? —se puso en jarras—. Si ni siquiera cerramos por defunción cuando murió mamá Carlota, que la velamos en la cocina, ¿te acuerdas, Tita?, mientras Roberto freía hamburguesas. Se escucharon algunas risas. Roberto, un cubano oscuro, más por la congestión que por su color natural, apareció en escena arrastrando una enorme caja de botellas vacías. Se detuvo para abrazar a Barry y luego se volvió hacia Celia: —Bueno, mujer, mejor que cerrar por defunción es cerrar por calentón. De nuevo risas, ahora también en la cocina. Barry se acercó a la mesa y me hizo una carantoña en el pelo. —A ver, Celia, dínos qué tienes que con tanta charla se nos ha abierto el apetito. Ella se acercó colocándose la delantera. —Hay chicharros, hay pescados, *rice pudding* y esa tortilla de patatas que tanto te gustó el otro día pero sin champiñones. Barry levantó sus ojancos negros y golosos, y pidió un poco de todo. Esperó a que le trajeran una cocacola sin hielo, eso sí, para dar paso al interrogatorio: —¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —aplastó sus antebrazos sobre la mesa y juntó las manos. Me recordó a mi padre cuando iba a hablarme de las notas—. No coges el teléfono, desapareces con una tía cuando hemos quedado, caminas como un sonámbulo por las calles... Lo único que justifico es lo de Bessie, yo también te habría dejado plantado por esa minina. —Barry, tengo que contarte algo... No tenía claro lo que iba a hacer. Podría comenzar con un Barry, ¿Ronald es de fiar? No, no se podía preguntar así a un amigo sobre otro amigo. O si no, Barry, ¿te has planteado

alguna vez si eres real? Bebí de su cocacola. Le miré a los ojos. —Barry... he conocido a alguien que no debería haber conocido. Y que me ha revelado ciertas cosas... esenciales para mí. Para nosotros. Él arqueó las cejas hasta convertirlas en un par de arcos de medio punto sobre sus ojos. —Entonces, es cierto, ¿eh? ¿Te nos has enamorado? —alzó tanto la voz que escuché cómo Tita cerraba el grifo del fregadero—. ¡Mi chico ya no es virgen! Tu corazón ya no es virgen, Dan, ¿me estás diciendo eso? Me lo dijo Elías, el otro día me lo encontré cuando fui a ver si te encontraba en tu casa, y no quise creerle. Iba con su hermana y me dijo que habías conocido a alguien. Resoplé y miré alrededor algo apurado, un gesto que enterneció definitivamente a Barry, pero que era más cautela que vergüenza. —Barry —le observé con lástima pensando que sería la última vez que Barry sería Barry, que quizás lo que tenía que decirle le volvería loco—. Escúchame, Barry, no estoy de broma, necesito que me escuches: a través de ella he sabido algo que nos afecta a los dos. A todos. Y de lo que es muy difícil que nos recuperemos. — ¿Que la sangre te llega por fin a los músculos más importantes?—Barry me dio un par de cachetes e incluso se levantó para abrazarme —. No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. No pude hacerlo. No sabía darle disgustos a Barry. La vida ya le había dado suficientes. No recordaba haberlo visto tan contento desde que me enseñó aquella foto suya caminando con su mujer del brazo, una tarde en Central Park. Había conocido a Erlinda en el Empire State donde estuvo trabajando una temporada. ¿Cómo podía haberse enamorado una belleza así de un ascensorista?, me decía una y otra vez cuando, frente a la enésima cerveza, recordaba aquellos días luminosos. Pleno de asombro. Sobrecogido por su suerte. Me había relatado esa escena un centenar de veces: Ella estaba de turismo en Nueva York, le había contado, venía de Wisconsin donde llegó su padre desde Colombia como jornalero muchos años atrás para trabajar en una granja. El tipo de chica que soñaba con ser actriz. El tipo de chica que nada más llegar se sentía viviendo dentro de su primera película. Resumiendo: la víctima preferida de la Ciudad Ficción. Cuando se quedó solo con ella en el ascensor, Barry le hizo la promesa de llevarla lo más alto que hubiera llegado nunca. Y apretó el botón del 121. La hizo reír. Y aquella risa se agarró a los huesos de mi amigo como un cáncer. De hecho, aún no había podido extirpársela. Barry fue ascensorista en el Empire State durante lo que él llamaba su año de felicidad: se sentía el tipo más privilegiado de la tierra.

Ella iba a verle durante algunos de sus descansos y le llevaba un sándwich. Porque siempre lo podía encontrar leyendo sus cómics en el mirador del 102 en su media hora de descanso. Y por eso le echaron. Nadie se quejó nunca, pero alguien no debió de considerar justo que la persona que más tiempo tenía Manhattan a sus pies fuera un negro ascensorista, aunque fuera para comerse un sándwich de pepino. De pronto dejé de ver a Barry y el Malecón, y al bajar los ojos sobre el mantel de cartón gris, se me enturbió la vista y tuve una visión del cielo de Manhattan. Después un plano cenital de los rascacielos. Desde arriba. Laura, sí, era Laura. Ahora eran sus manos sobre la hoja gris del libro, leyendo sobre las copas de los edificios. En su primera jornada en la ciudad había podido verla de cuando en cuando, recorriendo algunos de los lugares más emblemáticos de la novela y yo pude ver el verdadero Nueva York, desde el mirador de sus ojos: el Chrysler con sus reflejos azules y Wall Street donde me sorprendió comprobar que no existían las torres gemelas. Me pregunté de dónde se las habría sacado Abbott porque era demasiado atribuirle tanta imaginación. Aunque tengo que confesarte que siempre me parecieron algo inverosímiles en el conjunto. Ahora Laura parecía estar en el Empire State. En el mismo piso 102, leyendo la anécdota de Barry. Sus ojos tiernos como los de un cordero. Una paloma se posó delante y compartió el paisaje. El libro, apoyado sobre el cristal, parecía flotar sobre el cielo de Manhattan mientras ella dibujaba a lápiz algunos trazos en el margen de aquella página. Pude ver que muchas hojas tenían marcas, además de las esquinas dobladas como si hubiera seleccionado algunos pasajes ya leídos por alguna razón.

¿Dónde se dirigiría después? Pensé que si pudiera ver con más claridad aquellas marcas sería más sencillo averiguar su itinerario. Calculé mentalmente las estaciones de metro hasta allí. No me daría tiempo a llegar al Empire y compartir con ella ese momento. Además, me percaté de que Barry me estudiaba con guasa, encantado con mi obnubilación. Hasta Tita me observaba, atónita, después de dejar los platos sobre las mesa. —Por mi tierra santa, Dan —dijo él con lágrimas de belleza en los ojos—. Es cierto, ¿verdad, hijo? Estás enamorado. Cuando salí del Malecón me sentí culpable y aterrorizado. Culpable, porque no había sido capaz de hablarle a Barry de lo que me estaba pasando. Y ahora siento que hice bien. Porque entonces solo intuía a través de sueños y *déjàvus* toda la trama que ahora conozco, ni sabía como sé ahora que habría condenado a Barry como lo estoy yo, para siempre.

Porque todos los demás: Silvio, Bessie, Elías, mi madre, Wanda, Barry incluido, tienen el beneficio de olvidar cuando llegan a la página 441 de *Mitología de Nueva York*. Luego, la novela acaba y vuelven a empezar. A nacer. Completamente nuevos. Sin memoria. Sin pasado. Pero yo no. Dan Rogers no olvida. No puede olvidar. Ese es mi superpoder y mi condena. Ser capaz de ver *el otro lado*. Ser consciente de mi verdadera naturaleza. Desde que conocí a Laura vivo en una ucronía. En una ciudad hecha de retales de ficción de todas las épocas. Una ciudad sin tiempo. Tan pronto me encuentro con un mafioso de los años 40, como con un pintor de los 60. Por menos de eso hay quien se vuelve loco. Ningún otro personaje es consciente de cada vez que comienza y termina su vida. Ahora no solo soy consciente de cuál es la página que sigue, soy consciente, además, de cada lector que me olvida. Ahora convivo con aquello que no tendré nunca. Por si fuera poco, y como soy un masoquista, he entrenado esta capacidad insólita durante los últimos años. Desde el momento en que me sentí, es verdad, enamorado por primera vez. Enamorado de un sueño, pensé aquel primer día en el South Cove. Mi crupier. Un sueño, tiene gracia, que resultó ser más real que yo mismo. Es curioso que Abbott nunca tuviera previsto que mi personaje estuviera dotado para el amor. Hasta ese punto se equivocó conmigo. Caminé hacia el metro espoleado por un impulso desconocido hasta entonces que me empujaba a buscarla por la ciudad. A averiguar sus rutas. A ser yo, por primera vez, quien siguiera sus pasos y no al revés. A protegerla. Me dio tanto miedo que le pedí a Barry que me acompañara con la excusa de invitarle a unas cervezas. No quería que me dejara solo. Sin embargo él creyó que intentaba decirle que tenía una cita y me puso una excusa que sonó a excusa: —Estoy cansado, hijo, y muy viejo para pasear a tu ritmo. Yo le sonreí sin ganas, casi como una súplica. —¡Pero si los negros no estáis viejos hasta que estáis a punto de palmarla! Su corpachón me abrazó hasta hacerme desaparecer y luego le vi alejarse en dirección a su casa. Yo dejé que me tragara la tierra. Tampoco había tenido cojones para contarle lo de Ronald. No sabía cómo preguntarle si era de fiar. Sabía que Barry le estaba muy agradecido por haberle dado la oportunidad de ser su confidente. No podía preguntarle sobre él, comprometer la discreción de Barry sin hablarle del caso, ni de la posibilidad de que estuviera mintiéndome. Mi posible peligro. Tanta vergüenza me dio el haber llegado tan lejos que me sentí en la obligación de empezar a manejar la investigación a mi manera.

Vale, sí, también era la excusa que necesitaba. Pero si Ronald me ocultaba información, yo también lo haría. Manfredi me había asegurado que sus socios se pondrían en contacto conmigo. Que nadie sufriría ningún daño si seguía las instrucciones que me darían durante las próximas dos semanas, punto por punto. Y yo prefería creerlo. Mientras tanto esperaría, refugiado del disparate que era mi vida, siguiendo a Laura por esa otra lámina del espacio tiempo. Siendo yo, por una vez, el lector de su historia neoyorquina. Cuando pasé el control de billetes, un cartel me anunció que acababan de desinfectar de ratas el metro. Sonreí con una mueca. Pero si las ratas no pisaban los subterráneos. Viajaban por Manhattan en un Jaguar gris. Con la vista perdida en un afiche que anunciaba un centro médico presbiteriano, me concentré en visualizarla de nuevo: allí estaba, caminando por una calle, borracha de una luz que desembocaba en un negro absoluto. Tuve suerte porque conseguí leer a tiempo el cartel del metro de Wall Street. Bajaba por la calle, así que el fondo negro era sin duda Battery Park y después el agua. El silbido del expreso me hizo volver en sí, bajé las escaleras de dos en dos y las puertas se cerraron tras de mí con un pesado estruendo. Era el único blanco del vagón. Un chico joven tanteaba un espiritual a cambio de unas monedas, un hombre con el traje a medida despotricaba mientras engullía una hamburguesa, no le habían puesto pepinillo y, según él, la había pedido claramente con pepinillo. ¿Nos parecía justo? Decidí cerrar los ojos para no soltarle una fresca. En el cristal de la ventanilla vi cómo Laura cruzaba el parque con el libro bajo el brazo. Iba a ir a la oficina del consumidor, continuaba el tipo comiendo a dos carrillos, desde luego que sí. A él le daba igual que una persona fuera blanca, china o verde, pero que no hablara inglés le parecía algo imperdonable. Abrí los ojos. Le miré con hartazgo. Él chupó sus dedos con deleite, uno a uno, qué asco de ciudad, librándose de cada molécula de ketchup que se escondía entre sus uñas. Se incorporó en el asiento. Me miró a los ojos: —América es un país que da la bienvenida a todo el mundo, pero es necesario que te adaptes a sus normas —apretó el envoltorio en su puño derecho—. ¡Y yo necesito que esos desgraciados entiendan que quiero pepinillo en mi hamburguesa! Ahí sí, recuerdo que pensé: acércate un milímetro más, capullo, sigue tocándome los cojones mientras intento pensar en mi chica y te pongo la cara mirando al Bronx. La escena me pareció tan inadmisibile y a contratiempo que intenté reconocerla como parte de alguna película de artes marciales en el metro que

Abbott hubiera plagiado. Pero no la encontré en mi cabeza. Al llegar a la parada de la 103 Street, el vagón de pronto mutó de raza, como si lo hubieran desteñado. Un anuncio de la policía alertaba sobre dos tipos en busca y captura. No sé a cuento de qué vino a mi cabeza mi madre tocando el concierto número 2 de Chopin, quizás alguien estuviera tocando algo parecido en uno de los andenes. No vives en la realidad, Dan. ¿Pero qué cojones sabía ella de mí? Tuve tal crisis de angustia que incluso mi mente empezó a fabricarse argumentos para tranquilizarme: ¿acaso no era una ficción mi vida? Qué tenía que temer si nada de aquello era verdad. Mi vida era una mentira. Pero era *mi* mentira. Una pesadilla que podría acabar conmigo si no era capaz de despertar a tiempo. Cuando salí del metro, el olor a mar me devolvió la esperanza de estar vivo. De camino me detuve un momento ante la alfombra de pájaros muertos acumulada a los pies del rascacielos: gaviotas, palomas y gorriones con las cabezas reventadas, los picos dislocados, atónitos, las alas partidas por el impacto contra aquella perfecta y sólida reproducción del cielo...

LA TORRE NEWMAN, UN GIGANTESCO LINGOTE DE PLATA EN el que se reflejan ahora las aristas azules del Downtown. Cuando siente el crujir de esos minúsculos ángeles caídos bajo sus pies, traga saliva y, una vez traspasada la verja de Battery Park, frota las suelas contra la hierba fresca hasta que no queda en ellas ni rastro de sangre... Se coloca el maletín bajo el brazo y camina hasta los límites del agua, zarandeando la botella vacía con una energía infantil. Caminé con el maletín que ahora podía sentir de nuevo bajo el brazo, hasta que mis pasos no sonaron a asfalto sino a madera hueca. Antes de llegar al final del embarcadero, me detuve delante de un cartel del ayuntamiento:

RECUERDE: ALIMENTAR A LAS PALOMAS TAMBIÉN ALIMENTA A LAS RATAS. Escarbé en mi bolsillo y encontré un puñado de cacahuetes que habían sobrevivido como yo a la partida. Desde allí ya se intuía el árbol alto y cónico del South Cove, las mesas de ajedrez de piedra donde pude ver a Barry, esperándome, jugando contra sí mismo partidas imaginarias, la barandilla de hierro que describía una frontera curva con el mar desde donde veía a los ferris partir en dirección a la libertad que no tenían... Y, apoyada en ella, una

silueta invasora, nueva en aquella escena, leyendo a la luz de los faroles azules del embarcadero. Pocas horas después estaba borracho junto a Barry en un banco con la cabeza sobre mi botín, tratando de atrapar entre mi dedo índice y el pulgar los ferris cargados de bombillas que se perdían entre la bruma. Cuando por fin me derrotaba el sueño abrí los ojos y la vi. Y ya no fue solo un parpadeo: ya no había camisa blanca, ni chaleco entallado, pero sí eran sus manos, lisas como las de una muñeca de cera, sus manos... que ahora repetían mi gesto, tratando de atrapar los barcos en miniatura que navegaban entre sus dedos, moviéndose con precisión de metrónomo. Tan blancas y exquisitas como un par de guantes. Leyendo una y otra vez la primera página del libro. Aquella hoja que ya nunca sería la misma porque ya conocía parte de mi futuro. Y *el otro lado*. Y a Laura. El pelo castaño y largo le caía como una catarata por la espalda. De unos cuarenta años y algunos menos de experiencia. Había vuelto a visitar el lugar donde nos conocimos. Sentada a mi lado con las piernas cruzadas, vestida totalmente de negro y mordiéndose las uñas con ansiedad, ya no la imaginé descubriendo las cartas de una baraja sino pasando las hojas de ese libro que nos había unido para siempre y que descansaba sobre sus rodillas. Había dejado libre el banco donde se suponía que Barry y yo dormíamos nuestra borrachera. Respiraba como yo el viento que venía del mar. ¿Era el mismo viento? Se retiraba el agua que goteaba de sus ojos. Leía y releía los mismos pasajes. Aún tumbado sobre mi espalda alargué el brazo hasta casi rozar su mano. Mi amor, me sorprendí susurrándole, estoy aquí, mi amor. Ella levantó los ojos que se fugaron tras un gran velero que, recortado sobre el cielo naranja, empezaba a cruzar el río. ¿Por qué Abbott se había empeñado en reescribir la realidad cuando el mundo real era poseedor de tanta belleza? Alargué los dedos en un último intento hasta que sentí el tacto frío del banco de madera. Y en ese preciso instante lo entendí todo. Yo solo existo para que ella sueñe, me dije, desesperado. Y me moriré de ella. Dios, a pesar de todo, no te imaginas cómo la echo de menos... Escuché a Barry respirar trabajosamente a mi lado. Supe que estaba despierto porque sentí el peso de su mirada. Mi rostro empezó a descomponerse en llanto, como si nunca antes hubiera vivido aquella escena: no me mires, contesté a su silencio con la voz ruborizada, acabo de conocer a la mujer de mis sueños. ¿Esta noche?, creo que le oí decir. No, ahora mismo, balbuceé entre flemas. ¿No te acabo de decir que es la mujer de mis sueños? Laura

levantó la vista. El río había quedado desierto, pero algo atrapó su mirada sobre el agua. Se dejaba flotar, plácidamente, como si no tuviera prisa por llegar a ningún puerto. Una botella navegaba ante sus ojos, demasiado lejos como para alcanzarla. Demasiado cerca como para no ver que llevaba un mensaje dentro. Laura caminó como una sonámbula hasta los límites del agua con la vista fija en esa botella que cabalgaba sobre el negro como un pequeño barco que portara una bandera prohibida, se llevó los dedos temblorosos a los labios para detener un sollozo, pero luego empezó a llorar. Y es que siempre supe que ella no podía vivir en aquel barrio, ni en aquel jodido segundo, ni siquiera en aquel año, ni en aquella mierda de ciudad. No miré a Barry, pero sí sentí el roce obeso de su sonrisa y, desde entonces, los dos nos referimos a ella como *mi crupier*.

LA NAVIDAD Y LA SEÑORA ROGERS

No es lo mismo una ciudad que suma que una ciudad que integra. Esto me lo dijo una vez mi padre. Y lo que más me gusta de Nueva York es su esencia, el ser una adición de identidades humildes, quizás incapaces de convivir en sus lugares de origen: irlandeses mercaderes, jornaleros italianos, holandeses mineros, judíos comerciantes... En mi mundo, China puede ser vecina de Italia, la Rusia judía comparte frontera con Egipto, y Puerto Rico y Polonia se las entienden con Irlanda por el territorio. Micro naciones que se instalaron aquí con la sola obsesión de imitar sus culturas en semilibertad, como un safari humano que recreara sus costumbres y olores. Supongo que para que todo contribuya a su reproducción. Culturas que no se mezclarían ni a tiros, pero que en ocasiones convivían como quizás nunca convivirán países vecinos. Por eso imagino que a mí me iba de cráneo con Myriam. Llevarnos, nos llevábamos bien, pero yo era el agua y ella, desde luego, el aceite. Es verdad que a través de los que me habéis leído he vislumbrado otros lugares, otros países y he podido comprobar que estos limitan con otras fronteras. Sin embargo las ciudades son iguales, hábitats artificiales, parques de atracciones creados por el hombre para contener la vida de un puñado de millones de seres humanos. Por eso, más que ningún otro lugar, en ellas se da de forma natural el esperpento, el surrealismo y cualquier otra manifestación que ponga un pie en la fantasía. Por eso mismo, porque Nueva York es la menos real de todas, hay tantas Nueva Yorks como personas la han vivido. Su existencia no es

física, ni siquiera probable, ni mucho menos constatable de forma empírica. Por lo tanto no te esfuerces, como Laura, en buscarla. En reconocerla. Sería frustrante. Su existencia es solo posible mediante la puesta en común de experiencias y sensaciones subjetivas. Por eso Nueva York, como otras repúblicas independientes de la ficción, pertenece al mundo, como el Vaticano, como Disneylandia. Tengo que reconocerlo. Esta cita es de Abbott, pero me gusta. La escribió en estado de gracia, supongo. Nueva York fue, es y será uno de los grandes centros de peregrinación del planeta: Santiago, Roma, Jerusalem... *Come, the New Jerusalem*, canturreo de pronto, como la Meca, como cada uno de esos polos del mundo donde los seres humanos acudieron embobados buscando a Dios. La única diferencia es que a Nueva York se peregrinó en busca de todos los Dioses. Y esa fue mi definición de la ciudad aquella mañana de Navidad: Nueva York es un olimpo multicultural donde puedes encontrarte a Buda sentado con Cristo en un Starbucks. La reflexión vino provocada por el hecho de que, un año más, en mi barrio no era Navidad. Nadie reseñable había nacido en aquellas fechas o al menos no era digno de celebrarse. Eso, desde luego, no era una novedad. La novedad era que, contra todo pronóstico, aquel año lo echaba de menos. Era el día en que se encendían todas las luces, en que la primera dama mostraba con una sonrisa esquizoide su árbol de Navidad desde la Casa Blanca mientras su marido adoptaba sesudas poses en el despacho oval, y yo emprendía el último vía crucis del año por la isla larga hasta los Hamptons atravesando calles con tejados navideños tomados por Santa Claus descolgándose como una plaga de arañas rojas y barbudas, era el día en que se iniciaba la competición por ver quién había contratado más vatios en su casa, era el día en que te perseguía una desbandada de apuestos villancicos en clave de guitarra eléctrica, *hip hop* e incluso *trance*. No hace falta que te diga que me preparaba psicológicamente para un nuevo viaje a los Hamptons, cosa que me hastiaba más que de costumbre sobre todo porque, apelando a la generosidad de Tony Newman, este se las había apañado para colar a mi alter ego, el señor Oza, en una exposición benéfica con subasta de obras de arte esa misma noche, donde seguro acudirían posibles sospechosos de pertenecer a los Hijos del Azar y, por supuesto, posibles futuras víctimas. Me sorprendí a mí mismo con la mirada bobalicona y perdida en el cristal de la ventana, intentando alcanzar aquel horizonte de bombillas doradas al otro lado del río, echando de menos,

lo admito ahora en privado, aquel bosque de muérdagos, lazos plateados, árboles con frutas luminosas, campanas permanentemente excitadas del Ejército de Salvación, renos blancos derribados por el viento, maniqués parlantes y cantantes en el presidio transparente de los escaparates y lagos que se helaban de la noche a la mañana para hacer los deleites de patinadores insultantemente patosos. Después de esta descripción te estarás preguntando qué cojones era exactamente lo que echaba de menos de la Navidad. Pues que no la tenía. Eso era todo. Y encender la radio, descolgar el teléfono o enchufar la tele era un constante recordatorio de lo mustia y lúgubre que estaba mi calle ese día. El fastidioso pitido del contestador anunció varios y entrañables mensajes: el primero era de Ronald, fatigado como siempre, para desearme unas felices fiestas y recordarme que había una reunión urgente con sus chicos para poner en común informaciones y que debería pasarme por mi supuesto apartamento más a menudo si no quería levantar sospechas. Antes de colgar añadió que, como incentivo, en el apartamento me esperaba una botella de Moët Chandón bien fría y luego se escuchó el estruendo acuoso de una cisterna. No tenían mucho más, pensé con desgana, si no, evidentemente, no sería necesario. Por lo tanto cobraba fuerza la opción de Ronald miente. El segundo era de Tony —que, desde que se había declarado panteísta, como creía en todos los dioses, el muy cabrón se acogía a todas las fiestas—, para invitarnos en unos días a Barry y a mí a una copa en su casa y decirme que ya tenía los nombres de los coleccionistas de arte más antojadizos y jugadores de la ciudad que acudían esa noche a la subasta benéfica del Soho. El tercero era del propio Barry para comunicarme lo mismo que Tony y para recordarme que además tenía una cita con él en la misa de Navidad de su parroquia. El cuarto era de mi madre. Hoy es Navidad, Daniel. Solo te llamo para confirmar que lo sabes, había dicho con su aspereza suave habitual, que sin embargo adquirió matices amargos, para terminar en mi paladar con un regusto dulce, como un vino que llevara muchos años encerrado, fermentando casi en exceso, y aún así no pudiera ocultar lo que fue en su origen. Vaya rollo que te he metido. En fin, que hasta Byron me dio su particular mensaje navideño cuando hizo rodar de forma enloquecida una bombilla fundida por toda la casa. Seguro que habría sido más feliz teniendo la oportunidad de echarle la zarpa a las bolas metalizadas y frágiles de un árbol de Navidad. Así que, en un raptó de ternura hacia mi gato que me pareció inadmisibile, o más bien, escogiéndolo como

excusa, me fui al mercadillo de Williamsburg y compré un pino artificial a unos chinos que me prometieron que llevaba los adornos ya colgados y que se abría como un absurdo paraguas. En esas estaba, arrastrándolo como podía desde el asiento trasero de mi Jaguar prestado con la esperanza de que nadie me reconociera cuando escuché su voz aguda a mi espalda: —Felicidades. Me volví hacia Elías que me observaba con guasa ante mi desconcierto. Repitió: —Felicidades, Capitán —me dio dos palmadas con cierto colegueo—. ¿Y esa cara? ¿Es que no ha nacido ya tu Dios? Sus párpados cayeron a medias, me pareció que imitando el gesto irónico de su padre. —¿Y el tuyo?, ¿cuándo nace, guapo? El niño sonrió con la boca muy abierta como si hubiera tramado una gran travesura que no le cupiera dentro y sacó de su bolsillo lo que parecía un mechero de cocina. —Había venido a traerte un regalo. Desde su casa se escuchó lejana la llamada vigilante de la señora Weisberg. Elías miró hacia atrás y pareció impacientarse, así que alargué la mano con la intención de aceptar el mechero, probablemente robado de la cocina de su casa, con un ilusionado argumento del tipo qué bien, ¡un mechero de cocina!, muchas gracias, lo utilizaría para quemar los bordes de las pizzas... cuando él lo apartó bruscamente de mí. Entonces me dirigió una sonrisa intraducible, lo encendió y con absoluta parsimonia situó la gran llama bajo la palma de su otra mano. Sé que a estas alturas debiera haber asumido con naturalidad todo tipo de imponderables. Sé que mi primer impulso debiera haber sido arrojarme sobre él para impedir que se quemara, pero lo cierto es que me detuvo su rostro. Sonriente. Crédulo. Orgulloso. Elías parecía un ángel atrapando el fuego entre sus dedos. Paseaba la llama por su antebrazo remangado mientras decía, ¿ves Capitán?, ¿ves cómo es verdad lo que decía tu amigo negro?, y la llama acariciaba su piel blanca y niña, ¿ves Capitán cómo nada me hace daño?, ¿me dejarás ahora atrapar contigo a los supervillanos?, ¿me dejarás decirte dónde se encuentra la cabeza perdida? ¿Quieres saber cuáles son las siete maravillas del mundo, Capitán? ¿Quieres saberlo? Yo le observaba inmóvil, como si mi cuerpo estuviera atrapado en hielo, ¿sabía su mente de niño a qué horrores nos enfrentábamos o reescribía todo aquel horror en su cabeza como un juego? Fue en ese instante cuando los gritos me sacaron de mi trance y se abalanzaron sobre nosotros como un tornado. La señora Weisberg zarandeaba al niño y me gritaba a mí. Me gritaba sin parar, enfurecida como una cobra. Traté de calmarla, de explicarle que el niño no estaba en peligro ni

nada parecido, que nada podía hacerle daño, que yo tampoco lo creía hasta entonces, pero además, cómo explicárselo, le parecería una locura, pero Elías tenía otros poderes. El poder de ver el *otro lado*. Yo lo sabía, no podía revelarle por qué, señora Weisberg, pero lo había comprobado. —Eso es una blasfemia —me dijo entonces, dando un paso delante de su hijo que se mordía el labio inferior tras ella— ¿Cómo va a desafiar un niño el poder de Dios? Y agarró a Elías de la mano poniendo rumbo hacia su casa. —Usted no lo entiende —le defendí—, me ha dicho cosas que no es posible que... Entonces ella se dio la vuelta, le ordenó al niño que fuera caminando hacia casa y cuando se hubo alejado un poco, con un rencor de siglos me susurró entre lágrimas: —Va a decirme que Elías no llora cuando le pegan una paliza como otros niños, ¿no es cierto? Que cuando alguien le pisa no se da cuenta, ¿es eso? Me va a descubrir que tiene una resistencia sobrehumana al fuego, que usted mismo lo ha presenciado, ¿verdad? —quedó en silencio por unos segundos—. Pues ahora le contaré yo más: Elías nunca se ha quejado de un dolor de estómago, ni de una caída, ni de una muela, ni siquiera cuando le salieron los dientes, nada. Y todo el mundo nos felicitaba, y por ese motivo también, mi marido y yo no le llevamos mucho al médico. Nos considerábamos afortunados porque Dios le había bendecido —se abotonó nerviosa los puños del vestido, le temblaron los párpados—. Pero, hace poco, cuando lo levanté para ir al colegio, noté que las piernas no lo sostenían y lo llevamos al hospital. Elías tenía veintiuna fracturas no curadas en todo su cuerpo y dos hernias de disco. Hemos conseguido reducirlas a siete sin operaciones. No, no es un superhéroe, señor... ¿Rogers?, Elías es un pobre enfermo cuyo cuerpo no le alerta del peligro. Sufre de una grave enfermedad que le inhibe el dolor. Y eso no es una sentencia de muerte, señor Rogers, pero sí una cadena perpetua, una maldición para él y para su familia. Así que, por favor, no aliente más sus fantasías. Que ya tenemos bastante. No supe qué decir, así que no dije nada. Si había llegado a creer por un instante que Elías era un pequeño superhéroe significaba que la Ciudad Ficción había empezado a trastornarme. Pronto acabaría comportándome como Barry o como la misma Laura. El antes nítido dibujo de la realidad era, en mi mente, cada vez más borroso. Ella se alejó deslizándose veloz por la calle como un fantasma dolorido, mientras Elías nos observaba sonriente desde la verja de su casa. Me dijo adiós con la mano antes de que su madre le examinara el brazo, le

arrastrara dentro de casa y cerrara la puerta.

DAN ROGERS ES INVITADO A DECIR SU NOMBRE Y POR QUÉ está allí. Es costumbre cada vez que asiste un extraño, cosa que no termina de entender: ha acompañado a Barry los últimos tres años. A pesar de ser la única iglesia que es capaz de pisar, Dan Rogers no puede evitar fascinarse con toda esa parafernalia: una de las asistentes, Kora, se le acerca y le entrega un abanico de cartón blanco desde el que le sonrío un primerísimo plano del pastor por un lado y el anuncio de una empresa de cremaciones por la otra. Kora es la encargada de repartir los abanicos y de bordar preciosas claves de sol con hilos morados en las mangas afaroladas de las cantantes. Ellas, las cantantes, hacen ahora su aparición: un coro de ancianas que camina en fila india por el pasillo central, cantando desacompasadamente. Deben de tener mil años cada una, piensa Dan Rogers, cuando se van sentando con dificultad en las primeras filas. Los benefactores, el pastor Johnson y su hija, ocupan ahora y como todas las navidades los tronos de madera tras el altar. Y comienza a pasar el cesto del dinero de mano en mano: al principio para el tejado de la iglesia, media hora después para la asociación de ancianos y así, hasta cinco veces más. Dan Rogers siempre ha sospechado que aprovechan la llegada de un visitante para desvalijarlo entre rezo y rezo. Se gira hacia atrás. Le devuelven la mirada tres filas de fieles desdentados de gesto gozoso.

Transcurrida media hora comienza el sermón del reverendo invitado, interrumpido esporádicamente con un ok, amen, yeees y aleluyas varios. Barry apunta con un pequeño lápiz algunas frases en el programa del día mientras los fieles empiezan a entonar «*God be with you*». El reverendo titular escucha el sermón con sus ojos apaciguados por la fe y una sonrisa cerrada en los labios... . . . rota de cuando en cuando, hay que ser justos, por las estridencias sonoras del preludio del organista octogenario que parecía haber tocado en un grupo de rock del pleistoceno. En un momento de debilidad, tengo que reconocerte que a punto estuve de encomendarme a Dios, ya que la parte más delicada de la operación Hijos del Azar estaba cerca. En algo más de una semana se pondrían en contacto con Hermann Oza para informar del lugar de la entrega. Y esa sería la última carta de la baraja por jugar. Pero rezarle a Dios, pedirle ayuda, era tanto como rezarle a Abbott. Y no podía caer tan bajo. Aceptaría mi destino o intentaría cambiarlo. Pero nunca jamás le pediría

clemencia. Por otro lado me divirtió pensar que lo que Abbott no podía ni imaginarse era que, tras el altar donde se acumulaba el humo de las velas, yo le rezaba a mi Laura. A sus largas y tupidas pestañas, a los gruesos trazos de lápiz negro con los que ahora perfilaba sus párpados, a sus labios secos entornados en ese gesto de asombro y decepción que era tan suyo. En otra iglesia de Harlem con el libro abierto sobre los muslos, ella contemplaba un espectáculo muy distinto: un coro de cuarenta jóvenes uniformados balanceándose rítmicamente en el altar con una coreografía que parecía recién salida de «*A chorus line*»; un reverendo idéntico a Denzel Washington amenazando con tener un orgasmo mientras posaba para las enloquecidas turistas de los primeros bancos; éxtasis, trances heredados de las películas sobre vudú, cámaras de vídeo. Cerró el libro de canciones y abrió de nuevo la novela. Extrajo de su bolso de piel amarilla su lápiz y comenzó a dibujar un boceto sobre el margen de la página 223: las líneas geométricas de los bancos, los rostros de los cantantes de góspel. De pronto, la vieja que había a mi lado se levantó de un brinco y señaló el altar con su dedo tembloroso. Llevaba un abrigo rojo, un pañuelo del mismo color con grandes lunares blancos y un perfume duro como sus arrugas. Balbuceaba algo incomprensible y señalaba con obcecación donde yo veía a Laura, como si también pudiera verla. El público pateaba al ritmo del discurso del pastor coreando un «*that's all right*», un hombre que había delante de mí se balanceaba con asentimiento de parabrasas, otros golpeaban los bancos con las manos como en un parlamento. Barry, a mi lado, se limitaba a asentir con los ojos escarnecidos por la fiebre.

—Todo está escrito, aaaamen —gritó con convencimiento la vieja, sobresaltándome, mientras seguía señalando a algún punto detrás del altar. Realizó entonces una especie de saludo con una de sus manos mientras botaba por el pasillo, no supe bien si fue un intento de hola, Dios, estoy aquí, o de verdad saludaba a Laura. Para ella, quién sabe, un ángel o una virgen blanca y aparecida. Vigilé a la vieja desconcertado. Ahora reía. Y después lloró. Y para terminar volvió a sentarse a mi lado y me hoció efusivamente babeándome de rojo carmín una mejilla. Dios te ha bendecido, me dijo con lágrimas en los ojos. Eres un mesías y Dios te ha bendecido. Luego agravó el gesto y añadió: pero todo el que bendice, maldice. Cuando abandonamos la iglesia debía tener una mirada tan desquiciada que Barry pensó que por fin sus plegarias habían sido escuchadas y me había convertido. Caminamos un rato por la avenida

Malcom X donde aún recuerdo el curioso canon que producían los sermones fugados de las iglesias. En la entrada a Central Park que da a Lenox Avenue, unos niños daban vueltas sobre sí mismos hasta marearse. Ese será su primer estupefaciente, dijo Barry sonriendo. Finalmente nos sentamos en un banco frente a una cancha de baloncesto de Langston Hughes, un edificio proyecto del renacimiento de Harlem, donde alguien había robado todas las canastas y los chicos jugaban a una curiosa modalidad de baloncesto virtual. Corrían botando el balón con violencia. Llegaban hasta la canasta y golpeaban el rectángulo de madera. Luego decidían sobre la marcha si la pelota habría marcado o por el contrario había rebotado contra el aro. —¿Ves por qué es más inteligente tener fe? —me dijo señalándome a los chicos que se movían ahora como un banco de peces negros tras un anzuelo. Aquella fue una de las últimas veces que Barry tuvo conmigo un asomo de propaganda religiosa y la última vez que estuve a punto de ahorrarle el discurso. Solía calentarme asegurándome que tenía que existir un paraíso al menos para los neoyorquinos. Era lo justo. Porque habíamos sido obligados a vivir en el infierno. Y yo no podía dinamitar todas sus esperanzas confesándole, sí, Barry, hay una vida eterna, pero es este infierno eterno que conoces y nada más que este. Y sí hay *otro lado*, pero, aunque alguna vez seas capaz de verlo, siempre estará fuera de tu alcance. Y no le reces a un Dios que no merece que lo llames padre, Barry. No le reces a un Dios que no te quiere, Barry. Porque este es nuestro drama: somos hijos inmortales de un Dios mortal. En lugar de eso seguí junto a él el juego de aquellos chicos, más en silencio que nunca, hasta que dijo por fin: —Míralos, Dan. Una iglesia es como esta cancha —siguió con los ojos a uno de ellos, como si se viera en un espejo antiguo—. ¿Ves lo que digo? A estos chicos les sirve para estar sanos mentalmente. La cancha. Los chicos corrigen sus vidas sobre la cancha: el uno se ve más guapo, el otro es más alto, aquel de allí más poderoso, otro parece más listo y el capitán es un líder. Ahí dentro no agujerean sus venas. Ahí dentro su vida tiene sentido. Son deportistas y ganadores. Ahí dentro tienen la opción de ganar. Dentro de la cancha cada uno cumple el rol que ahí fuera no tienen. Tienen licencia para imaginarse mejores, para creer en un mundo mejor. —¿Pero qué pasará cuando salgan, Barry? ¿Te lo has planteado? —No pasará nada —respondió con la mirada fija en ninguna parte—. No pasará nada si siguen viniendo de vez en cuando para recordar cómo se sienten con el balón

por una vez en sus manos. A las seis en punto emprendí el viaje hacia los Hamptons. Aunque la excusa era la cena de Navidad, esa tarde sentí un inexplicable arrebató de nostalgia y la necesidad de estar en casa. Durante todo el trayecto dejé de ver el paisaje y pasaron por el cristal de la luna delantera una serie de imágenes que pertenecían a mi ahora absurda película: el fuego lamiendo la piel de Elías, Barry anotando el sermón en el programa de rezos, los ojos de Laura. Ronald pasando las fotos de los asesinatos como una baraja sangrienta, mi madre tocando el piano, los labios de Laura. Byron ronroneando frente al cristal helado de la ventana, la señora Weisberg llorando a solas mientras preparaba la cena y el olor dulzón de Laura, siempre Laura observando aquel disparate que era mi existencia, mientras caminaba sola desde hacía ya dos días por Manhattan en Navidad buscando algo reconocible en la ciudad desconocida que pisaba, una Nueva York mucho más cambiante y seductora, a mi juicio, que la que Abbott había descrito y en la que nos había parido sin contemplaciones. Sin embargo, ella descubría el mundo real con cierto desasosiego, como un amante de la pintura que al ver su cuadro preferido al natural se le antojara mucho más pequeño y deslucido que como lo había adorado en la distancia. Cuando llegué a la casa de la playa estaba a oscuras y olía intensamente a algas. Un viento revuelto flagelaba las palmeras y el mar había vomitado tal cantidad de conchas y cadáveres de peces que formaban largas barricadas en la arena. En las ventanas no se veía luz, pero el cubo de basura aún estaba lleno de bolsas. Entonces sentí que Laura se estremecía. No llegué a verla, pero su repentina alerta me contagió una angustia que no había llegado a sentir aún. Tuve pavor. Porque hasta ese momento no quise tomarme en serio lo que me estaba pasando. Incluso creo que a ratos ella me había servido para olvidarlo. ¿Cómo podía haber sido tan capullo?, me indigné, dándome cabezazos contra el volante. ¿Cómo había podido exponerme a un juego tan peligroso? Creo que, desde que conocí *el otro lado*, me había acostumbrado a verme desde fuera, con la distancia de una película. Como siempre había hecho cuando algo no me gustaba, según mi madre. Como si mi vida fuera un juego y no me estuviera ocurriendo a mí. Igual que una pesadilla en la que intuyes que estas soñando y te tranquilizas argumentándote que estás a salvo porque todo es mentira. Bajé del coche y abrí la verja del jardín. Apagué los faros pero, no sé por qué, lo dejé abierto y decidí entrar a pie por el camino de piedras marinas que mi madre había

mandado cimentar, describiendo una senda serpenteante hasta la entrada de madera blanca. Hannah tampoco salió a recibirme. Estaba claro que se habrían trasladado ya al apartamento de Manhattan o quizás mi madre le habría dado el día libre como otras navidades, pensé. ¿Pero dónde puñetas estaba ella? Era

Navidad. Me había llamado. El pulso se me desbocó. Un ultimátum significaba tiempo, me dije, quedaba ahora algo más de una semana y ya lo tenía todo bajo control. Ellos no conocían mi verdadera identidad y yo, es decir Hermann Oza, esperaba instrucciones de los Hijos del Azar en ocho días.

Si querían su mierda de figurilla china, la tendrían sin obstáculo alguno.

Excavé con las uñas en los bolsillos de mi abrigo buscando las llaves, ojalá hubiera cogido las malditas llaves. Por fin reconocí al tacto el llavero con una bola de golf. Cuando la incrusté en la cerradura de la puerta de atrás, vinieron a mi cabeza todas y cada una de las veces que lo había hecho en mi vida, la mayoría muy cocido o cocido del todo en la época universitaria, cuando Tony

Newman y yo nos escapábamos a la casa de la playa sin permiso de mis padres con el coche cargado de chicas buenas de los suburbios. Deseosos de bañarnos desnudos en una playa privada, de cortar la costa en motora mientras tragábamos un champán que no sabíamos valorar. Deseosos, al fin y al cabo.

Una vida que nunca aprecié, de hecho. Siempre pensando que el amor llegaría. Qué había tiempo y se podía dejar pasar, porque llegaría. Los estudios podían esperar. La familia, los amigos... Más tarde, siempre para más tarde. Antes de

cerrar la puerta introduje el código de la alarma que paró el zumbido de la conexión. Caminé por la casa a tientas con la sola compañía del corazón galopante de Laura. La encontré aún más fría que cuando estaba deshabitada: el olor a tela húmeda como si le hubieran crecido algas a los muebles, Laura siguiéndome en la oscuridad, igual que aquellas chicas de los suburbios a las

que arrancaba su virginidad de cuajo, destemplado, incapaz de frenar sus tiritonas. Sí, igual que si me hubiera escapado con ella. Supongo que, como yo, reconocía en aquella escena la textura de mis pesadillas infantiles con

aquella casa, allí aprendí a temer a la oscuridad y a odiar la música y el arte, y por eso esperaba que Abbott no pudiera ser tan cruel. Quería, deseaba con todas mis fuerzas que no fuera capaz de llegar tan lejos como para tenderme una trampa en mi propia casa. Hasta ese mismo momento mi egoísmo natural me había impedido temer por mi madre. Y sin embargo ella era una víctima perfecta. Pero calma, calmacalmacalma... me dije, mientras avanzaba en la

oscuridad, los Hijos del Azar no sabían nada de mí. No podían saber nada. Cuando abrí las puertas del salón tenía los dedos acorchados como si no me pertenecieran. Al fondo solo se distinguía el piano que brillaba en la oscuridad como un charco de petróleo. Entonces, angustiado por la atmósfera de pesadilla que empezaba a cobrar aquella imagen, recé para que me hubieran preparado una fiesta sorpresa. Imploré a Abbott, ahora sí, que no me la jugara. No me la juegues, Abbott, yo estoy siguiendo todas las normas. Me armé de valor. Encendí la luz. El salón estaba vacío. La banqueta del piano recogida bajo el teclado. En ese momento llegó un mensaje a mi móvil con tal estruendo que estuve a punto de sufrir una angina de pecho. Era mi madre.

Cambio de planes. Decía que me había dejado varias llamadas en el contestador. Como siempre llegas tarde, espero que no te hayas dado el viaje, cariño. Por primera vez en muchos años, prefería cenar en la ciudad. Cerré el teléfono y me tembló una sonrisa en los labios. Así me daría tiempo a ir a la exposición. Después de treinta y cinco años, mi madre había conseguido dos hitos de un plumazo: que me apeteciera verla más que a ninguna otra persona de este mundo y que me interesara por el arte.

LA SALA ES BLANCA Y DESTEMPLADA. COMO LAS MANOS DEL pintor y su forma de sujetar el largo cigarrillo de boquilla. Como el temblor de sus jóvenes manos. La señora Rogers le escucha con la barbilla gacha indicando respeto y los ojos alzados con escepticismo. Ha escogido para la ocasión una blusa de raso color perla a juego con los zapatos que de cuando en cuando le permiten mimetizarse con las paredes satinadas de la galería. Cuando Dan Rogers la ve, no puede creerse que sea ella. Eso puede complicar mucho las cosas. Se acerca a su madre por la espalda hasta que le roza levemente el brazo como si temiera romperla. Ambos se sorprenden de encontrarse en ese lugar. Algunos ojos los escoltan con admiración. Incluso podrían pasar por una más de las extravagantes y atractivas parejas que han acudido a la subasta. Ella inclina la mejilla para recibir un beso mientras continúa escuchando al artista. —Como verá, Evelyn, esta es mi obra más cara porque pertenece a mi última etapa... Ella alza un poco más los ojos, un gesto que su hijo conoce muy bien, y finalmente también, aunque imperceptiblemente, la barbilla. El tipo ha metido la pata, piensa Dan Rogers, mientras espera la ofensiva de su progenitora. El pintor caza al vuelo el brazo

esquelético de Warhol, y le da un sorbito al vino que el otro lleva entre las manos. Warhol se ahueca la melena canosa con cierto disgusto. La señora Rogers sonríe de nuevo. Dice: —Y dime, Basquiat, ¿en qué crees tú que has cambiado tanto para que tus últimas obras se hayan revalorizado de esta forma? El artista se echa a reír. Y ríe desengrasando su risa como si se le hubiera oxidado la felicidad por el camino. Parte de los asistentes que le rondan quedan en silencio. Y dice: —Bueno, señora Rogers —levanta la voz—, mi amigo Warhol aquí presente me dijo una vez que me consideraba un visionario. Puede que sea eso lo que engrandece mi obra. Su mentor recupera entonces la copa y contempla con tristeza al artista, como si fuera uno de sus cuadros. Uno que ya no le gusta: —Tu amigo Warhol también te dijo una vez que cuando subieras por la escalera del éxito tuvieras cuidado de no cargarte los peldaños. Y se aleja después, caminando como una codorniz desairada ante la sonrisa lenta y vieja de su joven amigo quien le sigue con ojos apáticos. —Como ve, querida Evelyn, yo he debido de cargarme todos y cada uno de los peldaños. Y dicho esto se pierde zozobrando en una marea de brazos que le felicitan, ojos que le adoran, manos que le ofrecen amistad y admiración. Sin ninguna duda, si había algo que mi madre tenía era el don de la oportunidad. Imagínate mi cara cuando entré en la galería a la que Tony, con mucha cautela, me había proporcionado la entrada, y después de presentarme como Hermann Oza a todo el que me encontraba y de soltar un ridículo discurso sobre la obra de Basquiat, al mismo Basquiat, al final de la sala vi venir a mi madre con la sonrisa más complacida que le recuerdo, a cogérseme del brazo. Luego me enteré de que no había sido cosa de Tony. Una invitación sin remitente había llegado a los Hamptons a nombre de Evelyn Rogers, cosa nada extraña si tenemos en cuenta que mi madre era invitada a casi todas las grandes subastas de la ciudad. Desde el momento en que me saludó traté de apartarla de la gente y me comporté como si fuera el joven acompañante de una elegante viuda, sabiendo que cualquier paso en falso en aquel entorno podría sentenciarme a muerte. Afortunadamente mi madre era mujer de pocas palabras y el arte conseguía ensimismarla hasta puntos insospechados, de modo que aproveché sus ausencias para observar los comportamientos de todos los personajes que entraban a la galería. También la observé a ella. Tan limpia. Tan blanca. Estaba atrapada por un lienzo que ya sujetaba el atril de la subasta, sin moverse, como un alfil que busca su camino

fácil y directo por el tablero hacia su presa. La observé incrustada sobre un fondo de pintura gruesa, como si también ella formara parte de aquel cuadro. Hasta que yo también me vi atrapado por él. Hasta que, sin saber por qué, tuve que acercarme para contemplar aquello que con tanta intensidad la había atraído. Aquella fue la primera vez que vi ese cuadro. Era un paisaje urbano llamado *Mitología de Nueva York*. Un título que se dibujó en mi mente como algo conocido. Un título que era el mismo que el del libro que Laura llevaba entre sus manos. El que contenía mi vida y mi historia. ¿Qué significado podía darle a aquello? Pero también entendí de pronto por qué mi madre lo adoraba.

Aquel paisaje no era el perfil de Manhattan tras el río que nosotros conocíamos. Era inverosímil. Era la *skyline* que había visto a través de los ojos de Laura. Para mí, la Ciudad Ficción era plateada de día. Un castillo gótico fotografiado en colores planos bajo un cielo borroso, unas veces llameante, otras lóbrego. Y de noche se convertía en Gotham, con sus contornos negros recortados sobre la luna, las luces blancas agujereando los rascacielos, las brumas flotando sobre el río y las calles, como espectros estilizados. Sin embargo, aquel cuadro, *Mitología de Nueva York*, parecía haber querido captar las distintas luces de la ciudad *real* a lo largo del día. Empezando por la izquierda donde me sobrecogió una mancha geométrica de color índigo con tanta pintura que parecía un bajorrelieve. Luego, al aproximarse al puente, esa mancha iba transformándose en un turquesa, luego verde río, glauco, verde bronce, que acababa degradándose hasta un ocre que atardecía en el centro del cuadro. En el extremo derecho, parecía que una capa de chocolate caliente se hubiera derramado sobre los edificios, plomizos y brillantes. Aquel cuadro recogía tonalidades que solo había visto en el mundo de Laura. No podía ser otra cosa. Era una ventana a ese *otro lado*. Un solo punto de realidad en nuestro sencillo mundo. Definitivamente, pensé, estaba perdiendo la razón. No sé por qué lo hice, quizás fue una intuición, pero lo rodeé como si fuera una mujer hermosa. Hasta que estuve frente a los bastidores de madera que dejaba ver el atril. Tuve un escalofrío. En el reverso del lienzo pude intuir una frase escrita en rojo. Quizás una dedicatoria del autor: «Desde su guarida, el villano contemplará la guarida del héroe» decía, con una letra para mí ya familiar.

LA SEÑORA ROGERS SE HA QUEDADO ATRAPADA FRENTE A un lienzo, pensativa, durante unos minutos. Dan Rogers ha rodeado el cuadro y

leído el título «Mitología de Nueva York» de un autor para él desconocido, intentando comprender qué es lo que encuentra tan fascinante. —Madre, ¿de verdad crees que se van a revalorizar tanto estas obras? —le tiende una copa. Ella sonríe aún con la vista presa en los nudos blandos del óleo y se coge del brazo de su hijo: —Sí, Daniel, este cuadro no lo sé, aún es pronto para saberlo, pero la obra de Basquiat sí, claro que subirá y mucho —asiente despacio con una sonrisa sin fuerza, como un champán con el que no se ha brindado—. Han venido a la subasta para llevarse todas las obras que puedan. Todo el mundo sabe que está a punto de morir. Dan Rogers aprieta la mano de su madre contra el brazo y la siente suspirar. Se alegra de sentirla de nuevo. De tenerla cerca. Ella siempre ha sabido apreciar la belleza. Aunque el verdadero cuadro que parece conmoverla ahora es la juventud truncada de ese artista que ha bebido su vida de un trago corto, rápido, inocente. Mientras ella sigue absorta en esa pintura, Dan Rogers estudiará los rostros de todos y cada uno de los asistentes a la subasta que se acerquen a saludarla. Cualquiera de ellos podría ser uno de los asesinos o una posible víctima. Cualquiera de ellos podía haberlos relacionado, y eso daría al traste con el anzuelo de Hermann Oza. Entre los asistentes se encuentran muchos de los nombres que Tony Newman ha escrito en su lista: Kurt Wellington, el hombre largo y rubio vestido con una túnica. Natasha Cole, la mujer de pelo rosa acompañada del caniche gigante. Maxwell Brut, el hombre con traje de pana naranja y pelo egipcio. Cualquiera puede encajar en el disfraz de un psicópata o de una víctima. Y lo sabe. Sabe que eso es lo más terrorífico. A las nueve dará comienzo la subasta con el último cuadro de Basquiat. La señora Rogers decidirá no pujar a última hora, cuando observe que el precio de salida lo ha puesto el propio Warhol, quien, con un imperceptible brillo en los ojos, terminará adquiriendo la última obra de su amigo. Pero la estrella de la noche, la que generará una lucha encarnizada será, para sorpresa de todos, la obra homónima de un autor desconocido: L. Burnes, llamada *Mitología de Nueva York*. Nadie podrá apartar los ojos de él en toda la noche, pero Evelyn Rogers es una pujadora experta. Ha decidido regalárselo por Navidad a su hijo, aunque este terminará rogándole que encuentre para él un lugar en su casa, donde estará más seguro. Solo comprenderá hasta qué punto su madre se ha enamorado cuando le anuncie que estará perfecto sobre su piano de cola. Tony Newman se sorprende al entrar en la sala de subastas y encontrarse a Dan Rogers en

compañía de su madre. —Creí entender que este era un caso en el que querías permanecer encubierto —le dice el magnate con severidad. —¿Y entonces cómo se te ocurre enviarle una invitación también a ella? —le contesta Dan Rogers, igualmente ofuscado. Ambos se observan con una tensión contenida y luego miran a su alrededor. Imposible saber si están siendo observados. Si no han sido ni uno ni otro... ¿es una simple casualidad? Tony Newman da un beso en la mejilla a la señora Rogers y esta le ruega que los acompañe a cenar si iba a hacerlo solo. Luego los tres abandonan la sala y el cuadro adquirido pasa a ser embalado con el resto de las piezas que serán almacenadas en una caja fuerte hasta que más tarde Tony se ofrezca para transportarlo él mismo hasta la casa de los Hamptons. Sería una pena desaprovechar un solo día sin disfrutarlo, dice el magnate, algo con lo que Evelyn Rogers no puede estar más de acuerdo. El chofer de Tony los conduce a un muelle de la zona oeste, hasta el Water Club, un restaurante flotante no demasiado ostentoso al que Tony solía acudir con amigos solo para saborear su *lobster bisque*. La señora Rogers está muy animada después de su nueva adquisición. Durante la cena hablan de arte o eso piensa ella. Para Dan Rogers y Tony Newman, la conversación entrelíneas trata de sangre. Cuando terminan, el chofer de Tony Newman acompaña a la señora Rogers hasta su apartamento del Upper East, a tan solo unas calles del apartamento de la identidad ficticia de su hijo, Hermann Oza. Es demasiado tarde para conducir hasta Long Island y el magnate se ha prestado a llevar el cuadro él mismo a la mañana siguiente. Tony le pregunta a Dan Rogers si está de humor para una partida. Según sus informaciones se está jugando en la trastienda de la sala de subastas, en ese mismo momento. Algunos de los compradores se jugarían sus adquisiciones allí, una segunda oportunidad para los que no eran tan buenos en las pujas como en las apuestas y el escenario perfecto para la actividad de los Hijos del Azar. Antes de llegar, beben mucho en el bar del restaurante. Beben tanto, que ni uno ni otro recordará al día siguiente mucho más que el camarero comprensivo con pajarita que les servía el whisky, los dos tipos duros que cacareaban junto a dos rubias gemelas. Las lentejuelas del vestido de una de ellas. La moqueta verde sobre la que se cayó Dan Rogers al salir ante las estrepitosas risas de su amigo. Y más tarde, la sala blanca de la galería y la coca extendida en perfectas hileras sobre la mesa. Una mano de cartas que sujetaban diez dedos de uñas color berenjena. Un caniche gigante dormido

junto a unos pies que se habían descalzado unas sandalias. Una melena del color del algodón de azúcar.

Demo version limitation Demo version limitation Demo version limitation
CUARTA PARTE *New York City is the place where they said: Hey babe, take a walk on the wild side.* LOU REED

En el Black Jack, las cartas repartidas son el pasado. Las que están aún en la baraja son el futuro. Una y otra y otra y otra... en mi historia, todas las cartas se habían repartido ya varias veces. Todo había transcurrido. Todo aquello que transcurriría. Mi vida, un vía crucis con un puñado de estaciones marcadas, escritas, por las que he de pasar, irremediablemente, por las que he pasado ya, muchas veces. Pero entre una y otra puedo variar las rutas: escoger ir campo a través, por la carretera o por caminos de tierra secundarios. Esa es la parte no escrita. Esa es la parte del camino que estoy compartiendo contigo. Sin embargo, tome la ruta que tome, no varía lo esencial: el tener que pasar por esos mojones del camino. Por esos episodios escritos por mi creador como en una santa Biblia. Lo he intentado todo para que tan solo una de esas piedras cambiara de lugar, desapareciera incluso, pero no se han movido ni un centímetro. Sin embargo, de acuerdo con las estrategias del Black Jack, tendría que haberlo conseguido. Un contador de cartas experto como yo sabe cómo reducir la ventaja de la casa. Mi objetivo siempre fue «ganar al casino».

En tu lenguaje: ganarle a Dios la partida. Seguro que tú también lo has pensado alguna vez. Al menos, en cómo ganársela al destino. Fue en Roosevelt Island cuando entendí que siempre estaría solo. Que siempre lo había estado y que no había estrategia conocida para evitar que, terminada la lectura de Laura, mi historia entera comenzara de nuevo. Fui consciente de que ya había caminado antes por los mismos acontecimientos sin recordarlo. Una y otra vez. ¿Pero por qué había olvidado? ¿Por qué fui dejándome migas de pan por si olvidaba alguna vez? Ahora cuento con todas esas respuestas. Y una de ellas estaba oculta en lo que la vendedora de la librería le dijo a Laura cuando compró de nuevo la novela y que solo entonces recordé con la debida atención: *Mitología de Nueva York* ya había sido publicada unos tres años antes de que Laura lo leyera. Pero el libro no tuvo entonces demasiado éxito y fue descatalogado a los tres años de su salida. Laura lo había encontrado por casualidad en una librería de segunda mano y ella fue la lectora que, por su

fuerza, por su forma de obsesionarse con la historia, consiguió abrirme los ojos de nuevo al *otro lado*. Por eso ha llegado el momento de que te hable de una de mis más terribles teorías: el ficcionicidio. Esto supone para nosotros «morir de olvido». La enfermedad del olvido es una muerte lenta y triste, como si el mundo entero hubiera enfermado de Alzheimer y empezara a olvidarse de sí mismo. Dejas, como personaje, de ser leído. No puedo evitar estremecerme con solo hablarte de ello. El primer síntoma de que este proceso ha comenzado es que empiezas a perder las referencias temporales. Sientes como, uno por uno, te vas borrando de la mente de los lectores que te han acompañado hasta entonces y llega un momento en que casi no queda ni rastro de ti en ninguno de ellos. Pero lo más alarmante es cuando empieza a ocurrir lo mismo con el paisaje que te rodea: recuerdo cómo por momentos se disipaba el muelle 1 y no podía encontrar la escalera de mi casa. El libro es retirado a un almacén, es arrinconado en el anaquel de una biblioteca, empieza a enterrarse en polvo y se produce el desastre. Llega el ficcionicidio, la muerte masiva de los personajes. Un letargo en el que puedes quedar atrapado años o meses o toda la eternidad. A partir de ese momento es cuestión de tiempo. Depende solo de la velocidad con la que te olviden. Pero puede ocurrir un milagro: que alguien lo rescate de una estantería o, incluso, una reedición. Es cierto que la lectura de algunos editores no tiene fuerza ni para abrirte los ojos, pero sale a la venta y entonces alguien coge de nuevo un ejemplar en sus manos y empieza a pasar las páginas con una nueva intensidad. Y es como si te hubieran conectado a un suero mágico. Absolutamente maravilloso. Cientos de memorias te inyectan de nuevo la vida. De repente tu mundo empieza a girar con fuerza y, aunque aún amnésico, te alimentas de todos esos lectores o de uno solo cuya intensidad, como la de Laura, te devuelva la consciencia y la memoria. La vida se pone de nuevo en movimiento: el césped crece, la lluvia que se había quedado suspendida como cuentas de un collar a un palmo del pavimento, se derrama por fin, y la sangre vuelve a regar con esfuerzo tu cabeza, tus extremidades, hasta hacerte correr de nuevo de capítulo en capítulo. Por eso quiero darte las gracias. Aunque cada página que pasas sea una carta que me repartes, a pesar de que cada vez estoy más cerca de perder la partida y te encamines, por lo que veo, con paso firme hacia la página 418. Que no se diga que no te lo advertí. Aun así, como ya estamos cerca, quiero darte las gracias. Por tus transfusiones de atención desinteresadas. Por lo que

pueda pasar. Ojalá me escuches.

LA CRUPIER

Lo cierto es que si fuera Abbott, con los datos sueltos que fui averiguando sobre ella a través de sus conversaciones, sus notas y sus sueños, ya me sentiría más que autorizado para convertirme en el narrador de su vida. Así que jugaré a ser el escritor, por un rato: Laura era camarera en una ciudad caótica de algún país europeo y lo más artístico en lo que había llegado a invertir su carrera de Bellas Artes era en pintar figuritas de porcelana en serie para unos grandes almacenes. Por aquel entonces era una chica ensimismada que leía a escondidas en el trabajo y que pintaba paisajes de la ciudad de sus sueños en sus ratos libres y también a escondidas, para evitar las mofas de ese tiparraco al que llamaba su pareja: un macarra que la infravaloraba y que le hacía afear su cuerpo aniñado con pantalones de pinza y camisas amplias que no se entallaban a su cintura. Sin embargo, el primer día que la vi durante una monumental borrachera, quedé atrapado por su cara de muñeca, el pelo color cacao claro de los que alguna vez fueron rubios, sus ojos, su verdad, su inocencia. Había tenido muchos sueños, pero ninguno se había cumplido. Y eso que su mitomanía no encontraba límites cuando se trataba de intentar hacerlos realidad. A los dieciocho se obsesionó con John Bon Jovi. Como sus padres vivían en un pueblo perdido del norte y nunca entendieron que quisiera seguir a aquel melenas de concierto en concierto, se inventaba que lo hacía, y al volver de vacaciones relataba a sus compañeras de clase con todo lujo de detalles sus encuentros con el cantante. Lo mismo ocurrió a los veintiocho cuando vio a Tom Cruise encarnando al malvado vampiro Lestat. Solo que en aquel momento sí contaba con unos ahorros que gastó sin pestañear en seguirle por varios países europeos durante la gira promocional de la película ante el asombro de sus amigos. Había leído mucho sobre vampiros y soñaba con la idea de que aquellas criaturas de la noche eran muy capaces de vivir camuflando su verdadera naturaleza con el disfraz de frívolos actores de Hollywood. Era el plan perfecto. Por aquel entonces fantaseaba con la idea de convertirse en uno más de ese clan de interesantes y elitistas chupasangres. Y ahora Laura tenía otro sueño. Uno que soñaba sobre los lienzos que no conseguía vender y que se almacenaban cara a la pared en su dormitorio. Laura quería conocer Nueva York. Así que, como no tenía dinero para viajar,

supe cómo comenzó leyéndose todas las novelas de Paul Auster, luego vio una y otra vez la filmografía completa de Woody Allen y acabó volviéndose «adicta», palabras textuales del hijoputa aquel de su novio, a la serie *Sexo en Nueva York*. Todo ello acabó conformando en su mente una imagen, la de una ciudad mágica, un lugar donde reinventarse de nuevo, una última esperanza. A partir de entonces trabajó sin descanso en lugares que aborrecía con la mirada puesta en un solo momento. Cuando cogiera ese avión hacia la ciudad de las maravillas. Y por fin llegó el día en que consiguió reunir el dinero suficiente para hacer un viaje de dos semanas hasta su sueño y se compró un último libro para que la acompañara en esta aventura: *Mitología de Nueva York*, de un tal Benedict Abbott. Un libro que su frágil alma convirtió en el caleidoscopio de sus fantasías adultas. Poco a poco comenzaría a destinar emociones como otras veces, por naturaleza tan solo trasferibles a un ser humano, hacia el protagonista del libro. Como si fuera un ser real. Incluso, llegó a sentir que traicionaba con ello al otro hombre. Poco a poco, dibujó en su mente un mapa de la ciudad de Abbott a partir de aquello que iba leyendo, decidiendo las rutas que tomaría, los lugares que visitaría, las personas a las que, sin duda, iba a conocer. Y, por supuesto, decidió buscar a Benedict Abbott, el hombre que había sido capaz de engendrar un universo tan oscuro como apasionante y un héroe con el que sentía una afinidad que no había sentido hasta entonces con ningún ser humano. Y ya no pudo frenar su carrera. Ya no pudo volverse atrás. Se dedicó a pintar pistas de despegue en todas las páginas de su agenda. Solo quedaba una salida, pensó: otra historia. Otra vida. La existencia era demasiado corta. El miedo era un lujo que no podía permitirse sin perder el tiempo. Basta de una vida de plazos aplazados. Basta de fantasías rotas. Basta, se dijo un día mirando el último extracto de su cuenta bancaria: vamos a marcharnos. Vamos a cambiar de vida. Necesitas vivir esto, Laura, vete, se dijo. En unas semanas podría llegar a un nuevo mundo donde sus frustraciones ya no tendrían sentido. Gente nueva. Voces con las que no se comunicaría a la primera. Y miraría el horizonte y sabría que estaba sola, pero libre. Por fin, llegó el día. Viajó a Nueva York sí, pero a una ciudad que de pronto no reconocería. Incapaz de aceptar que su tierra prometida no existía más que en su cabeza y en un puñado de desbaratadas y utópicas ficciones, mientras avanzaba por la novela iría fundiendo poco a poco los episodios de esta con la ciudad, para evitar una vez más el desencanto. Acomodando la realidad con la

ficción para construir un universo de verdades a medias por donde pasear. Una gran mentira piadosa. Pero, en este caso, la maquinaria de la Ciudad Ficción se puso en marcha para facilitarle las cosas. Y quizá quiso evitarle también el desencanto dejando que permeara algo de aquella ficción en las calles que Laura pisaba, como por una imprevisible gotera. El asesinato de una mujer en su apartamento cerca de Central Park, tan exacto al crimen del la *Venus del espejo* de la novela que Laura leía, marcó el pistoletazo de salida de otra historia. Porque quizás ella era la única persona que en aquel momento era consciente de la vinculación entre los dos sucesos. Lo más emocionante que sin duda Laura había vivido. Tanto que se vio desbordada y decidió huir. Pero ya era tarde. La Ciudad Ficción había dado con ella. Incluso perder el avión de vuelta fue asumido por nuestra heroína como una señal de que debía quedarse. La imposibilidad de volver a aquella vida que dejó atrás la convenció de que sin duda ahora tenía una gran responsabilidad, de que aquello era un vaticinio de que la ciudad aún le guardaba alguna sorpresa. Y, en realidad y después de todo, así era. Pero no termina de esta forma la breve historia de Laura. Esta es solo su trama hasta el momento. Laura era una carta nueva que se había introducido y mezclado de forma incomprensible en mi baraja, sin que Abbott hubiera podido controlarlo. Esa era su historia hasta entonces, es cierto, hasta el momento en que perdió el avión y tuvo que pedir un día más en el pequeño hotel de Gramercy Park, sabiendo que solo le quedaba dinero para otra noche y que tendría que buscar la forma de comprar otro billete de vuelta. Aquella mañana me fui a Gramercy, enfrente de su hotel, a esperar a que se despertara. Era lunes y faltaba una semana para que se cumpliera el ultimátum dado por Manfredi. Por alguna extraña razón, desde que yo había descubierto que era el hombre invisible, únicamente me calmaba la ilusión de tenerla cerca. Me calmaba, sí, porque no podía dejar de pensar en la conversación con Tony, no podía dejar de sentir aquella desconfianza nueva hacia Ronald, la necesidad urgente de proteger a los míos, la inquietante presencia de Elías en mi vida. Sentía la angustiada necesidad de tenerla, todo lo cerca que podía estar. Verme así y cuidando de una chica así, no le habría disgustado a mi madre, pensaba en ocasiones. Más bien, no lo habría creído. Cuando llegué al parque me senté en un banco y contemplé el edificio que en mi Nueva York no era desde luego un hotel, sino una casa antigua y lujosa en cuyo portal indicaba el número 225 de la 17 street. En un banco cercano, unos *homeless* se repartían tetrabriks de

alcohol y, frente a la casa, una pareja en un coche parecía estar montando guardia mientras sorbían con dificultad un café demasiado caliente. No parecían pareja, pensé. Fantaseé con la posibilidad de que estuvieran esperando al amante del marido de ella, o de la mujer de él, pero, después de un rato, bajó las escaleras una pareja de ancianos y entonces arrancaron el coche y se fueron. Al rato, cuando los mendigos se habían ido, advertí que una de las cajas que habían amontonado se movía como un gran huevo del que fuera a salir un nuevo ser. Al rato se abrió y efectivamente salió de ella un tipo negro con aspecto de haber estado durmiendo dentro. Era joven y de aire despreocupado. Vestía deportivo, como uno de estos chicos del *hood*. Salió de la caja, estiró un poco los músculos como antes de un entrenamiento y se fue caminando mientras botaba su balón, como si estuviera preparado para encestar en cualquier esquina. Solo paraba de cuando en cuando para hacer un grafiti. Cuando pasó a mi lado nos miramos como si solo él y yo supiéramos que en pocos años se convertiría en un gran pintor. Aun recuerdo el que dibujó en la pared del número 225, decía: *The whole livery line*

*Bow like this with
the big money all*

crushed into these feet Entonces vi a Laura bajar las escaleras de su hotel. Esta vez tan diáfana que pareció cruzarse, incluso esquivar, al grafitero. Se había comprado el periódico y llevaba de nuevo su antiguo libro lleno de marcas y anotaciones. Parecía distinta. Ahora mi Laura ya no era la que vi en mi delirium trémens por primera vez: estaba mucho más flaca, vestía el uniforme de la ciudad, el negro, y una nueva languidez en sus andares le hacía juego con las ojeras. También parecía algo más tranquila que la noche anterior. Comprendía que todo lo que estaba pasando la tuviera sugestionada, pero no tenía por qué haber una relación directa entre el asesinato de la novela y el de Central Park. Nueva York estaba lleno de majaras dentro y fuera de la ficción y en ellos también funcionaba el subconsciente colectivo y las simples casualidades. Se sentó en un banco justo enfrente de donde yo estaba, abrió el periódico y buscó una página concreta. En ella se daban detalles del asesinato de Central Park. Entonces empezó a subrayar algunas líneas del artículo y después abrió el libro e hizo lo mismo. De cuando en cuando se pellizcaba la cara hasta hacerse sangre. Sus mejillas estaban ahora llenas de excemas y parecía presa de una gran ansiedad. Luego empezó a señalar anuncios.

También sacó de su bolso de piel negra un paquete de lucky strike, extrajo un cigarrillo con dos toquecitos expertos y lo encendió. Mi antigua Laura tampoco fumaba antes de desayunar. No pude resistirlo y caminé hasta ella. Me senté a su lado. No sé si por sugestión, pero llegó hasta mí una ráfaga de un perfume fuerte que me pareció familiar mezclado con el humo del cigarrillo. Rodeaba anuncios con un bolígrafo y la aplicación de una niña en su cuaderno de caligrafías. Un par de mesas redondas en la sección de actos literarios y otro par de anuncios de trabajo. Bueno, aquello parecía más realista. Solo trataba de juntar el dinero para poder volver a casa, me tranquilicé, enternecido. Casi orgulloso. La disfruté despacio. Acerqué mis labios a su cuello como si pudiera rozarla. Entonces alzó la mirada y quedó unos segundos con el mentón alto como si algo la distrajera. Luego se frotó el cuello con los dedos y a mí se me paró el pulso. ¿Me habría sentido? ¿Lo había hecho? Puede que fuera yo, ahora, el que estuviera perdiendo la cordura. Cuando me quise dar cuenta había delante de mí dos mocosos de no más de cinco años observándome con la atención desmedida de quien no entiende, sin duda admirados por mi extraña postura, como si fuera a besar el aire. Uno de ellos se limitó a girar el dedo sobre su sien como si pretendiera apretarse el tornillo que a mí sin duda me faltaba. No fuera a ser, pensaría el jodido microbio, que se convirtiera con el tiempo en un adulto parecido al que yo era. Cuando volví a mirarla, ya se había levantado y caminaba resuelta por una de las calles que salían de la plaza. Eché a correr tras ella. Se paraba de tanto en tanto para reconocer en un mapa medio roto los nombres de las calles, como si intentara grabar la ruta en su memoria. Bajó por la Segunda Avenida y empezó a cruzar el East Village. Cuando llegó a Houston se detuvo y consultó el mapa de nuevo. Se acercó a un viejo de barba nívea, cargado con un carrito de metal lleno de latas de refresco vacías y le preguntó en un inglés demasiado académico dónde estaba el Lower East. Él pareció no entenderla a la primera, pero, después de tres intentos, la observó con una sonrisa sentimental: ¿El Lower East Side?, le preguntó, bueno, *sweetheart*, el Lower East Side es un estado mental. Sonreí. No le faltaba razón al viejo, aunque lo cierto era que su puerta de entrada la marcaba, manzana arriba manzana abajo, el *Blue Moon Hotel* o «la luna del East Side», como solían llamarla los bohemios del barrio. Nos adentramos juntos por las calles de ladrillo rojo como si fuéramos una pareja más, paseando después de desayunar. Cruzamos Houston con su

infatigable Katz atiborrado de salamis colgantes. Me gustaba aquel antro porque adoraba regar el sándwich de pastrami con una *Katz Ale*, porque el suelo estaba siempre espolvoreado con serrín aunque no lloviera para evitar los patinazos con la grasa que escurría de las longanizas y porque, de cuando en cuando, su simpática camarera fingía un orgasmo con su compañero de barra, para deleite de los habituales. Y allí fue a parar Laura, solo que el interior estaba atestado de turistas y las paredes, de fotos de famosos: desde Giuliani hasta Tom Cruise. Ella fue a sentarse bajo la sonrisa excesiva de su ex ídolo, pero luego le dio la espalda y se acomodó bajo el rostro ceñudo de Clint Eastwood. Yo solo reconocí la mullida alfombra de serrín en el suelo y el olor a fiambre. Cuando Laura preguntó por el encargado, éste le hizo un par de preguntas y le sirvió una montaña de pastrami entre dos láminas de pan. Sentada en una mesa esperó, mientras comía, ante la atenta mirada de los camareros. Si no te gusta el pastrami como para engullir una montaña no puedes trabajar en Katz, pensé. Ánimo cariño, me dio tiempo a decirle, antes de que sacara el libro y comenzara a leer de nuevo arrastrándome, sin remedio y para mi desgracia, a la peor zona de Brooklyn:

AL SALIR DEL METRO SE FIJA EN LAS CONMEMORACIONES DE los caídos en la guerra callejera. Los grandes grafiti exhiben sus rostros ahora convertidos en héroes de cómic. Pobre del que intente borrarlos de la pared, ese no vivirá para contarlo. En un barrio como este barrio no existen los camiones de limpieza. Este es el *hood*. Si no sabes moverte por el *hood* mejor no entrar. Lo primero que debes aprender es educación: que un coche frena aunque no haya pasos de peatones para que cruce un *hermano*. Nunca se mete prisa a un hermano o te quedas sin coche o sin sesos. Dan Rogers camina atravesando una manzana de viviendas públicas. Una hilera de edificios altos de ladrillo con muchas ventanas, escuelas con detectores de metales a la entrada y cámaras de seguridad enjauladas en las esquinas. Es extraño que Ronald lo haya citado en un lugar como este, conociendo su celo, sus tendencias paranoicas. Incluso es extraño que la policía se aventure por estas calles. Desde luego Bushwick era, de lo cutre, lo peor. Uno de esos lugares en los que me daban ganas de hacer un juramento en *hip hop* en cualquiera de los cientos de iglesias que se amontonaban en sus callejones sin salida. Hay una norma para sobrevivir en Nueva York: cuantas más iglesias juntas veas, más

chungo es el barrio. Y en Bushwick había más que tiendas de ultramarinos: *Christ Chosen Church*, con sus cierres metálicos rojos; *Iglesia Cristiana La Hermosa*, decorada con girasoles de plástico; *American come to god evangelistic church*, o la *Funeraria Hermanos Donelly*, que supuse que tendría más tránsito que la Estación Central a las seis de la tarde. Ronald me había citado en un edificio de Fulton Street. No me había especificado si la cita tenía que ver con el caso, pero por la urgencia de su voz, tenía toda la pinta. La calle Fulton tenía sus peculiaridades: estaba llena de guardias de tráfico aficionados —tipos que te indicaban cómo aparcar por un módico precio que siempre convenía pagar—, luego estaban las decenas de cabinas públicas, prácticamente una por esquina, y en cada una de ellas había apostado un tipo que no marcaba ni hablaba durante horas. Eran puestos vigía. Vendedores de heroína que convivían con los llamados «*sosials*» porque era el cuchicheo que escuchabas al pasar: «*sosial*», «*sosial*»... como si estuvieras rodeado de serpientes de cascabel: por cuatrocientos dólares podías comprarle a uno de esos tipos una nueva identidad —*un nuevo social security number*— por lo general de un muerto u ocasionalmente de un vivo que no pudiera trabajar por alguna minusvalía o enfermedad. Todos salían ganando: tú podías trabajar en la Ciudad Ficción y cotizabas en nombre de otro que no podía. Así funcionaba el trueque de la vida. Así eran las cosas. A Laura pareció interesarle este detalle porque lo rodeó con uno de sus expresivos redondeles de bolígrafo, produciéndome de nuevo un intenso malestar. ¿Es que no se le podía enseñar nada? Localicé el edificio, para mi asombro, sin problemas, ya que recordé que había estado un tiempo atrás al terminar aquella primera partida con Manfredi, arrastrado por un degenerado que perdió a rodajas una falange de un dedo y al que le iban ciertos juegucitos morbosos. Obviamente, se confundió conmigo. Me preguntó si me apetecía una experiencia única, y yo, gracias a mi olfato para los zumbados, me negué a entrar. Fue Tony el que, al contárselo un par de días después, me sacó de dudas. Qué hijo de puta, susurró su voz oscura, qué grandísimo hijo de puta, qué pederasta de mierda...

Al final de la calle, debajo del puente, ya relumbraba la hoguera azul de los coches de policía. Cuando llegué al portal incluso me pareció escuchar la voz de Eric Clapton cantando *Huchi huchi mama*, cuando vi salir a dos de ellas, quiero decir dos *huchis* de manual, cogidas de la mano con aprensión por lo que sin duda habían presenciado en el interior. Barry tenía debilidad por

aquellas portorriqueñas y dominicanas de anorak ceñido y tan corto como para enseñar el ombligo en pleno invierno. Así era Erlinda, un cuerpecillo embutido en unos pantalones vaqueros tan apretados como unas mallas de lucha libre, un rostro de niña incrustado en un cuerpo de mujer madura. Había dos vicios que Barry se negaba a admitir: su obsesión sexual por las *Huchis*, que solían devorarle el corazón hasta escupir el hueso, y mi teoría de la querencia del negro americano por el *fried chicken*, cuyo olor me había perseguido desde que salí del metro. Barry no lo admite. Aunque tampoco me lo sabe explicar. Pero ambos somos conscientes de que es así. Quién sabe, a lo mejor es una forma de decir nosotros también somos yanquis porque comemos pollo frito. El escenario en el que ahora me adentraba era un edificio de protección pública que amenazaba ruina. Tenía tablonces en forma de equis en las ventanas pero, aun así y como supe luego, servía de vivienda a decenas de personas que se refugiaban del frío colándose por una trampilla que había en el suelo, por la parte de atrás, oportunamente camuflada por los cubos de basura de los edificios colindantes. Al final de un pasillo en el que hacían percusión las goteras, escuché la voz fatigada de Ronald que hablaba masticando lo que luego identifiqué, después de muchos intentos, como un sándwich de pollo con salsa curry. —Es lo más grotesco que he visto en muchos años, Dan —dijo, y lo dijo sin parar de masticar, casi con fascinación, mientras me tendía su mano manchada de salsa que me limité a responder con una palmada en su espalda. Aun así debía ser impactante si Ronald me había hecho llamar desoyendo las cautelas que normalmente me alejaban de los polis, y si lo acababa de calificar de «grotesco», una palabra que sin duda no estaba en su vocabulario habitual. Entonces llegó un confidente de la zona gay que conocía a la víctima y que, a pesar de no haberlo visto en mi vida, me dio la sensación de haberlo visto muchas veces. Me explicaré, porque es algo que me desquicia de Abbott y que antes, cuando no conocía su tendencia a empachar con sus obsesiones mi vida, me volvía medio loco: y es que este tipo se parecía como una gota de agua a Serpico, que sospechosamente era un clon del amigo mafioso de Donie Brasco y este a su vez al alcalde de *Justicia para todos*. Vaya por el barrio que vaya, aparece o me presentan a un tipo con la cara de Al Pacino. ¿Y por qué? ¿Quizás porque el bueno de Abbott es incapaz de imaginar un italoamericano carismático que no tenga su jeta? Bingo. Hasta que supe ciertas cosas, te aseguro que era altamente

desconcertante. En fin, que este nuevo gemelo de Al Pacino me fue presentado como Jake, y era un confidente de la zona gay. Al parecer había compartido cama con el muerto, un juez de prestigio aficionado al juego y, como no podía ser de otra forma, a las obras de arte. —Pero ¿por qué ha aparecido un juez en un lugar así? Esto varía el *modus operandi* de esos hijos de puta. —No tanto —Ronald seguía relamiendo el recuerdo del sándwich—. Este era el lugar donde ciertos hijos de puta hacían *casting* entre los niños sin hogar que se refugiaban aquí, y la obra de arte la llevaba el muerto colgada del cuello. Al Pacino asintió entonces, con la mirada grave: —Era un camafeo inglés del siglo XVIII que perteneció a la reina Victoria —completó Al, contestando a la pregunta que iba a hacer, como si aún recordara el colgante sobre su piel desnuda y yo pensé que ser un soplón de la zona gay sí que tenía que ser una putada. Hubo un silencio. Un silencio imposible en aquel averno de tablas charlatanas que habían aprendido a hablar el idioma de los muertos. —Lo esencial para esos chicos era evitar que el departamento de desalojos supiera que estaban aquí —siguió Pacino, ahora con una llama de indignación en sus ojos oscuros—, lo importante era que nadie los viera entrar o salir, ni dejar basura. Pero alguien debió de conocer su secreto. Que ese infierno estaba habitado. Y quiso sacar tajada de su frío, de su hambre y de su juventud. Me es difícil explicarte la escena que tuve que presenciar a continuación. Desde luego hablaba a gritos de la depravación de aquellos asesinos, pero también de la mente psicopática de Abbott: El pasillo del portal desembocaba en una estancia enorme de la que quedaban trozos de paredes que una vez distribuyeron aquello, como si un gigante las hubiera arrancado a mordiscos. Al final de la sala penetraba un haz de luz natural desde un boquete que había en el techo, como si hubiera sido una chimenea o un conducto para arrojar la basura desde los pisos de arriba. Bajo esta luz blanca, la escena era tan espeluznante como admirable. Debía de haber unos veinte cadáveres desnudos, todos jóvenes, todos en actitud de bacanal con los rostros aterrorizados y los ojos abiertos. La mayoría portaban algún instrumento o estaban heridos por él. Uno rubio se abrazaba a una lira, mientras el que estaba a su lado en postura fetal, parecía taparse los oídos y dejaba entrever una flauta travesera encajada en el ano. Otros tenían las bocas acopladas a cornetas y trombones, muchos de ellos aparecían atravesados por banderas como si hubieran sido colonizados por el horror, sobre sus cabezas exhibían ollas y

cazos como ridículos soldados víctimas de una gran batalla. Otro aparecía a través del parche roto de un gran tambor de concierto. Me acerqué a él tapándome la nariz y la boca. Un pájaro moribundo trataba de salirle sin éxito por la boca, con su último hilo de vida y los ojos luchando por no quedarse para siempre dormidos dentro de aquel espanto. Alcé mi mano para ayudarlo. Ronald me detuvo con una voz. —Jugador —me gritó desde los límites del infierno—. No toques nada y ven aquí. Quiero que me digas si te suena de algo este tipo. Pero yo no podía, no podía dejar de mirarlos, porque sobre los cadáveres asomaban más cadáveres de animales: conejos, pájaros que decoraban las tiernas cabelleras como si fueran tocados o que brotaban desde el interior de sus heridas, de sus genitales. Perros que parecían aparearse sobre las espaldas de los más bellos y, en el centro de esta pesadilla, una silla alta, como la de un socorrista de piscina, Dios sabría cómo había llegado hasta allí, donde aún señalaba el dedo de Ronald. Sobre ella, aún sentada como en un trono, estaba la víctima principal con el rostro cubierto por una careta que simulaba la cabeza de un gran pájaro hambriento: los pies calzados dentro de dos ánforas verdes y los intestinos colgando desde un orificio que había bajo la silla como una especie de gigante orinal. A sus pies, un joven con el pelo largo parecía solicitarle agua con una jarra en la mano. Tenía una flecha clavada en la cabeza y la lengua, sedienta, colgando hacia fuera. La flecha, a su vez, atravesaba un dado de gran tamaño. Fue Jake el encargado de encaramarse al trono para arrancarle su cabeza de ave a aquel desgraciado. Luego lo observó con un carño en mal estado y yo con el asombro de quien reconoce al perdedor de un juego. —Pensé que era abogado —dije aclarando la voz mientras una de sus manos caía balanceándose desde su altar macabro, con el dedo anular rígido, aquel del que aún no había perdido su anillo de casado aunque sí una falange. Sentí vértigo y cerré los ojos. Entonces surgió Laura dentro de ellos, se levantó repentinamente al lavabo y vomitó. No parecía haberle sentado bien el pastrami. O quizás le había llegado el olor. El olor de una carnicería a la que se le hubiera echado el cierre con el género dentro. El olor de una nevera llena a la que se le hubiera ido la luz durante las vacaciones. El de un matadero sin cámaras frigoríficas. Según mis cálculos, este era el crimen número cinco, de los siete que planeaban. Faltarían dos para completar su plan macabro si hacía caso al número de dados que encontró Silvio en aquella guantera. También iba en aumento su espectacularidad y, por

eso, con esta última representación de lo que luego supimos que era *El infierno* de el Bosco, la teoría de Ronald ganaba fuerza. Puede que fuera una la mente criminal que ideaba los asesinatos, pero era del todo imposible que tamaño despliegue fuera obra de un solo par de manos. Ese *gran maestro* manejaba a estas alturas los hilos de muchos implicados. Cuando salí del edificio me costaba coger aire como si mis pulmones se hubieran acostumbrado a aguantar la respiración bajo el agua. Ronald salió detrás y me pidió un cigarrillo. —¿Sabes ya lo de Wanda? —me dijo dejando un rastro oscuro tras la voz. —No, hace tiempo que no hablo con ella —mentí, como le mentiría si me preguntara por Tony, cuya voz me había anunciado que podía conocer el rostro del monstruo capaz de algo como aquello. —Tuvimos que sacarla del basurero y por fin se ha instalado en un piso de Queens —y me pareció que pronunciaba aquel imperativo plural bien alto, para no dejar en el aire ninguna duda—. Sus chicos habían encontrado a un tipo muerto entre la basura y, según dijo, estuvo allí varios días sin que ella lo supiera. Fue una travesura. Los niños iban a verlo como un juego para comprobar cómo se iba pudriendo. Todos los días. —Bueno —le dije—. Un cadáver siempre es un gran acontecimiento, ¿no decís eso los polis? —Ya, pero los de los servicios sociales no opinaron lo mismo y se llevaron a los críos. Después de eso, Wanda no ha querido seguir allí. Luego se giró hacia la puerta del infierno que seguían fotografiando los forenses con deleite. —No os entiendo, chico.

Wanda, Silvio, Barry, pensáis que estáis fuera de la norma por el hecho de colaborar conmigo de una forma, digamos, informal. Y vais por libre. Wanda y su poblado de menores, Silvio y sus tejemanajes con la mafia, tú jugando a ser el gran magnate de las subastas. Y esto se nos está yendo de las manos, Dan —continuó sin un asomo de vergüenza en la voz. —Ya lo veo —respondí sin importarme ya lo que pensara sobre mí. Imaginando el dolor de Wanda. La tristeza infinita de Wanda. —Nuestra gran oportunidad será cuando vayan a por ti. Tenemos que echarles el lazo, hijo, hay que llevar la operación al extremo que sea... —Hazme un favor, Ronald —le interrumpí con asco—.

Ahórrate los discursos conmigo. Qué iba a contarme ahora, pensé. De qué nueva forma me pondría en riesgo. No tenía que convencerme. Ya había ido mucho más lejos de lo que nunca me pedirían, y yo solito. Ya estaba sirviendo de cebo humano para los monstruos más degenerados que conocería la Ciudad Ficción y ni siquiera me daba las gracias, ni podía protegerme, es más, me

ocultaba información, me decía que el caso iba bien para que no lo dejara, cuando yo sabía que ni siquiera habían conseguido localizar aquella llamada.

Me decía que todo iba bien cuando se sucedían los asesinatos ante nuestra mirada atónita. No tenían nada. Y ahora se permitía ir de moralista arrebatándole a Wanda sus hijos cuando ella siempre había servido lealmente a sus propósitos. Cuando era lo único que ella le había pedido. Sin defenderla siquiera. Sin molestarse. Sin pringarse, joder. Por primera vez durante esa mañana yo también sentí ganas de vomitar. Me alejaba ya por la calle cuando escuché de nuevo su voz estropeada, gritándome desde el coche: —¡Jugador!, creo que es mejor que seas tú el que hable con ella, porque... porque hace un par de días encontró algo sobre el caso y como está dolida conmigo dijo que solo te lo contaría a ti y porque... —hundió su hocico de oso, ahora sí, y yo temí esa forma de buscar las palabras—, uno de sus chicos está ahí dentro. Y después de encogerse de hombros, gesto que por primera vez resumió su capacidad para la tristeza, cerró la puerta del coche patrulla que se alejó sin armar ruido. Respetando las normas del *hood*. Frenando con cautela cada vez que cruzaba un hermano. No fuera a ser que se metiera en problemas. Esa noche bebí demasiado en un antro de mi barrio después de unas cuantas partidas de aficionados y Byron me despertó a la mañana siguiente frotando su barbilla suave contra la mía para recordarme que seguía vivo. Entre brumas y copas sé que llamé a Tony varias veces pero no hubo respuesta. No podía esperar un día entero. Me sentí incapaz. Por fin, a las tres de la mañana me llegó desde su móvil un extraño mensaje con una foto que no pude llegar a abrir. El texto decía algo que me fue familiar: «Las siete maravillas del mundo».

Demo version limitation Demo version limitation Demo version limitation
Demo version limitation LA CUENTA DEL VEINTIUNO

He tratado inútilmente, muchas veces, de sumar veintiuno antes que el crupier, antes de que lector llegara a juntar los veintiún capítulos de esta novela. El Black Jack es un juego de cartas con un número ilimitado de participantes que apuestan individualmente contra el crupier. El propósito de cada uno de ellos es obtener un puntaje más alto, anticiparse, llegar al veintiuno antes que el repartidor. Es evidente que, una vez más, he perdido. Puedo notarlo en tu mirada. Pero deja que me disculpe al menos, porque de nuevo haya asistido

con perplejidad y dolor al momento en que fui consciente de lo que era. Ha sido un momento de debilidad. Si al menos en mi sombrío destino escrito se hubiera previsto mi redención. Si Abbott me hubiera escrito un final más digno. Ser yo la víctima de mis propios impulsos y no los otros. Acabar pudriéndome en la cárcel. Si hubiera sido así, no estaría condenado. Por qué se me permitía conocer la verdad y salvarme. Vivir en la locura. Vivir con una culpa sin castigo. Vivir. Este es mi destino. Por eso la única oportunidad de redimirme eres tú. ¿Lo entiendes ahora? Intentar protegerte es mi última esperanza. A ti, que aún eres libre. Te lo advertí. De todas las formas posibles, pero has tomado tu decisión. Además, has querido llegar hasta aquí, más allá de donde nunca quiso llegar Laura. No te culpo, pero ahora tendrás que aceptar las consecuencias. Como ves no elegiste una buena compañía. No deberías haberte mezclado en una partida con gentuza como yo. Pero esta es solo mi página 418. Entiendo que no tiene por qué afectarte. Está bien, en serio, no te preocupes. Esta es mi cruz y mi condena. No es asunto tuyo, sin embargo, sí fue el de Laura. Porque todo el mundo cuenta con una página de su biografía que nunca querría que fuera escrita, leída. Yo he llegado a la mía. Esta es de la que me avergüenzo, la que querría arrancar del libro de mis días si pudiera. Sé lo que estarás pensando. Estarás pensando que conocer la verdad sobre mí fue lo que provocó que Laura quisiera alejarse por fin de mi historia. Qué incauto eres. También lo fui yo. Pero no fue la decepción o el miedo lo que la llevó hasta el delirio. No fue así. Descubrió algo más en esas páginas que no pudo sacarse de la cabeza y que también alteró su paz y la misma naturaleza de su mundo para siempre. Por eso no dejé de verla de inmediato aquella noche, porque, a pesar de que no siguiera leyendo, a pesar de que me hubiera convertido en un monstruo a sus ojos, me siguió pensando. No entiendo cómo no recordé entonces una de las normas más importantes del Black Jack: que el repartidor, el crupier, siempre juega el último. Que él es el último en descubrir su carta, una que sin duda aún permanecía boca abajo sobre el tapete desde el comienzo de la partida. Y así fue. Laura no solo repartiría los naipes, sino que entraría, finalmente, en el juego. Esa noche, salí del teatro sin despedirme de mi madre y caminé sonámbulo y aterido de frío hacia Roosevelt Island con la esperanza de despedirme de Laura, de pedirle perdón en silencio aunque no me escuchara. Porque ella era mi última oportunidad. Salvarla a ella era la única esperanza para redimirme. Elías trató

de decírmelo. Por eso escapé a Roosevelt Island también con la necesidad de sentirme a salvo de mí mismo. De apartarme del mundo y de la posibilidad de hacer más daño. Quizás con la esperanza de reunir fuerzas para vencer al destino y acabar con mi vida. Cuando llegué hasta el vértice de césped aún resistía aquella silla, pero Laura... Laura ya se había ido. Quise entonces pensar que aquel acto instintivo de arrojar el libro al río la salvaría a tiempo. Sentado con la mirada vacía frente a mi reino de luces y sombras, pude verla correr a ratos por las calles, casi desfallecer a causa de la falta de sueño, de la fiebre que no la había abandonado desde hacía días, pero antes de que pudiera averiguar sus pretensiones ya estaba allí. Ante la Biblioteca Pública, temblando como un animal herido. Tenía algunos herpes en la boca provocados por la temperatura y el pelo sucio. La ropa estaba sudada de muchos días y sus huesos sobresalían de los hombros como si fuera un perchero. Ni rastro de aquella mujer que había visto en mis sueños, la que me enamoró, la que había llegado arrastrando una maleta coja con los ojos más vivos que había visto jamás. Siempre intuí que te haría daño, Laura, pero juro que nunca imaginé que tanto. Entonces supe lo que buscaba. En los últimos tiempos había vivido obsesionada por una cosa. La misma que me obsesionó a mí y aumentó mi sed de venganza: encontrar a Abbott. Supuse que querría preguntarle. Saber por qué proceso su novela se había colado en la realidad, explicarle que había que detener aquello, que mientras siguiera escribiendo sus enfermizas novelas, todos estarían en peligro. Desde allí, sentado frente a la Ciudad Ficción, con la mirada fija en el agua oscura, pude ver un gran cartel que anunciaba la presencia de Benedict Abbott cuyo último libro por fin había alcanzado la fama y sería presentado por Paul Auster. Tengo que confesarte que yo también tenía ganas de ponerle cara a mi dolor, al miedo, al odio que sentía. Quería confirmar las deformes facciones de mi creador, ese dios de pacotilla al que nunca reconocí como tal. Al que jamás reconocería. Cuando Laura entró en la gran sala, el acto había terminado. Solo un grupo de lectores se arremolinaba alrededor del autor. Cada uno llevaba un libro. Algunos cargaban con dos. Laura se situó en la cola apretando entre sus manos su carpeta de dibujo. A medida que avanzaba, su rostro se volvía más tenso y su sonrisa más fiera, como si ya apenas pudiera ocultar los rasgos de su locura. Hasta que solo quedaron dos personas. Luego una. Y por fin se encontró ante él. Y yo pude verlo a través de sus ojos. Abbott alzó la vista y se encontró

también con el rostro de Laura. Atónita. Perdida en una carcajada que no terminaba de salirle por la boca. Yo tampoco pude apartar mis ojos de él, ni del dado de madera de boj con el que jugaba entre sus dedos, ni del llavero del que colgaba una bola de golf que había sobre la mesa, ni de la mueca gris que adornaba su cara redonda cuando firmaba un libro, ni de aquel gesto, aquel, cuando vio a Laura y atrapó su rostro entre el índice y el pulgar, ese pulgar levemente arqueado hacia atrás, sin duda, una marca de familia. Laura no pudo articular palabra, y yo me negué a creer lo que veían sus ojos. Porque había algo en aquel hombre pequeño y asustadizo, había algo tras sus gafas sucias que me pertenecía. Aquella era también mi mirada. Aquellos eran también mis gestos y me estaban siendo arrebatados. Uno por uno. Como si fuera un puzle feroz. Aquello solo podía significar una cosa. Que el único ser que odiaba más que a mí mismo, el único en el que no querría haber estado nunca inspirado era mi equivalente en el mundo real. Solo recuerdo que caí de rodillas sobre el barro donde la corriente bajaba rabiosa y me miré en un charco. Me miré y rechacé todo rasgo de mi rostro que se parecía al suyo. Lentamente. Y, con el garabato que quedó de mi cara tras esa operación, traté de conservarlo en mi memoria como ese pequeño y plano reducto de mí mismo que quería recordar. Y por primera vez rompí a llorar. Aunque Abbott me hubiera creado sin esa capacidad, lloré. Mi primer acto de libertad. De rebeldía. Pero Laura no, ella continuó inmóvil frente a él. Le observó con una intensidad que en breve a Abbott le fue insoportable y entonces le preguntó, titubeante, si quería que le firmara el libro. Ella asintió y, muy lentamente, abrió su carpeta de dibujo y extrajo con ceremonia dos acrílicos, aquellos que nunca miraba, las dos últimas cartas que se había reservado boca abajo. Sus dos obras maestras. Unos dibujos inundados de bermellones y púrpuras. Ante la mirada tirante de Abbott, mi crupier, con la voz tiritando consiguió decir: «Es un regalo. La Ciudad Ficción ya es verdad. La he hecho realidad para ti». Descubrió el primero boca arriba sobre la mesa: un dibujo que realizó en la habitación de un hotel, después de que entablara conversación con una mujer que paseaba un caniche blanco por la 5ª Avenida, una descripción que le encajó lo suficiente como para pedirle que fuera su próxima modelo, y consiguiera así quedarse a solas con ella. Los rojos inundaban el pelaje blanco del perro, el cuerpo desnudo y lívido de espaldas, su boca rígida sujetando un dado entre los labios. Y Abbott, sin moverse siquiera, sin poder evitarlo,

contempló tras sus gafas cómo la crupier descubría su última carta, un dibujo en el que aparecía un cuerpo muerto con una corona de cartón, desangrado y atado sobre su cama. Un hombre al que quizás siguió cuando fue a recoger su agenda al hotel donde habían pasado la noche juntos y no la encontró. Un hombre al que pudo seguir hasta su casa para hacer realidad sus delirantes fantasías y matar por segunda vez. Laura compartió con Abbott el relato en imágenes de aquellas ausencias tuyas que tanto me angustiaron y que ahora recogían los periódicos. Pasó entonces por mi mente la noche en que trató de escapar, su ropa lavada y colgada por todas partes, la mañana de Coney Island después de leer el asesinato de Tony en la que, sin duda, había seguido a aquel desgraciado hasta su casa con la excusa de devolverle su agenda y pedirle disculpas, para luego asestarle una puñalada en el corazón, la primera de muchas más, y recrear la escena de *El Cristo* de Dalí con todo el perfeccionismo de que era capaz. Tuvo que estar horas encerrada con su cadáver para poder pintarlo con aquel detalle... Pero qué has hecho, Laura, la vida no es una novela, Laura. Tú, que eras libre, por qué te sometiste a mi destino. Abbott la observó sin articular palabra y, cuando por fin se levantó, fue alejándose paso a paso de ella, de mí, como hacía con cada uno de sus personajes. La abandonó a su suerte, sin futuro, sin importarle, hasta que, sin dejar de vigilarla y con la mirada fija en aquellos dibujos, se dejó engullir por una nube de periodistas. Aún no puedo creerlo y ya hace tanto tiempo... Aquella fue la última madrugada que la vi. En la última imagen que conservo de ella, estaba sentada en el South Cove con su portafolio sobre las rodillas, en el lugar donde ojalá nunca nos hubiéramos conocido. Con la mirada tonta y de pronto esperanzada, después de escoltar el agua durante interminables horas. Con el gesto dislocado por el delirio se deshizo, uno a uno, de todos sus paisajes neoyorquinos, de aquellas escenas de mi vida que nunca debieron escribirse, de aquellas otras que ahora pertenecían a la tuya y que la inculparían sin remedio. Las observó alejarse flotando sobre el agua, como si fueran espejos cóncavos coloreados que reflejaran una versión grotesca de la ciudad. Solo conservó un último trozo de lienzo blanco. Uno cuadrado donde empezó a extender con angustia, con desesperación, la masa anaranjada de colores que empezaba a aparecer en el horizonte. Poco a poco, sobre el blanco emergió un perfil de la *skyline* del que se desprendían colores irracionales. Una confabulación de tinturas que reconocí y que parecían haberse aliado para

atrapar las distintas luces de la ciudad a lo largo del día. Nunca había visto algo tan bello. La observé recorrerlo, con un orden y una fascinación que me recordaron a mi madre: empezando por la izquierda, donde le sobrecogió una forma geométrica de color índigo con tanta pintura que parecía un bajorrelieve. Luego, al aproximarse al puente, reconocí esa mancha que iba transformándose en un turquesa, luego verde río, glauco, verde bronce, que acababa degradándose hasta un ocre que atardecía en el centro del cuadro. Aquel lienzo recogía tonalidades que solo había visto en su imaginación. Que solo había leído. Aquel cuadro por fin era real, existía. Laura levantó ante sus ojos el lienzo, hasta que lo sobrepuso a la realidad. Finalmente lo apoyó en el banco y escribió:

MITOLOGÍA DE NUEVA YORK, N. Y, 2004. Sus ojos se quedaron detenidos intentando soportar el peso de la evidencia y de las lágrimas. Sus ojos oscuros, rígidos, como si escoltaran la mirada del siguiente jugador. Pero ya no quedaban más cartas. Y ella lo supo en ese mismo momento. Laura había hecho su juego, el que sin duda acababa de perder. Por eso no pudo dejar de mirar aquella, su gran obra, antes de escribir, casi a arañazos, su firma: L. Burnes. Nombre, rúbrica, certidumbre que repitió, una y otra vez, en un susurro: «L. Burnes, L. Burnes», dijo de nuevo, muchas veces hasta que se atrevió a pronunciarlo por primera vez completo: Laura Burnes. Y lo siguió repitiendo despacio, mudamente como un rezo, durante toda esa tarde. Aquellas siglas que eran las suyas, las que había pronunciado Ronald al anunciar el robo, mi madre en la subasta, su nombre, su propio nombre, el que leyó de pronto en un libro, como yo aquel día el mío en el desfile de los veteranos, sin entender cómo ni por qué proceso se había colado allí, o si era una simple coincidencia, pero que comenzó a obsesionarla, sintiéndose protagonista por primera vez de una historia, de la novela de su vida, esa novela que quiso arrojar a las profundidades del río para evitar volverse loca cuando ya era tarde. La Ciudad Ficción había calmado su apetito. Ya tenía un nuevo personaje. Así era ahora su mundo y no cabía darle más vueltas. Así es nuestro mundo, Laura, le dije intentando encontrar en mi alma de monstruo algo de ternura hacia otro monstruo, mientras amanecía de nuevo y ella se difuminaba ya, en colores planos, por las calles de la Ciudad Ficción, con los tobillos flojos y una extraña sonrisa colgada en la boca. Tan perdida como

todo el que camina demasiado tiempo por las ciénagas de la fantasía. Una vez pensé que había visto el Más Allá. Luego di un paso y llegué hasta ti, y ahora eres tú quien termina el libro que sin duda nos contiene. A Laura. Y a mí. Solo espero, solo deseo sinceramente que tú sí vivas en un mundo cierto. Que seas la última parada de la Ficción... No creas que no soy consciente de que, después de lo que sabes de mí, después de leer mi página 418, estarás deseando perderme de vista. Pero, antes de que termines, no puedo evitar expresarte en alto una duda, un temor que ha estado atenazándome la lengua durante los días que hemos pasado juntos, el verdadero motivo de que decidiera empezar a hablarte: Ojalá que esto no sea una sucesión de ficciones encerradas unas dentro de otras. Una sucesión infinita de muñecas *matrioskas*. Ojalá. Ojalá que hayas escuchado mi relato sobre Laura, oh dios, ojalá que no haya en el mundo más Lauras, ni tú seas una de ellas. Ojalá que mi relato haya frenado en algún momento tu confusión. Algún instante en que te hayas planteado dónde terminaba esta novela y comenzaba tu propia vida. Esta es mi única redención. También quiero disculparme. Siento haberte hecho esto. Créeme que lo siento. Porque ahora, te costará más confiar en los otros. Incluso en algún momento te pondrás a ti mismo en duda. Porque un día, cuando viajes a Nueva York, quizás contemples un amanecer que de pronto te parezca algo artificial. Quizás, sin saber por qué, no te convenzan sus colores y, entonces, puede que te plantees por primera vez si hay una página de tu historia que no te gustaría que nadie leyera. Entonces y solo entonces, te asaltará por primera vez el temor de que ya sea tarde, de que hayas hecho algo irreversible y pudiera estar a la vista de todo el mundo. Quizás corras al espejo y compruebes que tu cara haya dejado de resultarte tan humana, reconocible, y recordarás cada una de las pesadillas que algún día temiste que se hicieran realidad. Entonces y solo entonces, quizás te acuerdes de nuevo de mí. Puede que incluso tengas aún esta novela abierta sobre tus manos. Este libro que ahora sujetas con el pulgar pegado a la página 437 cuyas líneas puedo leer ahora, nítidamente, así como la cicatriz imperceptible que cruza tu pulgar derecho, esa de la que no te acuerdas pero que te hiciste a los seis años, la primera vez que te hirió un papel. Entonces y solo entonces, ahora y solo ahora, te cabrá en la cabeza, por primera vez, una duda descomunal: si quizás alguien nos está leyendo a ambos en una obra mucho más amplia de lo que nuestros pobres ojos puedan nunca alcanzar a ver: a ti y a mí, a Laura y a

Abbott, a Barry y a Elías, a Tony, a Wanda y a Silvio, a todos nosotros, desde algún lugar, al *otro lado* del agua. Se acerca el momento. Has llegado mucho más lejos de lo que nadie ha llegado en el pasado. Así que, antes de despedirnos, antes de que alguien me arrastre de nuevo a la página 1 de este libro, te pediré un favor: Si alguna vez vas al South Cove, fúmate un cigarro a mi salud sentado en uno de esos bancos, espera a que se enciendan los faroles azules del embarcadero antiguo y, cuando tras la barandilla de hierro veas partir los ferris patinando sobre las olas, espera un poco, y mira con atención el agua negra a tus pies por si una botella navega sobre el lomo del río. Si es así, no dejes de contármelo. Ahora sí. Estamos preparados. Ahora sí, terminemos de una vez.

ESTÁ ANOCHECIENDO. DAN ROGERS CAMINA POR BATTERY Park con el río a su izquierda, hasta que, casi a tientas, siente el sonido hueco de la madera del muelle antiguo bajo sus pies. El embarcadero se convierte en una pista de aterrizaje hacia ese templo de madera donde ya le espera Barry jugando contra sí mismo partidas imaginarias, aún con los signos de la brutal paliza, y del dolor por la pérdida de sus amigos. Dan Rogers observa la estatua que parece sostener una estrella por su empuñadura, los edificios que constituyen otro muro de lingotes sobre los que pasan los ferris como recortables negros deslizándose en una función de títeres marinos. Deja que su mirada se hunda en el agua revuelta. Este, ahora lo sabe, es el fin de la tierra. Los límites, en definitiva, de su universo. Sentado junto a su amigo frente a Jersey, tiene de pronto la sensación de que esta Nueva York tenebrosa, oscura, la que ahora recibe a través de sus ojos, es sin duda el mejor de los mundos posibles. Barry le ofrece una cerveza. Dan Rogers se sube el cuello del abrigo como siempre hace antes de encenderse un lucky strike. Si esto fuera una película, sonaría *Smoke on the water* de Deep Purple. Si esto fuera una novela, el protagonista sucumbiría en un monólogo final que cerraría la historia, en cambio, al mirar el puente, Dan Rogers cierra los labios en una sonrisa que no es del todo, a medio camino entre el terror y la tristeza... Al mirar el puente—ese puente que es siempre e invariablemente lo último que observo antes de llegar al final de mi periplo, a este final al que Laura nunca quiso acompañarme, donde tú acabas generosamente de llegar conmigo—, pienso, sé, que esta Nueva York, desde luego, no es el mejor de los mundos

imposibles y me pregunto en qué rincón de mi alma está agazapado ese monstruo que también soy. Dejo que mis ojos se fuguen con la corriente. Sentado junto a Barry, observo a los contempladores del agua llegar como un goteo triste, lentos, solemnes, a postrarse ante la frontera que los separa de la realidad, a soñar con *el otro lado* de aquella orilla: apoyados sobre las barandas de hierro, arrodillados sobre la hierba, sentados en los bancos. Y sobre la piel del río me deslumbra otro brillo. El del cristal. Millares de botellas navegan sobre el agua. Cada una de un naufrago. Cada una sin respuesta. No me queda mucho que decirte. Solo, gracias. Tampoco queda mucho tiempo. Me siento cansado y me esperanza comprobar que este libro, de golpe y de nuevo, se ha hecho viejo. Ha sido terrible que lo hayas rescatado de la estantería, pero, ya que estás aquí, déjame pedirte un último favor. Aún tengo una oportunidad. Guárdalo a buen recaudo. Encarcélalo en un lugar donde nadie pueda volver a leerlo jamás, porque... puedo sentirlo. Está volviendo a ocurrir. Te hablé de ello. La enfermedad del olvido. Siento miedo, pero me atrevo a alzar la mano y rodeo a Barry por los hombros. Este me contempla con la sonrisa cauta de quien no reconoce. Parece que el mundo entero haya enfermado de Alzheimer y empezara a olvidarse de sí mismo. Siento como uno por uno me voy borrando de las memorias de los lectores que me han acompañado hasta ahora. También tú estás empezando a olvidarme. Ahora el sol se abriga con una neblina gris y cae sobre la Ciudad Ficción como solo sabe caer la tristeza. De pronto llueve. Y es curioso porque la lluvia ha empezado a acumularse en el aire, suspendida a un palmo del pavimento, a la altura de mi nariz, a unos centímetros de las hojas de los árboles, de las alcantarillas. Me da miedo moverme porque hasta donde me alcanza la vista puedo ver cómo las diminutas cuentas de agua se extienden, inmóviles, hasta el límite con los edificios. Varios pájaros se han quedado suspendidos en pleno vuelo justo antes de estrellarse contra la torre Newman. La calle está empezando a desenfocarse desde el muelle antiguo hasta la altura del edificio Chrysler. Y del Chrysler han desaparecido ya los diez primeros pisos. De modo que nos despediremos aquí, si no te importa. Las aristas del puente se desvanecen y no estoy seguro de encontrar el camino de vuelta hasta mi casa.

DAN ROGERS ENCIENDE UN LUCKY STRIKE Y PERMANECE

sentado frente al río. Se deja engullir por la niebla que viene del mar y que luego viajará por las calles que perderán, uno a uno, todos sus nombres. FIN

SPECIAL GUEST STARS

(Por orden de aparición)

Broadway Danny Rose

New York, New York

Desayuno con diamantes

Sabrina

Radio Days

Superman

Armas de mujer

Batman

Días sin huella

Los encantos de la gran ciudad

Glengarry Glen Ross

Harlem Nights

Round Midnight

El clan de los irlandeses

Delitos y faltas

Una mala jugada

Basquiat

Serpico

Soy leyenda

Fama

Eva al desnudo

Abajo el telón

A tree grows in Brooklyn

Cuando Harry encontró a Sally

A la caza Misterioso

asesinato en Manhattan

Smoke

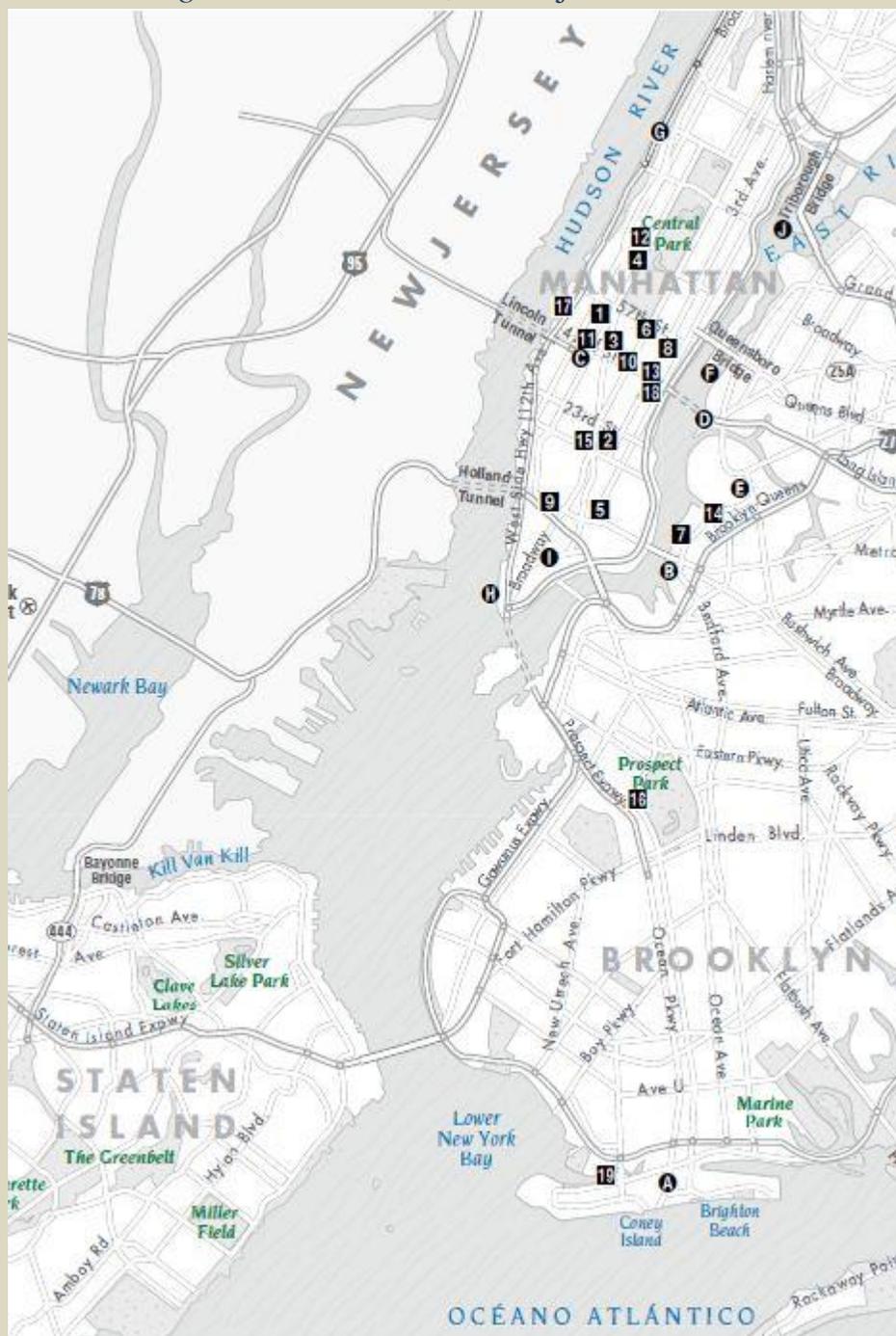
El rey pescador

Midnight Cowboy

Al límite
Justicia para todos
La dama de Shanghai
AGRADECIMIENTOS

Esta suele ser una página en la que el autor trata de ser justo, a veces con fines más o menos protocolarios, con las personas que han sido importantes en el proceso de la novela. He de añadir que, en este caso, los nombres que aparecen a continuación son, además, absolutamente fundamentales para que la *Mitología de Nueva York* sea «una realidad», siempre entre comillas. Por eso, la autora, ante el riesgo de que la emoción nuble sus palabras, me ha permitido que hable en su nombre y que, por una vez, sea el personaje el que haga de portavoz del escritor y no al revés. A los primeros lectores de este libro, cuando aún era una caótica montaña de folios, quiere agradecerles además de su amistad, su cariño, y más concretamente: a Ana Martín Puigpelat, su oído para las palabras; a Nuria García Humanes, su perfeccionismo; a Javier Urgoiti, el aficionarme al lucky strike; a Ana Belén Castillejo, el cuidarnos a Elías; a Ana Lirón, por querer a Wanda; a Ignacio del Valle, por animarla a resolver los enigmas; a David Torres, por entender a los antihéroes; a Silvia Cid y Vanessa Jiménez Garrido, por enamorarnos de mí, que lo he notado...; a Miguel Ángel Lamata y Pilar Corral, por su erudición comiquera; a Esther Bendahan, por su generosa ayuda a la familia Weisberg; a Beatriz Rodríguez, por saber leer entrelíneas; a Román Fernández Cañadas por sus clases de Black Jack. A Beatriz Palomares y Maricruz Puente, por su capacidad de lectura y sus aquelarres. A Juana Erice, por saber contagiar sus sueños y creer que esto era posible. A Jorge Eduardo Benavides, su maestro... por todo. A Lucía Écija, por su inteligencia y sus mensajes al móvil. A Luis Antonio Muñoz, por soportar con amor sus largos encierros, por encerrarse con ella, por sus ideas. A su familia neoyorquina: Marie-Lise Gazarian, por esas veladas entre Queens y Manhattan; a Pía y Vicky Zanovsky, por hacerla sentirse en casa y por las playas de Long Island; a Alex Lima y Nieves Alonso, por los *appletinis* en Williamsburg y por encontrarme en Roosevelt Island cuando más perdido estaba. A su padre, por decidir quedarse en la Ciudad Ficción, a pesar de todo. A su editor, Miguel Ángel Matellanes, por creer en el Nueva York Mitológico. A todos ellos guardaré en la memoria y

quiero darles, en nombre de la autora y del mío propio, las gracias, con toda la intensidad de la que es capaz mi corazón de papel. Atentamente, *Daniel Rogers* Nueva York, a 2 de julio de 2010





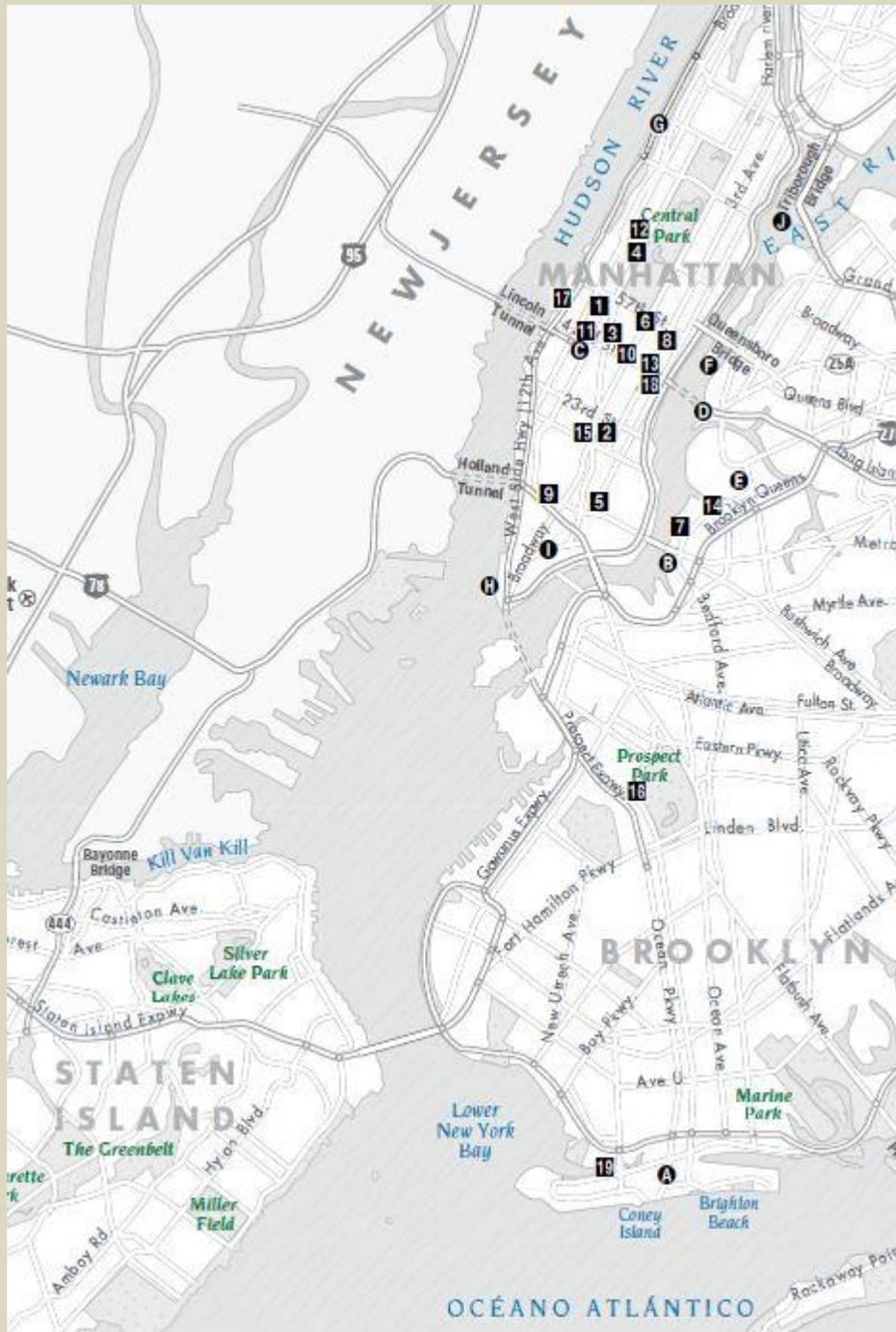
Mapa de la Mitología de Nueva York

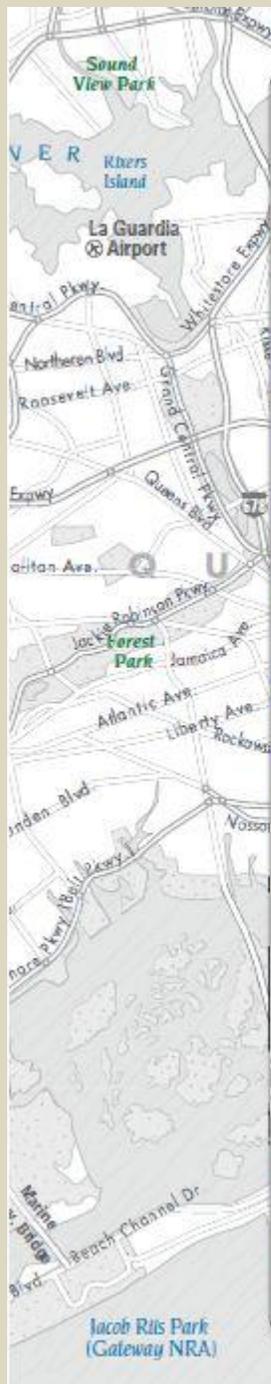
ESCENARIOS DE PELÍCULAS

- 1 *Abajo el telón*. Broadway Theatre District.
- 2 *Basquiat*. Gramercy Park.
- 3 *Broadway Danny Rose*. Carnegie Deli. 7th Ave. con 55th Street.
- 4 *Cazafantasmas*. 55 Central Park West.
- 5 *Cuando Harry encontró a Selly*. Katz's Deli. 205 East Houston Street.
- 6 *Desayuno con diamantes*. Tiffany's: 727 5th Ave. con 57th Street.
- 7 *Días de Radio*. (*Radio Days*) Grand Ferry Park. Grand Street con River Street. Williamsburg.
- 8 *Días sin buella*. Nat's Bar: Actualmente PJ. Clarkes. 915 East, 3rd Ave. con 55th street.
- 9 *El clan de los irlandeses*. Fanelli Café. 94th Prince Street con Mercer Street.
- 10 *El rey pescador*. Estación Central de Nueva York: 42nd street.
- 11 *Fama*. The Actors Studio: 432 West con 44th Street.
- 12 *La semilla del diablo*. Edificio Dakota: Central Park West con 72nd street.
- 13 *La tentación vive arriba*. Metro Lexington Ave. con 52nd street.
- 14 *Lazos humanos*. (*A tree grows in Brooklyn*) Williamsburg.
- 15 *Misterioso asesinato en Manhattan*. 225 17th Street (Actualmente Hotel 17)
- 16 *Smoke*. Prospect Park West con 16th Street. Park Slope.
- 17 *Soy leyenda*. Museo Naval: Muelle 86, 418 West 46th Street con 12th Ave.
- 18 *Superman*. Daily Planet: Actualmente New York Daily News. 220 East 42nd Street.
- 19 *Una mala jugada*. Nathan's Famous. Coney Island, 1310 Surf Avenue, Brooklyn.

ESCENARIOS DE LA NOVELA

- 1 *Asroland Park*. Playa de Coney Island.
- 2 *Casa de Dan Rogers*. Bedford Ave. con 8th Street South. Williamsburg.
- 3 *Comisaría de Ronald*. 42nd Street. West.
- 4 *Hunters point*. East River, frente al edificio de Naciones Unidas. Queens.
- 5 *McCarren Park*. Entre las avenidas Bedford y Nassau. Williamsburg.
- 6 *Roosevelt Island*. East River, debajo del Queensborough Bridge.
- 7 *Smoke Jazz Club*. 2751 Broadway Ave. Harlem.
- 8 *South Cove*. Hudson River. Battery Park.
- 9 *Torre Newman*. Actualmente WTC 7. Entre Washington y Barclay St.
- 10 *Ward Island*. East River. Acceso por puentes Robert F. Kennedy y Hells Gate.





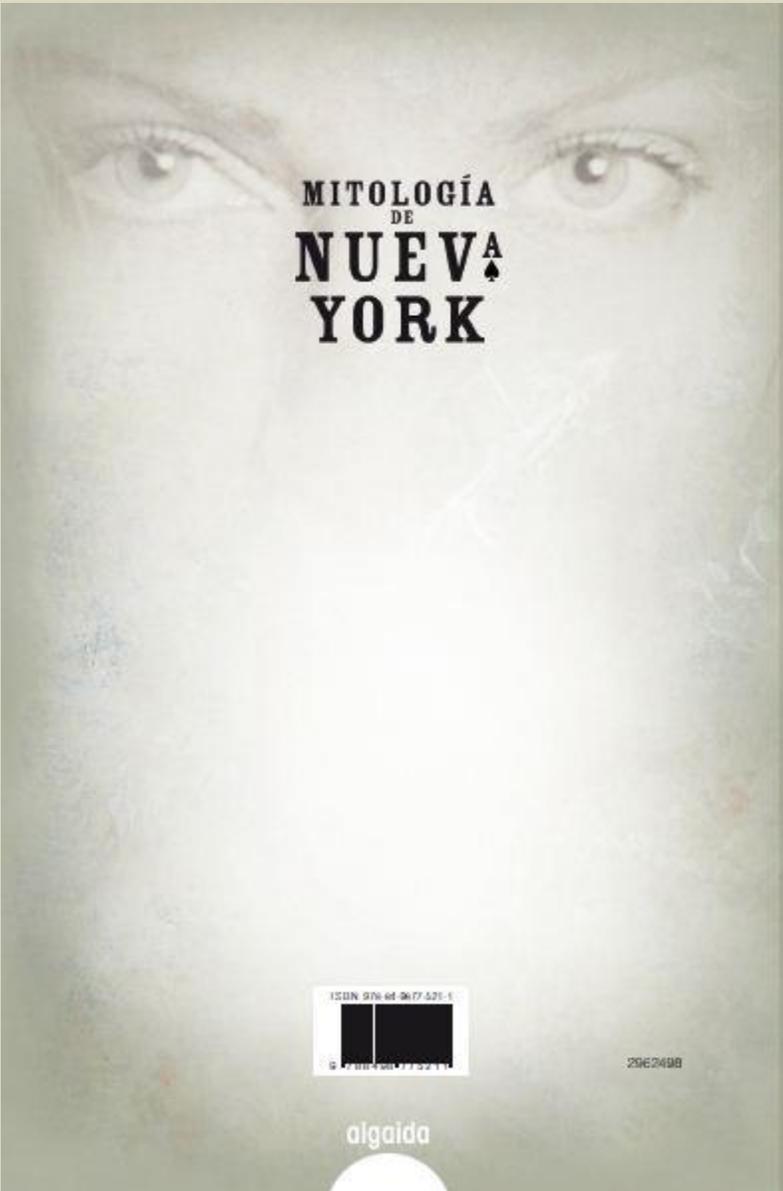
Mapa de la Mitología de Nueva York

ESCENARIOS DE PELÍCULAS

- 1** *Abajo el telón.* Broadway Theatre District.
- 2** *Basquiat.* Gramercy Park.
- 3** *Broadway Danny Rose.* Carnegie Deli. 7th Ave. con 55th Street.
- 4** *Cazafantasmas.* 55 Central Park West.
- 5** *Cuando Harry encontró a Selly.* Katz's Deli. 205 East Houston Street.
- 6** *Desayuno con diamantes.* Tiffany's: 727 5th Ave. con 57th Street.
- 7** *Días de Radio. (Radio Days)* Grand Ferry Park. Grand Street con River Street. Williamsburg.
- 8** *Días sin buella.* Nat's Bar: Actualmente P.J. Clarkes. 915 East, 3rd Ave. con 55th street.
- 9** *El clan de los irlandeses.* Fanelli Café. 94th Prince Street con Mercer Street.
- 10** *El rey pescador.* Estación Central de Nueva York: 42nd street.
- 11** *Fama.* The Actors Studio: 432 West con 44th Street.
- 12** *La semilla del diablo.* Edificio Dakota: Central Park West con 72nd street.
- 13** *La tentación vive arriba.* Metro Lexington Ave. con 52nd street.
- 14** *Lazos humanos. (A tree grows in Brooklyn)* Williamsburg.
- 15** *Misterioso asesinato en Manhattan.* 225 17th Street (Actualmente Hotel 17)
- 16** *Smoke.* Prospect Park West con 16th Street. Park Slope.
- 17** *Soy leyenda.* Museo Naval: Muelle 86, 418 West 46th Street con 12th Ave.
- 18** *Superman.* Daily Planet: Actualmente New York Daily News. 220 East 42nd Street.
- 19** *Una mala jugada.* Nathan's Famous. Coney Island, 1310 Surf Avenue, Brooklyn.

ESCENARIOS DE LA NOVELA

- A** *Astroland Park.* Playa de Coney Island.
- B** *Casa de Dan Rogers.* Bedford Ave. con 8th Street South. Williamsburg.
- C** *Comisario de Ronald.* 42nd Street. West.
- D** *Hunters point.* East River, frente al edificio de Naciones Unidas. Queens.
- E** *McCarren Park.* Entre las avenidas Bedford y Nassau. Williamsburg.
- F** *Roosevelt Island.* East River, debajo del Queensborough Bridge.
- G** *Smoke Jazz Club.* 2751 Broadway Ave. Harlem.
- H** *South Cove.* Hudson River. Battery Park.
- I** *Torre Newman.* Actualmente WTC 7. Entre Washington y Barclay St.
- J** *Ward Island.* East River. Acceso por puentes Robert F. Kennedy y Hells Gate.



MITOLOGÍA
DE
**NUEVA
YORK**

ISBN 978-84-9677-525-5



29E2498

algida

